



VENTOS
MINEROS



GONZALO DRAGO

portada Julio Velasco

Zona Seca

LA noche era fresca. El aire purificado por la altura daba a la atmósfera una diáfana transparencia que hacía perfilarse nítidamente los picachos de la cordillera, verticales hacia el cielo. A intervalos, desde la altura donde blanqueaba la nieve, soplabá un viento helado. Cerca de la mole del camarote para empleados, con sus ventanas iluminadas, conversaban tres hombres. Dos permanecían sentados en las gradas de la escalinata que sirve de calle para los peatones y el otro se mantenía de pie. Conversaban en voz baja, con precaución, usando palabras veladas, por temor de ser escuchados por alguno de los serenos o vigilantes del mineral.

El que estaba de pie era un hombre robusto, de cara ligeramente roja. Se llamaba Esteban Seguel. Sus rasgos firmes y acentuados denotaban la entereza de su carácter.

—Bueno—ordenó. Es preciso que vaya sólo uno de nosotros. Así será más fácil burlar la vigilancia. Lo jugaremos al cara o sello.

—O. K.—contestó Mike, un gringo vicioso y despreocupado que no vacilaba en meterse en líos con los nativos.

El tercero permaneció en silencio. Era un muchacho de apariencia tranquila que recién había llegado al mineral. Sin orientarse aún en aquella vida que empezaba a conocer, había accedido en acompañar a sus amigos en la aventura que se proponían. Se trataba de ir a comprar doce botellas de pisco a un contrabandista conocido que llegaría esa noche, vísperas de Pascua, a las cercanías de la quebrada "El Diablo". Habían reunido el dinero necesario y sólo faltaba decidir quién sería el que correría el riesgo de burlar la vigilancia de los serenos y de los carabineros.

—Y tú, Miguel, ¿qué dices? interrogó Seguel.

—Acepto,— respondió el muchacho.

Deseaba beber para disipar la amargura que lo invadía, los recuerdos del hogar lejano y desamparado y la imagen de la madre que envejecía en un pueblo del sur, donde blanqueaban los manzanos en la primavera. Sus ojos recorrían las faldas de piedra de los cerros enormes, de una belleza desolada y grandiosa, sin un rasgo de vestidura vegetal.

—Bien —murmuró Seguel.— ¡Pide Mike! — agregó mirando al norteamericano mientras sacudía una moneda en sus manos ahuecadas.

—Cara.

Abrió las manos y mostró el disco de plata.

—Ganaste.

—Ahora los dos. Pide, Miguel.

—Cara.

—Gané. Fué sello. Irás tú.

Miguel no contestó. Permaneció acobardado por lo que podría sucederle. Nunca había andado en semejantes aventuras, y aquello de ir a escondidas, burlando vigilantes, le produjo un vivo temor que se guardó de confesar.

—Pasaremos una buena pascua— adelantó Seguel— felicitándose íntimamente de haber salido libre de aquel paso. Aquí está mi parte y la contraseña— agregó entregando al muchacho un billete de cien pesos y una tarjeta firmada en la que se indicaba la cantidad de botellas que le serían vendidas.

—Te irás luego por la orilla de la quebrada, ¿comprendes? hasta que llegues al lugar que marcamos ayer. Pero no enciendas linterna mientras no estés seguro de que te encuentras solo. Podría ocurrirte algo malo.

—No hay cuidado — respondió Miguel — simulando indiferencia para aparecer como un hombre decidido y audaz ante los truhanes. Se levantó pausadamente y se apoderó del saco que tenía preparado. Se alejó sin palabras y luego su silueta se confundió con las sombras. Mientras avanzaba, el corazón le palpitaba con violencia. La obscuridad lo hacía marchar indeciso. Tropezaba con las piedras y sus pisadas resonaban rudamente en el silencio de la noche. Para evitar el miedo que persistía en apoderarse de su cuerpo magro y desambientado, ocupaba su imaginación evocando las figuras y analizando los rasgos de sus compañeros. Seguel, fanfarrón y brutal, que tenía la lengua infectada de blasfemias obscenas, era su compañero de camarote. Cuando Miguel llegó al mineral, lo acogió con ruda franqueza.

—Este va a ser su palacio— le había dicho, mostrándole la habitación en completo desorden. De las paredes colgaban grabados de mujeres desnudas y el piso aparecía cubierto de colillas de cigarrillos baratos. La atmósfera del cuarto estaba impregnada de un fuerte olor a alcohol.

—Aquí— le dijo— vivimos los nativos; allá— alargaba su mano hacia un ángulo de la pieza— queda el campamento de los gringos con su club, su piscina y todas las comodidades. Los nativos tenemos prohibición de entrar a ese recinto. No se te vaya a ocurrir meter las narices por esos lados. Es tabú. Ellos viven en el lujo. Nosotros vivimos en la mugre. Ellos ganan cientos de dólares; nosotros ganamos lo indispensable para no reventar. Es conveniente que sepas que es prohibido el consumo de licor y transitar por lugares solos en compañía de mujeres solteras. Si te pillan te obligan a casarte y si no aceptas el calvario te empaquetan y te mandan a Rancagua. Además, si quieres ascender y que se reconozcan tus méritos, tienes que ponerte bisagras en la espina dorsal para saludar a todos los gringos que encuentres a tu paso. Esto es muy importante. Se trata de tu porvenir. Y si delatas a tus camaradas y los intrigas, mucho mejor. Hace diez años que me revuelco en esta inmundicia y conozco bien la ropa interior de mucha gente. ¡Ja ja ja! Creo que seremos buenos camaradas.

Mike, el gringo, había ahogado su vida en la profundidad viscosa del vicio. Dipsómano, no vacilaba en precios ni en peligros para procurarse su ración diaria de licor. De escasa instrucción, no había podido surgir a pesar de ser norteamericano. Emigrado de su país, había llegado al mineral revolcando su vida en los prostíbulos de la costa del Pacífico. Era un hombre original, simpático, enfundado siempre en sus botas grasientas y aspirando incansablemente el humo perfumado de sus cigarrillos Virginia. Un tic nervioso le hacía guiñar los ojos continuamente, como una ruda advertencia de la avariosis que le roía los nervios.

Miguel, nervioso, se detuvo un momento para encender un cigarrillo. En seguida continuó andando. En la sombra se columpiaba la brasa del cigarrillo como una pequeña estrella loca. Caminaba pegado a la falda del cerro. Para orientarse encendió la linterna. Le faltaba poco. Aumentó las precauciones. Apretó el botón de su linterna y escrutó el talud del cerro. No era fácil encontrar la señal dejada el día anterior. El foco redondo recorría la ladera inútilmente, buscando las tres piedras que indicaban el lugar. Por fin las vió. Esperó un rato. La noche tenía toda la maravillosa serenidad de la cordillera. Un silencio profundo la invadía, amedrentando el espíritu del muchacho. Hubiera deseado hablar para escuchar su propia voz. Por su imaginación pasaba fugazmente alguna escena de su niñez y su semblante se serenaba para luego ensombrecerse. Recordaba las Noches Buenas pasadas en el hogar cariñoso, alrededor de la mesa donde se servía el café humeante. El padre, alegre, presidía la cena. Luego se abrían los paquetes con regalos y los chicos se iban a acostar con el corazón saltando de alegría. Después, la viudez de su madre y la miseria alargando sus manos escuálidas sobre el hogar deshecho. Empezó el éxodo en busca de trabajo. Su hermano mayor fué el primero en partir. Luego lo siguió él. Una mañana abandonó su casa sin despedirse de nadie. Quiso evitarse ese dolor. Quizá en el momento amargo de la despedida habría flaqueado su corazón y lo habría amarrado al lado de aquel hogar destruído, como una carga más. Ahora estaba ahí, sólo con sus recuerdos. Se levantó con desgano y alzando la linterna sobre su cabeza, la encendió tres veces. Era la señal convenida. Esperó un rato. No se notaba el menor signo de vida a su al-

rededor. Repitió la señal y su impaciencia aumentó al no tener respuesta. De pronto lo iluminó una potente luz, sobresaltándolo. Se dirigió hacia donde nacía el foco. La luz se apagó y empezó el diálogo en la oscuridad.

—La contraseña— exigió una voz áspera.

—Aquí está.

—¿Quién te mandó?

—Esteban Seguel.

—Sois muy cabro para estas cosas. Hay que andar con cuidado.

—Conozco bien el camino.

—Será mejor que te vayas por la quebrada.

—Puede ser; pero el camino es difícil.

El hombre de la voz áspera carraspeó en la oscuridad.

—Difícil el camino—masculló entre dientes.

Si el muchacho anduviera con ellos sorteando precipicios y hundiéndose en las quebradas, bajo la constante amenaza de los carabineros, entonces si que sabría lo que son los caminos difíciles. Se acercó con desprecio y depositó un saco en el suelo.

—Aquí está— ladró. Son trescientos pesos.

—Ahí van— contestó Miguel— deseando terminar pronto aquella escena. Por un instante percibió el brillo metálico de los ojos del hombre que lo había hablado y sintió miedo ante esa sombra que lo amenazaba sin palabras en la soledad del cerro.

—¿Para qué había venido? se repetía a sí mismo en una monótona obsesión, atemorizado por la certeza de ser cómplice de un delito. Un ligero temblor le sacudía las piernas.

Emprendió el regreso. El saco pesaba mucho y le dificultaba la marcha. La respiración se le hacía fa-

tigosa y el sudor se le escurría en gruesas gotas por la frente. Caminaba apretando los dientes, mordiéndolo su cansancio, anhelando llegar luego a su camarote y tenderse a descansar. Las sienas le latían violentamente. Descolgó el saco de su hombro y lo depositó en el suelo con cuidado. A lo lejos titilaban las luces del campamento y explotaban los petardos que encendían manos jubilosas de hombres y niños esperanzados frente al umbral de la pascua. Miguel hubiera querido participar de esa alegría, pero su corazón de niño estaba enfermo. Se sentía en un ambiente extraño, donde las palabras groseras salpicaban todas las conversaciones y donde la vida tenía la dureza de las rocas de la cordillera. Habitado a la serenidad de los campos del sur, sus ojos se estrellaban con violencia contra la muralla de piedra que lo circundaba. Reanudó su marcha con brío. Había andado la mayor parte del camino y luego estaría en el lugar donde lo esperarían Mike y Seguel. A medida que avanzaba sentía que se debilitaba gradualmente. El esfuerzo prolongado empezó a exasperarlo y ya no se cuidaba de no hacer ruido. Cambiaba el saco constantemente de hombro y su marcha iba acompañada de un alegre tintineo de botellas. No hacía nada para evitar el ruido. Sólo le preocupaba llegar cuánto antes para salir de esa pesadilla. Tropezó y cayó. Soltó el saco de sus manos y hubo ruido de botellas rotas. Se levantó con dificultad y prosiguió andando, la respiración anhelante y la mirada vaga, como una bestia de carga. De pronto, un gruñido autoritario y roncoco saltó hacia el muchacho agazapado entre las sombras.

—¡Alto!

Miguel no obedeció. Apretó el saco con manos nerviosas y se deslizó pegado al talud, amparado por la noche.

—¡Alto! volvió a rugir la misma voz amenazadora.

Miguel no oía. El miedo y la desesperación le dieron nuevas fuerzas y emprendió una carrera loca, tropezando y cayendo. En su espalda bailaban las botellas con la música de los vidrios rotos. Una detonación quebró el silencio de la noche. Luego otra y otra. Miguel se detuvo bruscamente. Avanzó algunos pasos, dejó el saco en el suelo y se sentó al borde del camino. Palpó a la altura del hombro y lo encontró mojado.

—Alguna botella se ha roto— murmuró con voz débil, engañándose a sí mismo.

Empezó a invadirlo un debilitamiento que adormecía sus miembros.

—La carrera me ha quitado las fuerzas— pensó— y poco a poco fué inclinándose hasta quedar tendido en tierra, de cara a las estrellas que guiñaban en la altura. Así permaneció un momento. Un extraño bienestar se fué apoderando de su cuerpo. Le pareció que otra vez estaba al lado de su madre, en los campos del sur, recostado sobre el pasto tierno de los potreros. Creyó escuchar un claro repicar de campanas y supuso que sería la iglesia del pueblo austral que llamaba para la misa del gallo.

—Más tarde iré— pensó—, y se quedó inmóvil en mitad del camino.

El Derrumbe

POR el angosto túnel de la mina avanzaban los hombres del segundo turno, haciendo oscilar sus lámparas encendidas, que semejaban una extraña danza de estrellas juguetonas. Los mineros caminaban en silencio. Sumergidos en la penumbra, apenas podían distinguirse sus facciones soñolientas y malhumoradas, en las que los ojos tenían extraños reflejos metálicos, al atrapar en sus pupilas el fulgor tembloroso de sus lámparas. A intervalos un sonoro bostezo los hacía levantar la cabeza y entonces algunos aventuraban un chiste que era acogido con indiferencia. Todos miraban hacia la tierra. Dentro de la mina no se puede andar distraído y los obreros lo saben muy bien. Las galerías negras y húmedas están siempre al acecho de una víctima, como un insaciable monstruo devorador de hombres, inmutable en su actitud de piedra. Algunas veces parece que estuviera ahita; pasa el tiempo, se suceden los días y las noches, esa relativa división del tiempo que no rige dentro de la perpetua sombra de la mina, y no sucede una desgracia. Los obreros se muestran alarmados, temerosos de aquella calma agresiva. Les parece de mal augurio que no ocurra un accidente durante mucho tiempo, y sin decirlo temen el zarpazo del monstruo devorador.

Instalada cada cuadrilla en sus respectivos sectores, se dió comienzo a la tarea. Estallaron los dinamítazos dentro de los buzones, trepidaron las perforadoras eléctricas, y los carreros, encorvados y con los músculos en tensión, empujan las vagonetas cargadas de mineral para vaciarlas en las "buitras".

Con la llegada del verano empezaba la época del deshielo, impregnando de agua la montaña que se filtraba por entre el maderamen de la techumbre. Las gotas se escurrían de las vigas para caer sobre los obreros haciendo brillar sus cascos de seguridad y resbalando por sus ropas impermeables. Algunos tosían. Eran toses roncacas y fatales que se diluían entre el trepidar de las perforadoras.

—Empezó el invierno— gruñó un muchacho magro frotándose las manos para espantar el frío. A medida que la faena avanzaba iban sintiendo en sus organismos la reacción que les procuraba el trabajo contra la baja temperatura, y empezaron a soltar la lengua.

—¡Chitas que hay pega! exclamó un carrero mientras vaciaba su vagoneta en la voraz boca de la buitra.

—¿Creís que durará mucho tiempo? preguntó con desconfianza un obrero rudo y canijo que conocía la inestabilidad de aquellos resurgimientos periódicos.

—¿Por qué no? preguntó el otro a su vez, irritado por la desconfianza de su camarada. No podía admitir que se repitiera una nueva supresión de personal. Casi todas las disputas empezaban por ese tema. A la mayoría les irritaba pensar que cualquier día podían darles el "arreglo" para que se marcharan, y como no encontraban con quien desahogar su mal humor, se querellaban entre ellos con nutridas injurias y amenazas.

El hombre canijo volvió a hablar.

—¿Creís que esto durará toda la vida? Ya sé lo que digo, amigazo. Me han cortado cinco veces por reducción del personal, y eso que conozco la pega y no le quito el hombro. Me he hecho hombre en la mina y vos que sois un pobre diablo que llegaste ayer, te creís más seguro que nadie.

El aludido enrojeció de cólera. Colgó su lámpara en el carro y se enfrentó a su adversario.

—¿Ah, sí? ¿Con que soy un pobre diablo? Ahora lo vamos a ver.

—Una palabra más y los suspendo a los dos— bramó el capataz que había observado la disputa mudo y torvo, sin que se modificara un rasgo de su rostro agrietado y chato, de innegable ascendencia araucana. Dió un violento empujón al muchacho que mascullaba injurias y luego la tarea continuó monótona y lánguida entre resoplidos de esfuerzo y cansancio, bajo la vigilancia delatora del capataz. En una estocada cercana bramó la voz de alarma:

—¡Está corriendo! ¡Hay fuego!

Algunos mineros corrieron a refugiarse. Al estallar el tiro algunas lámparas se apagaron con la vibración del aire, dando pretexto a sus dueños para mascullar injurias torpes y groseras, como estériles frutos de rebeldía. Aquellas escenas eran la única válvula de escape para sus naturalezas bravías y viriles, exaltada por la ausencia de hembras. La mayoría de los obreros de la cuadrilla eran solteros y vivían en dormitorios colectivos. La vida monótona los volvía irascibles, pero lo que más les exasperaba era la falta de licor. Acostumbrados a embriagarse de continuo antes de entrar a la mina, su organismo les exigía imperiosamente la dosis de alcohol cotidiana para calmar sus nervios excitados.

—Para la pascua voy a bajar a Rancagua— rezongó un buzonero joven— como si pensara en voz alta.

—Yo también— apoyó el excéptico— si no me cortan antes.

—Quiero pasar la pascua con mis viejos— siguió el buzonero hablando consigo mismo. Nunca la he pasado aquí. Y se quedó mirando el techo lagrimeante de la mina.

—Niñito regalón— comentó un dipsómano con maligna ironía.

Algunos rieron. Sus risas sonaban apagadas, huecas, frías. Luego apuraron la faena, como si así se sintieran más cerca de la fecha que esperaban. Repentinamente se escuchó un gruñido a la sordina, dando la voz de alarma.

—Guarda. Cuidado.

Todos enmudecieron. El capataz, que había escuchado tranquilamente los comentarios, se inquietó como si lo hubiera picado un bicho venenoso.

—¡Más trabajo, niños! azuzó a los obreros con voz destemplada que quería hacer aparecer colérica. Los carros rechinaban en los rieles y los buzones se descargaban con ruido ensordecedor, mientras los hombres excitados por la presencia de un amo y por los sordos gruñidos del capataz, empezaban a transpirar con el esfuerzo continuado, mezclando el hedor acre de sus cuerpos con el áspero olor de la pólvora quemada.

El recién llegado era Mr. Baxter, el ingeniero de seguridad que hacía sus cotidianas visitas de inspección. Alto, delgado, rubio, con la pipa humeante entre los labios, Mr. Baxter hacía ocho años que recorría los diferentes niveles de la mina velando por la seguridad de todos. Sus ojos profundamente

azules se habían habituado a percibir cualquier detalle en la penumbra y sabía descubrir a tiempo los indicios de peligro. Siempre andaba solo. Enrojecía de cólera cuando le daban cuenta de un accidente dentro de la mina y entonces descargaba su mal humor contra todos los que le rodeaban. Rudo y autoritario con sus subalternos, sentía un íntimo desprecio por los obreros que desempeñaban las tareas más bajas de la mina. Huraño, mudo, se detuvo hurgoneando con un perceptible gesto de desagrado los rincones del techo y los gruesos puntales que resistían la formidable presión del cerro. En seguida se informó de la fecha de la última reparación efectuada. El capataz mintió por ignorancia. Medroso y solícito, sonreía cobardemente al amo que lo interrogaba con repugnancia.

—Desde el próximo turno empezaremos a enmaderar la galería. Hay que cambiarlo todo, ¿entendido?

—Sí, señor.

Los obreros lo observaban de reojo. Sus pupilas sedientas de justicia despedían extraños fulgores con el reflejo de sus lámparas. Sentían hacia el gringo un odio sordo que delataban sus miradas torvas y torcidas. Pero nadie se había rebelado abiertamente, aun cuando Mr. Baxter llegó en una ocasión a blandir su bastón de hierro sobre la cabeza de un obrero que no supo entender a tiempo una advertencia inesperada. Le temían. Había mineros rudos, valientes y fuertes, capaces de aporrear a dos hombres iguales al ingeniero, pero jamás tenían un gesto de rebeldía delante de un superior. Un extraño temor les sellaba la boca y les inmovilizaba los puños endurecidos por el trabajo.

—¡Gringo de mierda! murmuraban algunos a sus espaldas, cuando tenían la certeza de que no los

podía oír. Era un desahogo tardío e inofensivo por el desprecio y las ofensas recibidas.

Mr. Baxter, después de examinar cuidadosamente la techumbre, se alejó apresurado, sólo, con paso elástico de atleta, hundiendo sus gruesas botas en el fango, desapareciendo en un meandro de la galería con la seguridad del hombre que conoce hasta el último rincón de su residencia. La mina no tenía secretos para el ingeniero. Subía por los piques verticales con la seguridad de un mono, aferrado a las escalerillas de fierro o se arrastraba encorvado en los estrechos pasillos que comunicaban a los niveles abandonados. Su celo profesional había salvado muchas vidas. Tal vez algunos de los que le odiaban podían seguir sustentando su odio por la previsión del ingeniero. Los derrumbes, frecuentes en todas las minas, casi no se conocían en los niveles a su cargo. Aquello era el mayor orgullo de Mr. Baxter. El mayor y el único.

El capataz estaba inquieto. La cercanía de su amo lo ponía violento con los obreros y esperaba la ocasión propicia para imponer su autoridad. Su alma plebeya no conocía la piedad. Había llegado a capataz trepando por el cordaje sucio de las intrigas y la delación, y su egoísmo feroz lo hacía excederse en sus atribuciones para cimentar su prestigio ante sus amos.

—Mañana empezamos a enmaderar— rezongó mirando al techo de la mina. Ya lo saben todos. En este pedazo va a trabajar la cuadrilla de enmaderadores, así que se va a paralizar la explotación.

Los obreros alzaron la cabeza con desaliento. Eso significaba que ellos no trabajarían y por lo tanto no percibirían sus salarios. Algunos murmullos sordos acogieron la noticia del capataz y la faena con-

tinuó lánguida y desganada. El desaliento se metía entre los músculos y amargaba la sangre de los mineros que maldecían su suerte de explotados.

—¿No les gustó la noticia?, masculló con sorna el capataz, mostrando sus dientes podridos.

Le respondió un dinamitazo que hizo estremecer el techo de la mina. Algunas partículas de barro se desprendieron de las vigas que crugieron perceptiblemente sobre la cabeza del capataz. Este, alarmado, escrutó los maderos húmedos y goteantes con nerviosa insistencia. Luego se tranquilizó. No había ni la más leve señal de astillas y las vigas permanecían ligeramente curvadas en su centro, lo que no era indicio de peligro inminente.

Los obreros continuaban la labor con sorda irritación. Para ellos los días domingos, feriados, castigos y paralizaciones forzosas por cualquier motivo, significaban un día menos de salario. Por eso el capataz se complacía en mortificarlos para vengarse de sus humillaciones pretéritas, cuando él era un simple minero a las órdenes de otro capataz déspota e inhumano. Sonreía en su interior con maligna alegría cuando lo alarmó un nuevo crujimiento precedido por un dinamitazo. Esta vez sintió que se le helaba la sangre cobarde y rastrera. Mudo, tembloroso, presentía el peligro que se cernía sobre todos pero no quiso participar sus temores para evitar la responsabilidad que le correspondía en los trabajos de enmaderación. Largo rato permaneció con la mirada fija en la techumbre, tratando de advertir el peligro que los amenazaba. Pero sus ojos torpes nada veían. Sólo las vigas permanecían ligeramente curvadas como una muda advertencia.

Mientras tanto el tiempo se arrastraba lentamente sobre las espaldas curvas de los hombres que em-

pujaban las vagonetas o taladraban el cerro para encender la dinamita.

—Para la pascua me voy a Rancagua— repitió el buzonero en voz alta, obedeciendo a sus pensamientos que giraban sobre una idea fija. Su vecino lo miró sin extrañeza y se encogió de hombros. Luego masculló entre dientes.

Siempre lo mismo. La mina y Rancagua. Rancagua y la mina. ¡Pueblo desgraciado!

Para él, Rancagua significaba tabernas, prostíbulos, borracheras espantosas y pependencias en las que siempre sacaba la peor parte. Cuando bajaba a la ciudad después de varios meses de trabajo continuo y penosa continencia, con los bolsillos bien provistos de billetes ahorrados a fuerza de privaciones penosas, se prometía a sí mismo divertirse honestamente y aprovechar su dinero. Pero apenas descendía del tren se sentía acometido de una extraña ansia de tomar el desquite por los largos meses de reclusión en el ergástulo de la mina. Se sentía libre y dueño de sus actos. La zona seca en el mineral no hacía sino exacerbar sus ansias de beber y embriagarse. Entraba a un bar y empezaba a vaciar botellas hasta que sus firmes piernas se negaban a sostenerlo. Después lo cogían los prostíbulos de la calle Gamero y sus ahorros quedaban entre las garras de las rameras y taberneros de aquel barrio de vicio. A casi todos les pasaba lo mismo. Desconocían la eutrapelia. Volvían a la mina abatidos, enfermos, renegando de la ciudad succionadora de pesos y maldiciendo a sus prostitutas nauseabundas y a los amigos fortuitos y desvergonzados. Pero el malestar se disipaba pronto y con los deseos insatisfechos volvían los recuerdos y la nostalgia de las orgías y de las mujeres desnudas que los habían

acogido en sus lechos prostituídos. Y entonces Ran-cagua volvía a ser para sus imaginaciones afiebra-das, el oasis que los haría olvidar la desesperante monotonía de la mina.

El cansancio había inmovilizado a las lenguas. En el turno de amanecer algunos ojos se cerraban por el sueño y las manos torpes obedecían mecáni-camente a la costumbre de ejecutar la faena.

Nadie advertía los frecuentes crujidos de la techumbre. El capataz lo sabía, pero evitaba dar la alarma, esperando que nada pasaría. Los carros de mineral nativo seguían vaciándose en las "buitras" y los dinamitazos continuaban horadando a la montaña para arrancarle su riqueza. Los obreros malhumorados pensaban en el término de su turno para estirar sus miembros adoloridos sobre los jer-gones de sus camarotes.

De improviso, como si una mano inmensa hu-biera apretado a la montaña, se hundió la techum-bre con un formidable fragor de vigas rotas y de rocas que se derrumban. Nadie alcanzó a huir. El derrumbe sepultó a las dos cuadrillas que ocupaban el sector. Y entonces, después de largos años de ac-tividad, reinó un silencio absoluto, trágico y despiadado en aquel pedazo de la mina. Debajo de los es-combros, inmóviles y horribles, estaban los veinte hombres sepultados con sus esperanzas.

La Lola

LA superstición y la ignorancia, aumentada con el ambiente tétrico y sombrío de las galerías, ha creado entre los mineros de El Teniente la leyenda de la Lola, el fantasma de la mina. Algunos opinan que es una mujer horrible y desgredada cuyos alaridos enloquecen al que la escucha, otros que es un monstruo extraño, mezcla de mono y de hombre que cuida un tesoro oculto de la mina, o un ser impalpable e invisible que sólo anuncia su presencia por un hálito frío soplado en la nuca de la víctima.

Mientras sorben su café y mastican su merienda, los mineros se complacen en relatar ante el nuevo alistador, novicio en las tareas, historias inverosímiles de la Lola, tratando de alarmarlo y atemorizándose ellos mismos con sus fantásticos relatos.

—Una vez— habla un minero viejo— estaba con un compañero en una galería nueva de Teniente B. cuando lo vi llegar corriendo, aterrorizado, con los ojos extraviados. Temblaba como un niño, y era un hombronazo que casi tocaba al techo de la mina. Cayó al suelo con convulsiones. ¿Qué le pasa compañero? le pregunté, creyendo que le había dado algún ataque.

—La Lola— me dijo apenas, y no habló más. Se lo llevaron loco a Rancagua. Creo que después murió.

El alistador, un muchacho pálido y taciturno, prendida su atención a los labios del viejo minero, siente calofríos que le recorren el cuerpo con angustiosa insistencia. Los rostros de los obreros, serios y medrosos, se transmiten un temor que se hace colectivo. El miedo, negro y sutil, vaga por las galerías de la mina, se prende a las piernas de los hombres y acelera el corazón en cada encrucijada.

—Yo— empieza otro con voz que quiere ser serena— la sentí una vez. Me había quedado solo en una galería cuando de repente se me apagó la lámpara. Busqué los fósforos y no los encontré. Entonces, hermano, sentí que a mis espaldas había alguien. No la oí, sino que la sentí. Era algo como un viento helado que me soplabla la nuca. Quise correr para alcanzar a mis compañeros, pero tuve miedo de caerme a una "buitra" en la obscuridad. Después sentí a mis espaldas una carcajada, tan rara y horrible, que me desmayé. Sí, compañero, me desmayé. Y así me encontraron cuando volvieron a buscarme.

—Sí. Es cierto— confirmó un muchacho demacrado.

El hombre que había hablado era un minero recio y de aspecto duro, que imponía respeto con su presencia. No podía decirsele cobarde impunemente. Como un perenne recuerdo de sus pependencias, ahí estaba esa honda cicatriz que le rebanaba la cara desde la ceja hasta el labio: eran sus credenciales de macho arrojado y pependenciero.

La fantasía popular aumentaba los hechos de la Lola. Cada uno contaba algo que le había ocurrido

o que había escuchado de labios ajenos. En esos momentos, agrupados, esos hombres recios y endurecidos por el trabajo, eran como niños atemorizados por los cuentos de brujas contados por la abuela.

—Parece una leyenda— se atrevió a dudar el alistador sin levantar los ojos del suelo, como si hablara consigo mismo.

—¿Qué está alegando, alistador? ¿Cree que son mentiras? lo increpó el viejo minero, mirándolo con sorpresa. Ojalá que no se desengañe por sí mismo. ¿Se acuerdan— prosiguió dirigiéndose al grupo— lo que le pasó al ingeniero que se reía de la Lola? Lo encontraron muerto, con la boca llena de espuma y los ojos abiertos. Había visto a la Lola.

El capatáz se acercaba. Su presencia, muda y torva, irritaba a los mineros que se sentían observados en sus menores movimientos y azuzados por sus gruñidos cuando alguno, agotado por el largo esfuerzo, estiraba los músculos adoloridos. El grupo de obreros se dispersó en dirección a sus faenas, llevándose cada uno, oculto en sus pensamientos, la certeza o la duda de la existencia del fantasma.

El alistador, después de lo escuchado, perdió la tranquilidad. Evitaba andar solo por las galerías. En cada encrucijada le parecía divisar una sombra que se deslizaba sin ruido, advirtiendo que su lámpara no alumbraba lo suficiente para ahuyentar la densa noche de la mina.

—Estoy nervioso, eso es todo —se decía a sí mismo para serenarse, o bien se insultaba para recobrar la serenidad.

—¡Animal, bestia, eres como una mujerzuela! Te asustas de tu propia sombra.

El miedo, invisible, impalpable pero presente, se había metido en las venas del alistador, tomando

posesión de su cuerpo y anulando su voluntad. En las noches tenía pesadillas horribles. La Lola se le aparecía como una mujer alta, hermosa, desnuda, que se deslizaba suavemente en su lecho, semejante a un tibio ovillo de carne, limpio y palpitante. Después, casi sin transición, la Lola se transformaba en un ser extraño, horrible y peludo, mitad bestia, mitad hombre, que lo oprimía en sus brazos hasta sofocarlo. El ambiente sombrío de la mina contribuía a aumentar su desequilibrio nervioso.

Los mineros, después de la charla sostenida, parecían haberse olvidado de la Lola. El alistador hubiera querido reanudar aquella conversación para mostrarse incrédulo, para exigir pruebas, para liberarse de aquella opresión del miedo oculto, pero lo detenía la vergüenza, el temor de aparecer pusilánime ante aquellos hombres rudos, que escupían blasfemias por cualquier motivo, como una válvula de escape para su malestar interior.

—¿Qué le pasa, alistador, está enfermo? lo interrogó el ingeniero de seguridad, mirándolo con desprecio.

—Nada, Mr. Kerrigan. Estoy bien.

Palpablemente, el muchacho languidecía dentro de la mina como una flor de invernadero que le faltara calor. El ambiente trágico y deprimente que lo circundaba lo mordía como un can rabioso, sin descanso. Y además, el viento negro del miedo lo perseguía sin tregua, acechándolo tenazmente en la sombra de cada rincón para destrozarle los nervios cansados, o perforando su descanso en la sordidez de su camarote.

—¿Que hacer? se preguntaba a sí mismo. Pensó abandonar el trabajo pero lo detuvo el temor de la cesantía, cuya dureza ya había palpado. Recordó

sus angustias pretéritas, sus cotidianas esperas en compañía de otros desgraciados como él, frente al amplio portón de la empresa minera en la ciudad, con la esperanza de que los llamarán. En Rancagua había conocido la miseria. Se había alimentado con un mendrugo y había dormido en los bancos de la alameda o buscado refugio en el atrio de los conventos. No. Rotundamente no. Prefería estar hundido en la montaña, entre las tinieblas de la mina, respirando el acre olor de la pólvora quemada y sentir el hálito mortal del miedo, pero tener un pan seguro y un lecho donde tender el esqueleto.

—Oiga, alístandor— le dijo un minero magro. Usted está enfermo del mal de la mina.

—¿Del mal de qué?

—Del mal de la mina. Hay algunos que no duran dos meses. Enflaquecen y de aquí se van al hospital y del hospital al cementerio.

—¡Bah! Yo me siento bien.

—Todos dicen lo mismo. Esa enfermedad no duele. Mata por dentro— murmuró sentenciosamente el obrero quitándose el casco de seguridad para limpiar el sudor que se le escurría por la frente.

El muchacho no contestó. Sentía pereza de libertar palabras. En su interior pensó:

—Estúpido. No sabe lo que está diciendo.

Pero el gusano de la inquietud le roía el corazón como una rata hambrienta.



Habían transcurrido tres meses desde su llegada. Siempre era el mismo muchacho pálido y taciturno. La monotonía de la labor empezaba a hastiarlo. Aquello era demoledor. De la mina al camarote y del camarote a la mina. El paisaje invernal, las

montañas albas de nieve y las tempestades violentas, obligaban a los obreros a permanecer confinados en sus madrigueras colectivas, fumando, charlando o jugando a las cartas lo ganado durante la semana.

Le tocaba turno de amanecer. El alistador, soñoliento, malhumorado, abandonó su camarote y se encaminó a la boca-mina, con los ojos pesados y una molesta laxitud en los músculos. Todos los camarotes vomitaban obreros harapientos y huraños, que se unían a los que ya avanzaban por el angosto pasillo asfaltado, en dirección hacia la mina. Un acre olor a sudor y a cuerpos sin lavar flotaba en el ambiente mal ventilado. Una niebla espesa envolvía la montaña nevada y se colaba por los vidrios rotos o las ventanas abiertas humedeciendo los rostros y las manos. En las galerías los esperaba la actividad de siempre: el ruido ensordecedor de las vagonetas al vaciar el mineral, los dinamitazos y los gritos de prevención.

El muchacho empezó su tarea comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo. Siempre sería el mismo alistador, mal rentado y despreciado por los de arriba.

—¿Qué hacerle? Nada. Trabajar. El que no ha heredado más que dos manos y no posee otro capital que su esfuerzo, tiene que soportar eso y mucho más. Cortó sus divagaciones la presencia de Mr. Kerrigan. A altas horas de la noche, cuando no se le esperaba, aparecía inspeccionando la mina, escrutando las vigas, recorriendo las estocadas y niveles, para prevenir cualquier peligro. Era su costumbre.

El ingeniero miró a su alrededor, masculló un saludo entre dientes y se alejó diluyéndose en las ti-

nieblas de la mina. El alistador, al bajar los ojos a la tierra distinguió entre la penumbra la roja tapa de una libreta. La tomó y la examinó. En la primera página había una firma de rasgos nerviosos y alargados: E. C. Kerrigan. El muchacho, abandonando momentáneamente su puesto se internó por una galería oblicua que lo llevaría hasta el ingeniero. Algunas estocadas lo desorientaron. Siguió adelante a través de un estrecho corredor saturado de humedad y luego se encontró en una galería abandonada. De las vigas agrietadas caía el agua insistentemente, formando charcos en el pavimento. Un viento helado le apagó la lámpara. Se detuvo amedrentado. Encendió una cerilla y una gota de agua inutilizó su esfuerzo. Con mano nerviosa extrajo los fósforos del bolsillo. La cajetilla, escurriéndosele de los dedos, cayó en un charco. Buscó, tentó anhelante, hasta que la encontró. Desesperado raspó el resto de las cerillas inútilmente. La humedad frustró sus esperanzas. Se sintió solo y abandonado en medio de las tinieblas de la mina. Le parecía que estaba en un sepulcro. El miedo, que dormía en su interior, alargó sus tentáculos envolviéndolo y tomando posesión de su sangre. Una densa noche de alquitrán, espesa y satánica, lo rodeaba y se metía dentro de su cuerpo a través de sus pupilas asombrosamente dilatadas e inútiles frente a la negra actitud del túnel abandonado. Las sombras hostiles le cerraban el paso, mudas y despiadadas. Nunca había experimentado el muchacho aquella extraña sensación de estar aprisionado en un lago de luto. La obscuridad era absoluta. Maravillosa. Horrible. Desesperado, pasó sus manos por sus ojos como si quisiera arrancarse una venda. Luego palpó la muralla fría y viscosa de la galería.

Avanzó con cautela, con los brazos alargados hacia adelante, como un ciego, temiendo encontrar bajo sus pies la traicionera boca de una "buitra". El silencio apenas era quebrado por el desprendimiento de alguna partícula de tierra o por el lagrimear de la mina al formar pequeños arroyuelos. Anduvo así algunos metros. Se detuvo. Reanudó la marcha. Era sólo un corazón palpitante en la cavidad de la montaña. De improviso el miedo, intangible, imperioso, dominante, se apoderó del hombre. Sintió un viento helado que le soplaba la nuca. El corazón aceleró su marcha.

—¡La Lola! pensó súbitamente. ¡La Lola! Tuvo la impresión de que alguien estaba detrás de él, acechándolo en la oscuridad. Sentía en su nuca la mirada fría de un ser extraño. Volvió a sentir en su espalda el viento helado del misterio y aún le pareció percibir el ligero roce de una mano. Trémulo de espanto, horrorizado, echó a correr en medio de las tinieblas, rodando sobre el fango y estrellándose violentamente contra las paredes de piedra, enloquecido, huyendo de su propio miedo.

—¡La Lola, La Lola!

Sus gritos danzaban en las galerías, se estrellaban en las rocas y se deshacían inútiles entre las sombras espesas y la indiferencia de la montaña profanada.

De pronto sintió que la tierra faltaba bajo su cuerpo. Un alarido se escapó desde el fondo de su vida. Vertiginosamente descendió por la boca hambrienta de una "buitra", para despedazarse en el fondo de un nivel.

Liberación

HÁBIA nevado toda la noche. La mañana era fría y un viento fuerte y seco bajaba desde los picachos silbando por los cajones. Encogido en su lecho, Genaro dormía profundamente en el sórdido desorden de su camarote. Una mano ruda lo sacudió con aspereza.

—¡Levántate, hediondez, son las seis!

En el pasillo asfaltado había ruido de pisadas, carreras y juramentos. El dormido hizo un brusco movimiento, apartó la ropa de su cara y quedó mirando a su compañero con los ojos turbios por el sueño. Por la puerta entreabierta se coló una débil claridad que se fué acentuando débilmente a medida que rechazaba a las sombras espesas hacia los ángulos del cuarto. El amanecer lechoso se retardaba entre la gasa de las nubes. Genaro permaneció inmóvil, prolongando por algunos minutos la agradable pereza sobre el lecho. Después, malhumorado y friolento, empezó a vestirse torpemente. Aún no había abandonado el camarote cuando lo sorprendió el pito de prevención. Bajó al primer piso saltando los escalones, dobló hacia la izquierda y tomó el camino que lo llevaba a su nivel. Mientras avanzaba por la galería húmeda miraba distraído

las paredes grises, tatuadas por la dinamita, por las que se escurría el agua de los neveros que impregnaban la montaña. Al llegar a su nivel el capataz lo miró severamente y anotó el atraso en su libreta grasienta.

—Si me dice algo le machuco el hocico— pensó Genaro malhumorado mientras se dirigía a su estocada.

—¡Guarda allá! bramó un carrero empujando su vagoneta.

De un salto el muchacho se apartó de la vía y el hombre se disolvió en la sombra, escamoteado por las manos negras de la mina. Los dinamitazos destrozaban el cerro haciendo vacilar las llamas de las lámparas. La faena continuaba con febril actividad. Trenes cargados de barras de cobre salían diariamente hacia la ciudad para seguir camino a San Antonio, con destino a los lejanos puertos europeos.

Sudorosos y jadeantes, los obreros volcaban los carros de mineral nativo en las bocas insaciables de las buitras. Genaro llenó el suyo y empezó el recorrido que había hecho tantas veces. Un ligero sudor le inundó la frente y en sus brazos robustos y morenos se dibujaban como lombrices las venas azulejas. Nunca había pensado permanecer mucho tiempo en la mina. Había llegado hasta ella atraído por la falsa fama de los salarios altos y guiado por el espíritu inestable que caracteriza a los mineros y que los lleva a cualquier parte donde pueda arañar la tierra en busca de metal. Soñaba con enormes riquezas ocultas y en su cabeza bailaban las viejas leyendas mineras. Su imaginación no descansaba. Descargando el buzón o empujando su vagoneta, saltaba de una idea a otra girando siempre sobre el mismo tema. Su gimnasia mental, estimulada por

su ambición, lo hacía vivir en una perenne espera de algo insospechado que haría cambiar violentamente el curso de su vida.

La hora avanzaba y algunos obreros abandonaban sus labores para engullir su merienda. Genaro y su camarada Camilo se reunían fraternalmente para comer, iluminados por la ondulante lengua de sus lámparas de carburo. Camilo, flaco, de nariz ganchuda y ojos bovinos, aumentaba su fealdad con el casco ladeado sobre la hispida cabellera. A menudo les hacía compañía don Romualdo, un viejo minero que conocía la cordillera hasta el lado argentino. Entonces la conversación se animaba siempre sobre el mismo tema. El viejo se acercó lentamente y tomó colocación al lado de sus camaradas.

—Que dice don Romualdo— saludó Genaro.

—Aquí estamos, compañero.

—Oiga, andan diciendo que los químicos encontraron oro en las muestras del otro nivel.

—Esas son puras mentiras. Aquí hay puro cobre nomás. En el norte si que hay oro. Conocí a un cateador que encontró una pepa de este porte— mentía el viejo, apartando una pulgada el índice del pulgar para indicar el tamaño del pedruzco metálico.

—Bueno— inquiría Genaro. Usté que ha andado más al interior ¿no ha visto oro por esos lados?

—Dicen que hay, pero nadie lo ha visto.

—¿Qué encontraron entonces cuando fué a “ca-tear” por esos lados?

—Nada, nada— afirmaba don Romualdo moviendo la cabeza como un péndulo. Lo único que vimos fueron piedras. Fuimos cuatro y volví yo

solo. Los demás se fueron a la Argentina. Deben haber muerto en el camino porque nunca más supe de ellos. No llevaban alimentos y parecían esqueletos.

La narración lenta y segura del viejo amarraba la atención de los muchachos que lo miraban con respeto. El minero tenía conciencia de la muda admiración de sus camaradas, y se esforzaba en exagerar las hazañas de su vida con la fácil complicidad de su imaginación.

—Una vez estuve perdido en una mina abandonada en los cerros frente a Santiago. Entré solo porque nadie quiso acompañarme. Este viejo loco se va a matar— oí que decían cuando entré a la mina. Encendí mi lámpara y anduve por los socavones desiertos. Lo que me daba más miedo era el silencio. Viera hermano, lo que me pasó.

Para excitar la atención de sus camaradas hizo una pausa, acercó la cantimplora a sus labios y bebió un largo trago de café. Luego continuó lentamente, dejando caer las palabras que se escurrían por los oídos golosos de los que lo escuchaban en muda expectación.

—Iba caminando despacio. En algunas partes la mina estaba inundada y el agua me llegaba hasta las rodillas. En otras partes tenía que arrastrarme. De repente tropecé con algo redondo y me agaché a recogerlo. ¡Era una calavera con pelo y bigote, compañero! Después se me apagó la lámpara. La encendí y se me volvió a apagar. Así, hasta que terminé los fósforos. Parecía que estaba enterrado vivo y no podía moverme por temor de caerme en algún pozo de la mina. Como estaba cansado me senté un rato y me quedé dormido. Más tarde me despertaron unos maullidos como si pelearan cin-

cuenta gatos. Sentí miedo. Dicen que el Malo cuida esa mina y que nadie sale vivo de ella. Por suerte que yo andaba con una medalla de la Virgen del Carmen, que fué la que me salvó. Me arrastré como culebra para no caerme a los pozos. Me demoré medio día en llegar a la boca-mina y cuando salí al aire libre estaba casi desnudo. La ropa se me había quedado enredada en las piedras.

—¡Chitas! exclamó Genaro en un sincero gesto de admiración hacia el viejo.

—Eso no es nada, compañero— continuó don Romualdo. Viera lo que me pasó cuando estuve en las minas de carbón en Lota. Yo era enmaderador y me ordenaron apuntalar una galería peligrosa. En eso estábamos cuando sentimos que el techo se nos venía encima. No alcanzamos a arrancar. A mí me sacaron con una pierna quebrada y a los demás compañeros los sacaron muertos. Estaban reventados como baratas.

—A trabajar abuelo. Y ustedes también, mamonos— gruñó el capataz mirando de soslayo a los obreros con sus ojos torvos y malignos, escondidos bajo el cepillo de sus cejas.

Los tres hombres se levantaron.

—Parece que fuera dueño de la mina— murmuró Genaro mirándolo por debajo de la visera de su casco. El capataz se volvió con fiereza hacia el muchacho, como si hubiera esperado aquel momento para ejercer su autoridad.

—¿Qué decís, sarnoso? ¿Querís que te suspenda el trabajo por unos quince días, mierda?

Genaro se mordió los labios. De carácter violento, su innata rebeldía lo llevaba siempre al terreno de la lucha. Nunca se amilanaba frente a un superior. Expulsado de varios minerales, había amplia-

do su horizonte recorriendo el país de norte a sur. En los lavaderos de oro, pobres y avaros, había agotado su paciencia lavando las arenas auríferas y en la provincia de Atacama, unido a un grupo de "cateadores", había recorrido los cerros calvos en una inútil búsqueda del preciado metal.

—En El Teniente se gana plata— le había dicho un amigo. Y una mañana se trepó al Longitudinal en busca de mejor suerte. El pequeño tren se arrastraba lentamente a través de campos tristes, áridos, en los que raquíuticos arbustos se quemaban bajo un sol despiadado. Los asnos, humildes y sufridos, pasaban cargados por los caminos, indiferentes al resoplar del tren. Rebaños de cabras trepaban por los cerros, ágiles y elásticas, poniendo una nota de vida en los campos muertos. A medida que se acercaban al sur el paisaje se tornaba más alegre y acogedor. Los potreros verdes, los sembrados, los árboles y las acequias rumorosas penetraban por los ojos de los viajeros cansados de contemplar el muerto panorama de las tierras pobres. Ahora estaba ahí, como un feto rebelde en el vientre de la cordillera. Una acre emanación de cuerpos sudorosos y sucios flotaba en la galería negra y húmeda de la mina. Ocho horas de trabajo continuo, de ir y venir empujando vagonetas, vaciándolas en las buitras, preparando tiros, enmaderando la mina, controlando el número de carros extraídos, pintaban el cansancio en la cara de todos esos hombres enterrados en el corazón de la cordillera. Mientras afuera el sol brillaba sobre la superficie de la tierra fecundando los campos, derritiendo la nieve, desentumeciendo los miembros, ellos estaban en las entrañas de la tierra aguzando los ojos como nictálopes a través de las galerías, bajo la mirada

avieza de los capataces, y envenenando sus bronquios con el aire mefítico de la mina.

A las tres de la tarde terminaba el primer turno. De todas las galerías salían rostros sudorosos, sucios, avinagrados, dirigiéndose hacia la salida. Marchaban en silencio. El cansancio les sellaba los labios. Muchachos, casi niños, alternaban con hombres maduros. Con las ropas destrozadas, la lámpara oscilando en una mano o colgada sobre un hombro, el macabro desfile se arrastraba penosamente por la galería para cederle el lugar al segundo turno. La mina, insaciable, recibía en su vientre durante el día y durante la noche, su alimento humano. El metal, impregnado de dolor y de sufrimiento, se vendía después en los mercados extranjeros para enriquecer a unos pocos.



Los dos muchachos departían con el viejo en la intimidad del camarote. Con un cigarrillo entre los labios, bajo la pelambre del bigote amarillo por la nicotina, el viejo minero amarraba la atención de sus camaradas con su cháchara habitual. Genaro y Camilo habían madurado largamente su plan. Al llegar el verano, cuando la cordillera se hiciera transitable, se irían por los cerros desconocidos, repitiendo la hazaña de don Romualdo. El viejo se negaba a acompañarlos.

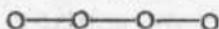
—Estoy muy viejo pa esas cosas— les había dicho tropezando con las palabras. Les serviría de estorbo. Además, creo que lo que cuentan son puras mentiras. Por aquí no hay oro. Cuando fuimos la otra vez buscamos por todas partes y no encontramos nada. Eramos cinco y volví solo. Los demás deben haber muerto de hambre.

Pero nada los hacía desistir. Se irían cuando llegara el verano. Genaro soñaba con llegar a ser un

segundo Juan Godoy, al que había visto convertido en bronce sobre un plinto de piedra en la plaza de Copiapó.

—¿Por qué no podía descubrir una mina de oro o de plata? Suceden tantas cosas— se alentaba a sí mismo.

Camilo, apático por naturaleza, se había dejado convencer por la cálida palabra de su camarada. Sus ojos bovinos también soñaban con una riqueza maravillosa escondida en el corazón de la cordillera. La vida monacal del mineral había terminado por hacérsele insoportable. Todo era preferible a permanecer enterrado durante años en las galerías negras de la mina. ¿Cuántos siglos hacía que arrasaba su vagoneta por los corredores húmedos? Cuando llegara el verano esperado, todo terminaría. Una vida nueva los esperaba en los picachos de la cordillera que encerraba el secreto de sus tesoros como una mujer púdica. A fuerza de repetírselo mentalmente, aquella idea había llegado a convertirse en certeza en su imaginación afiebrada.



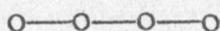
Por fin el verano asomó su cabeza rubia, despojando a la cordillera de su blanca túnica invernal. Los cerros, erectos, iban mostrando sus carnes pétreas. Por las laderas y quebradas, el agua fría y cristalina descendía hasta el cajón en pequeños arroyos que se iban juntando hasta formar un pequeño riachuelo que iba creciendo a medida que avanzaba hacia las tierras bajas, hasta formar un río turbio y encrespado que fecundaba los campos saltando entre las piedras, ahocinándose en su curso o extendiéndose como una mano abierta hasta confundirse con el mar.

Genaro y Camilo estaban inquietos. La proximidad del viaje, el embrujo de lo inesperado, cierto

oculto temor a lo desconocido, los hacía reír por cualquier cosa o quedar súbitamente serios. Ninguno de los dos habría sido capaz de confesar en alta voz sus temores, pero silenciosamente consigo mismo, hacían girar el molino de sus reflexiones ante el enigma que los esperaba en el corazón de la montaña. Don Romualdo, por última vez, trató de disuadirlos:

—No vayan, cabros— les dijo. Yo sé como es eso por ahí. Quédense aquí mejor.

Y volvió a repetirles la historia de su fracasada expedición. El viejo minero se sentía cómplice de la locura que se había apoderado de los muchachos. El, con sus relatos fantásticos y con sus historias maravillosas de tesoros escondidos, había exaltado la ardiente imaginación de sus camaradas, conduciéndolos hacia los caminos de la aventura. Ahora se daba cuenta de que era demasiado tarde para hacerlos desistir. En silencio, los vió comprar las provisiones en las concesiones de Sewell. Equipados con gruesos borceguíes para las futuras marchas, los muchachos se sentían capaces de dar la vuelta al mundo. Habían pedido su "arreglo" a la compañía el día anterior y debían bajar a Rancagua dentro del plazo fijado por los reglamentos. Tenían su plan. En cualquier punto del camino se dejarían caer del pequeño tren andino. En seguida emprenderían el viaje a través de las montañas, siempre hacia el oriente, siguiendo las indicaciones de don Romualdo.



La mañana era clara y luminosa. La transparencia del aire, como a través de un vidrio lavado, concedía a los ojos la nítida visión de un paisaje maravilloso. Los montes azules, veteados de blanco.

se erguían altaneros despreciando la pequeñez de los hombres. A la distancia, en los cerros más bajos, un puñado de nubes vagaban desorientadas, y más allá, emergiendo desde una hondonada, ascendía el humo espeso y cargado de emanaciones químicas de la fundición de Caletones, profanando la azul pureza de la altura.

Los dos muchachos, con los cuellos alargados fuera de la ventanilla, conversaban con don Romualdo que les daba las últimas instrucciones. Un silbido agudo anunció la partida. El pequeño tren se arrastró lentamente con un áspero chirrido de fierros. El viejo, emocionado, agitó su mano callosa y paternal en un tosco gesto de despedida. Los muchachos dieron una última mirada hacia la altura. Arriba quedaba la mina, como un pulpo succionador de fuerzas y de vidas. Ellos marchaban hacia la liberación oculta en la distancia.

S e d

LIBORIO se detuvo, miró hacia la altura y permaneció inmóvil y sombrío, con una arruga vertical entre sus cejas pobladas. La cordillera lo circundaba. Enorme. Dura. Maravillosa. Nunca se había imaginado que fuera tan extensa. Hacía dos días que vagaba sin rumbo, trepando y descendiendo sin descanso y escrutando los aledaños con la esperanza de encontrar un punto habitado. Ahora, demasiado tarde, se arrepentía de su brusca decisión.

—No vái sólo, testarúo. Vos no conocís bien el camino —le había aconsejado su camarada José Guerra, contrabandista envejecido en el oficio. Pero él, desoyendo la advertencia y confiando en su instinto de orientación, se había puesto en camino con un apreciable contrabando de pisco que ocultaba alrededor de la cintura, en seguros compartimentos.

Liborio era un contrabandista novato. Aquella era la segunda vez que se dirigía a Sewell, el principal campamento minero, a través de la cordillera, por senderos desconocidos y casi intransitados, para burlar la vigilancia de los carabineros. Creyó dominar a la montaña y ahora estaba ahí, desalentado y dolorido, vagando sin rumbo bajo un ardiente

sol de verano que calcinaba las rocas milenarias. Había errado el camino. Estaba circundado de cerros grises, ásperos, desnudos. Un silencio absoluto hacía más desoladora su espantosa soledad. No existía vestigios de vida vegetal y el cielo purísimo y diáfano era como una inmensa pradera azul y desolada, en la que no se advertía ni la más leve señal de vida. Liborio, frente a la naturaleza bravía, que lo circundaba, sintió con fuerza primitiva el terror de su soledad. Súbitamente se dió cuenta de su pequeñez ante las fuerzas ciegas del destino. En el corazón de la cordillera, lejos de todo punto habitado, rodeado de rocas ardientes, era una fuerza muda y amarga debatiéndose inútilmente contra las distancias que anulaban sus esfuerzos.

Joven y robusto el contrabandista caminaba sin desmayar, con la mirada torva, irritado contra sí mismo, sin separarse de la carga que le golpeaba los riñones. A ratos se detenía a escudriñar el horizonte interceptado. Llegó la noche y Liborio seguía andando. Al día siguiente reanudó la marcha con brío, pero pronto tuvo que detenerse a descansar: estaba debilitado. Además, la falta de agua empezaba a mortificarlo. Para recuperar las fuerzas se tendía de espaldas, cara al cielo, respirando profundamente el aire seco de la altura. Luego se levantaba reconfortado y reanudaba la marcha con muda desesperación, trepando y descendiendo, con la boca seca y el cuerpo afiebrado bajo el sol implacable. Tenía la certeza de que caminando sin cesar tendría que llegar a un punto habitado, pero su desconocimiento de la cordillera lo hacía girar alrededor de un mismo cerro y apartarse fatalmente de la dirección buscada. La ausencia absoluta de huellas lo hacía desesperar.

—Aguanta idiota— se insultaba a sí mismo, deseoso de abofetearse por su absurda presunción de conocer la montaña.

El sol del cuarto día lo sorprendió avanzando lentamente como bestia sumisa, con los músculos flojos y la mirada vaga. Ya no se preocupaba de encontrar el camino: sólo deseaba encontrar agua. Todos sus pensamientos, todo su ser, todos sus instintos iban dirigidos hacia ese fin. Sentía la boca seca, el estómago dolorido y una extraña sensación de no pertenecerse a sí mismo. Algo así como si estuviera viviendo una pesadilla espantosa.

—Debe ser la fiebre— pensó en voz alta. Le extrañó el tono de su propia voz. Aquel era el primer ruido que escuchaba después de cuatro días de silencio absoluto, en que sólo había escuchado el sordo rumor de sus pisadas y algunas veces el leve aletazo del viento entre las piedras. Para oírse a sí mismo llenó de aire los pulmones y lanzó un largo grito animal, primitivo. El grito chocó violentamente contra los esquistos y rebotó como una pelota de goma saltando sobre los profundos barrancos hasta diluirse en el aire claro y transparente, como un pájaro tragado por la distancia. Después el silencio, tirano y vigilante, volvió a cercarlo irremediablemente.

El peso de las botellas de licor le torturaba los riñones y le sorprendió que no se le hubiera ocurrido desprenderse de aquella molestia. Una a una fué arrojando las botellas a un profundo barranco. Nada le importaba el dinero perdido. Sólo deseaba aliviarse para continuar la marcha. A medida que se aligeraba de su carga se sentía más ágil y liviano, experimentando la misma sensación de alivio que una acémila liberada de su carga después de una

marcha agotadora. La vacilación lo detuvo antes de arrojar la última botella. La sed lo devoraba y aquel líquido, del que había bebido algunos sorbos durante el trayecto, lo incitaba con su señuelo cristalino. Vaciló. Luego, decidido, bebió con ansias el aguardiente que le quemaba la garganta y el estómago, pero que humedecía sus fauces secas. Bebió hasta la última gota. Después con un gesto de rabia sorda y desesperada, lanzó el envase que se rompió con alegre musicalidad entre las rocas de la montaña.

Debilitado por la larga marcha, la cabeza empezó a darle vueltas vertiginosamente. Veía girar la tierra como un inmenso carrousel y los cerros enormes parecían bailar empinándose hacia el cielo. Estaba borracho. Espantosamente borracho. Excitado por el alcohol, estalló su furia contenida. Necesitaba desahogar su ira contra alguien o contra algo. Con los puños cerrados, los ojos inyectados y la boca espumosa, apostrofó a las montañas mudas y bravías que lo circundaban burlándose de su desamparo.

—No importa, no, no importa— farfullaba con el rostro encendido y las pupilas llameantes. ¡No soy un perro pa morir en estas montañas malditas!

Sus alaridos se perdían en la lejanía, saltaban los barrancos y se iban a estrellar contra la muralla de granito que se alzaba ante sus ojos. Siguió andando con dificultad. La tierra se le evadía de los pies y sentía que los ojos se le cerraban con una pesadez de plomo. Tropezó con un pedruzco y cayó de bruces. No se levantó. Sintió un intenso bienestar y se quedó dormido. Cuando despertó, con la garganta seca y el cuerpo ardiendo, el sol empe-

zaba a descender. Se levantó penosamente y miró a su alrededor con los ojos estúpidos y las facciones contraídas por el malestar de la borrachera. Anduvo sin rumbo hasta que anocheció. El aire frío de la noche le devolvió la lucidez. Tenía los pies desollados y las manos ensangrentadas. La sed lo atormentaba, exacerbada por el aguardiente ingerido. Luego se sumergió en un sueño intranquilo, delirante, en el que veía cascadas de agua hirviendo que no podía tocar. Deliró toda la noche.

Abrió los ojos con los primeros rayos del sol. Sintió malestar de volver a la realidad. Otra vez vivía. En esos momentos toda su vida se encerraba en una sola palabra: caminar. Sentía que el cuerpo le ardía y comprendió que tenía fiebre. Procuró tragar saliva pero la garganta reseca se le apretó en un espasmo doloroso. Quiso gritar pero la lengua hinchada lo hizo emitir un extraño sonido de bestia herida.

—Agua, agua, agua— repetía mentalmente, como un doloroso estribillo de su angustia exasperada.

Desalentado hizo girar los ojos hacia la altura donde blanqueaban las nieves eternas en un picacho inaccesible. Dió un grito de alegría. Arriba estaba su salvación. Iría hasta allá y se revolcaría en la nieve fresca y pura. Devorado por la fiebre sólo pensaba en llegar lo más pronto posible. Empezó a ascender, agarrándose a las piedras salientes sin sentir las magulladuras y sin hacer caso de su cansancio. Después de algunas horas de marcha se detuvo extenuado. Cuando ya le parecía que iba a llegar salía a su encuentro un precipicio, cerrándole el paso con su presencia muda e inmutable. El picacho se alzaba siempre lejano llamándolo con sus pañuelos

de nieve. Las sienes le latían y los oídos le zumbaban con una insistencia irritante. Hizo un último esfuerzo y siguió ascendiendo maquinalmente. Sólo el instinto de conservación hacía mover sus músculos destrozados por el cansancio. De pronto sintió que se le nublaba la vista y cayó de rodillas. Siguió arrastrándose penosamente en un esfuerzo supremo por alcanzar la altura donde estaba la vida, incitándolo con sus blancas manos de samaritana. Arriba brillaba la nieve alba, limpia y pura para apagar su sed. Aquella tortura terminó por enloquecerlo. Cerró los ojos y permaneció inmóvil. La fiebre le quemaba la sangre. Al alcance de su mano vió una vertiente clara y rumorosa. Alargó las manos delirantes, y la fuente, en un rápido esguince se alejó de su lado lanzando una clara carcajada que lo hizo estremecerse. El hombre la siguió arrastrándose y gimiendo lastimeramente.

—¡Agua, agua, agua!

Algunas veces creyó atraparla y hasta sintió el frescor de su caricia, pero al querer hundir sus labios en la fuente sólo mordía el polvo de las rocas despiadadas. Poco a poco se sintió mejor. Ya no sentía el sol sobre sus espaldas y le pareció que soplaban un viento fresco. El delirio de la sed le danzaba en el cerebro. Mientras permanecía con los ojos cerrados sintió que alguien estaba a su lado. Abrió los ojos y reconoció al "negro José" que le alargaba un vaso de agua con un gesto fraternal. Era un agua pura, limpia, helada. Repentinamente la visión desapareció. Y entonces el hombre, por primera vez en su vida, lloró sobre su desamparo. Amargamente. Silenciosamente. El silencio que lo rodeaba se hizo más intenso. El cielo semejaba una inmensa carpa azul, cuyas bases empezaban a teñir-

se de sangre. Un buitre, único signo de vida en la montaña despiadada, empezó a dibujar grandes círculos en la maravillosa pizarra del cielo. Sin impacientarse, oteaba al hombre derrumbado.

Después, Liborio continuó mirando obstinadamente la cumbre del picacho nevado. Al atardecer dejó de percibir los ruidos del viento entre las rocas, pero seguía viendo. Sus ojos aún tenían vida. Al otro día aun estaba así, inmóvil, con los ojos abiertos, mirando fijamente hacia la altura.

Polilla

PEUQUEÑO, delgado, pálido y pecoso, "Polilla" moría lentamente, encorvado sobre su escritorio cubierto de papeles. Conversaba muy poco, como si le costara trabajo hacer salir las palabras de su garganta. Su conjunto era insignificante. Pero toda la miseria y vulgaridad exterior desaparecía en su mirada serena y perspicaz, en sus ojos escrutadores abiertos como dos ventanillos limpios para observar la vida que lo circundaba.

Ocupado en la sección Bienestar del mineral, veía desfilar frente al mesón gastado por el roce, toda la muchedumbre de hombres, mujeres y niños que se dirigían a los campamentos. "Polilla" iba de allá para acá con los papeles en la mano, sonriente, insignificante, doliéndose íntimamente de la miseria de los que iban al mineral a desempeñar las más duras faenas con la esperanza de que más tarde podrían cambiar de situación. Los veía llegar nerviosos, anhelantes y firmar el contrato con caracteres inverosímiles y casi indescifrables, sin imponerse de su contenido. Muchachos imberbes que subían por primera vez, hombres maduros que habían jurado no volver más a la mina, llegaban ante él con la mi-

rada dura y el gesto cansado, contestando altaneros a las preguntas del amanuense, como si fuera culpable de la dureza de sus vidas.

Una mañana lo llamó su jefe. Roja la cara por las continuas libaciones, Mr. Barry estaba sentado en un amplio sillón con la pipa humeante entre los dientes.

—Buenos días, señor— murmuró “Polilla” con suavidad.

—Morning— masculló el jefe con tono duro y sin mirarlo. Aquí tiene su nuevo contrato. Le he conseguido un aumento.

“Polilla” cogió el formulario y empezó a leer con avidez. Después de cinco años de trabajo, esforzándose en desempeñarse como un empleado correcto, lograba dos pesos de aumento al día. Un inmenso desaliento se apoderó del muchacho. Quiso protestar y gritar con todas sus fuerzas que aquello era abominable, una injusticia irritante y una burla despreciable, pero sus palabras se deshicieron en su garganta ante la inutilidad de su rebeldía. Su cólera no salió al exterior. Andaba dentro de sus venas. Un sollozo amargo le bailaba en los ojos y sólo pudo pronunciar un “Thank you” apenas perceptible.

“Polilla” continuó trabajando en silencio entre las burlas de sus compañeros que lo felicitaban con ruda ironía por el aumento logrado.

—Luego te pondrán en dollars— graznó uno socarronamente dándole palmaditas en la espalda. “Polilla” permanecía mudo. Pálido. Tembloroso. Sus compañeros lo advirtieron y con gestos de inteligencia suspendieron sus chirigotas. Pero el escribiente notaba que lo observaban en silencio y muchas veces sorprendió las sonrisas que se cruzaban

de un extremo a otro de la oficina como mudos mensajes de regocijada comprensión. Se sintió molesto y en su interior mordía las palabras ácidas que pugnaban por salir. Lo mortificaba una idea fija. y entonces, para serenarse, empezó a escribir a máquina rabiosamente.

El pito de la maestranza hendió el aire con su dardo sonoro, indicando que la jornada de la mañana había terminado. De todas las secciones empezaron a brotar hombres sucios, tiznados, al lado de hombres pulcros que despreciaban a sus camaradas de más humilde condición. Caminaban silenciosos y apresurados, pensando en la cena humeante que los esperaba en sus hogares. La mayoría tenía aspiraciones simples y materiales: tener un plato seguro de comida, cobrar los sábados en la tarde y el lunes empezar la tarea rutinaria sin estímulos ajenos ni propias iniciativas, y algunas veces con el aliento malo y la cabeza torpe por el alcohol ingerido. Sólo se escuchaba el rumor de las pisadas y el resoplar fatigado de una pequeña locomotora retrasada que hacía cambios en la línea para ir a guarecerse bajo el amplio galpón de calamina, semejante a una enorme gallina metálica, después de haber arrastrado desde la altura hasta la tierra baja, media docena de vagones cargados con barras de cobre para la exportación.

"Polilla" salió entre los últimos. Lo acompañaba Riquelme, un amigo de la infancia. Marchaban sin apresurarse por la calle desierta, mientras conversaban con gestos de desaliento.

—¿Qué piensas hacer? preguntó Riquelme.

—Nada— respondió el interrogado mirando con insistencia hacia el suelo.

—¿Por qué no reclamas?

—¿Para perder tiempo? Tengo que soportar esto y mucho más. ¿Quién atendería a mi madre si me "cortaran"? ¿La atenderías tú acaso? Ella, la pobre, no sabe nada. La engaño para que no sufra. Siempre me dice por qué no salgo a pasear con mis amigos, que vaya al teatro... No puedo decirle que es por falta de dinero. Sería darle una pena más en su miseria.

—Es cierto. Estamos perdidos irremediablemente. El que se rebela, va a la calle. El que se resigna, se pudre en un mismo puesto con cinco pesos anuales de aumento sobre su sueldo. Ese es el dilema.

—¿Qué crees que podemos hacer?

—¿Nosotros? Nada. Aisladamente, estamos condenados a ser juguetes despreciables, máquinas humanas de calcular menos afortunadas que las mecánicas.

—Es cierto. No somos más que eso... únicamente eso... máquinas humanas de calcular.

—Tal vez nosotros mismos somos culpables de que se nos desprecie. Somos tan serviles. ¿Has visto los gestos temerosos de Estuardo o de Juárez cuando los llama Mr. Barry? ¿O la actitud sucia y rastrea de ese otro mentecato que se cree periodista y no es más que un oportunista sin talento? La mayoría somos iguales.

—Es cierto. La mayoría somos iguales.

—¿Qué le has respondido a tu jefe después que te notificó el aumento de sueldo?

—Nada. No le respondí nada. Ah, sí, ahora recuerdo. Le dí las gracias.

—¡Ja, já! rió Riquelme con rabia sorda. ¿De manera que le has dado las gracias, imbécil, en vez de rebelarte ante la injusticia y la humillación de

elevantu tu sueldo en dos pesos más al día después de cinco años de labor? ¿No sabes acaso que el gringo Barry gana cerca de cuatro mil pesos mensuales para que supervigile el trabajo de los nativos? ¿No lo sabes idiota?

—Sí, lo sé todo. Pero ¿no te he dicho que no puedo rebelarme por no perder mi colocación? ¿Crees que si fuera un hombre sólo habría soporado durante tanto tiempo la asquerosa presencia de Mr. Barry? El idiota eres tú que no sabes apreciar las situaciones personales. Además ¿te has rebelado alguna vez contra tus jefes para conseguir un aumento de salario? Dí ¿te has rebelado alguna vez?

—Claro, majadero. No sólo una vez. ¿Crees entonces que en mis cuarenta años de vida he trabajado solamente en Braden, Copper Company? El mundo es muy grande. He sido expulsado de varias empresas porque me he sabido valorizar a mi mismo. Es cierto que soy soltero y que a nadie hago falta. En cambio tú . . . y tantos otros. Tienes razón, "Polilla". He sido injusto contigo, lo reconozco. ¿Hay algo mejor que reconocer los errores a tiempo? Tienes una madre y eso te justifica y ennoblece. Te sacrificas por ella. En cambio hay tantos...

"Polilla" continuó en silencio, rumiando sus pensamientos. Las palabras ácidas y crueles de su amigo no hacían sino exacerbar sus rebeliones oprimidas durante largo tiempo. Sentía un sordo rencor contra su jefe y mentalmente repetía las frases violentas que le espetaría cuando llegara la ocasión.

—El mundo es una porquería— continuó Riquelme monologando con acento amargo. Sí, "Polilla". Te lo digo yo que he recorrido el país de norte a sur y que conozco diversas actividades. Los

de arriba ganan sueldos fabulosos, gozan de dividendos, especulan y roban, formando una verdadera logia para apoyarse mutuamente. ¿Qué les importa a ellos el hambre y la miseria de los de abajo? ¿Crees que le interesa a Mr. Barry saber que tienes tu madre enferma y que debes sostener el hogar con tu mísero sueldo? No. A él ni a ninguno de los jefes les interesa saber que "Polilla" tiene una madre vieja y paralítica que agoniza lentamente por falta de medicinas.

—Es cierto— asintió "Polilla" con amargura. Después de meditar algunos segundos emitió la continuación de su pensamiento.

—¿Crees que en otra parte podría ganar más dinero?

—No, ganarás menos, pero al comienzo solamente y puedes estar seguro de tener un porvenir más ancho. Aquí te estás pudriendo "Polilla". Lo siento por ti, porque eres un buen muchacho aunque seas pusilánime y manso como una oveja.

A Riquelme le gustaba herir la susceptibilidad ajena y poner el dedo en la llaga de sus camaradas en forma violenta y casi grosera por su franqueza excesiva, para formar conciencia del propio valer, estimular la propia estimación y formar "individualidades", como él se complacía en confesar cuando estaba de buen humor. Su palabra era como un latigazo para estimular a los retardados, para herir a los cobardes y fustigar a los elementos patronales. Era enemigo abierto y decidido de los delatores que buscaban la compañía de los jefes para ponerlos al corriente de las actividades sindicales de los empleados, que no habían logrado organizarse. Por eso, se había hecho odiar de los zaheridos. Pero él era demasiado grande para flaquear en sus desig-

nios, convencido, de que el hombre se valoriza a sí mismo con su conducta vertical.

—Tengo una lista— le confesó a "Polilla"— de los empleados que tienen bisagras en la espina dorsal.

—¿Para qué la necesitas?

—Individualmente no me interesan. Es nada más que un dato estadístico sin otra finalidad que formarme una opinión personal de este aspecto colectivo, del que deduzco un signo seguro de pobreza mental. ¿Quiénes tienen la culpa de esta anomalía que se destaca visiblemente en las masas de empleados? ¿Eres culpable tú, yo, los gobernantes, los maestros? Creo que la única culpable es la raza. No te alarmes ni trates de agujerearme el discurso. Eso está bueno para las asambleas políticas o sindicales. Bueno. Te repito que creo que nuestra raza, nuestra formación étnica, es la única causante de nuestro comportamiento. No debemos olvidar que llevamos al indio escondido debajo del chaleco y disfrazado con apellidos españoles o extranjeros. Somos un producto híbrido, incompleto, poco evolucionado que se siente subyugado ante cualquier hombre de una raza extranjera. Aun no nos podemos emancipar del complejo de inferioridad racial que envenenó la sangre de nuestros antepasados durante más de 300 años. ¿No lo has palpado a tu alrededor, o mejor, no has constatado esto tú mismo cuando estás frente a Mr. Barry, que te desprecia con toda su alma alcoholizada? Contesta ¿no lo has constatado personalmente?

—Creo que estás en lo cierto. De manera que yo debo figurar en tu lista de los hombres bisagras.

—Ya lo creo. Debías haberlo sospechado desde el principio. Es el lugar que te corresponde dentro de mi concepto de la comunidad.

Al llegar a una esquina ambos se separaron. Riquelme se dirigió hacia el centro de la ciudad y "Polilla" hacia el arrabal maloliente de donde procedía.



Los días transcurrían con monotonía aplastante. "Polilla" seguía encorvado sobre el escritorio lleno de papeles, atendiendo diligente a los nuevos contratados o a los que se dirigían a alguno de los campamentos del mineral. Evitaba en lo posible encontrarse con Mr. Barry. El jefe, ancho de espaldas, alto y recio, tenía la apariencia de un atleta. A su lado los nativos se veían insignificantes. Bajos y magros, sentían la superioridad física de aquel hombre hijo de una raza fuerte, que los miraba con infinito desprecio. Algunos le temían. Más de una vez, excitado por el whisky ingerido, había apartado brutalmente de su camino a un empleado que le interceptaba el paso. Tenía crisis nerviosas que lo hacían insoportable. Entonces nadie se atrevía a hablarle. La oficina permanecía silenciosa y para aludirlo se comprendían con gestos significativos. En esas ocasiones se empeñaba en hablar inglés y se irritaba hasta el paroxismo cuando alguien no le comprendía el endiablado "slang" que mascutaba. Aquella mañana sufría una de sus crisis. Todos permanecían silenciosos, doblados sobre sus mesas de trabajo. En la oficina contigua se sentían las sonoras pisadas del jefe. "Polilla", aspirando el humo de su cigarrillo barato, meditaba en su situación comparándola con la de aquel hombre que dilapidaba el dinero en las cantinas, prostíbulos y ca-

sas de juego. Pensaba con desaliento en el violín que se valorizaba en la vitrina de un comerciante judío, esperando que lo fuera a rescatar. ¿Cuándo juntaría el dinero necesario? Nunca. Pasarían los años, llegaría la vejez con su temblor sigiloso de manos inutilizadas y su sueldo miserable se elevaría sólo un poco más. Esas reflexiones íntimas lo exasperaban. Y había muchos como él. La vida es dolorosa para los pobres. Y seguía escribiendo tenazmente. Luego alzó la cabeza y habló por la ventanilla con el mismo tono emitido durante cinco años consecutivos.

—Los que van a la mina.

Diez hombres se acercaron. El más robusto ocupó el hueco de la ventanilla alargando el cuello hasta hacer sentir su hálito caliente y nauseabundo en la cara de "Polilla". El rincón estaba saturado de una extraña mezcla de olores a tabaco fuerte, cuerpos sucios y vino ordinario. Empujándose unos a otros como rebaño fustigado, los mineros iban tomando colocación frente a la ventanilla para contestar las preguntas del escribiente. El último hombre se acercó indeciso, esperando ser interrogado.

—¿Su nombre?

—Nolasco Huerta.

—¿Edad?

—Dieciocho años.

—¿Estado civil?

—Soltero, señor.

—¿Nacionalidad?

—Cubano.

"Polilla" levantó la cabeza y lo examinó un momento con sus ojillos escrutadores. El contratado para alistador en la mina era un muchacho blanco, pálido e imberbe.

—¿Ha trabajado antes en la mina?

—No, señor.

—¿Sabe cuál es el trabajo que va a desempeñar?

—Me han dicho que es para chequear carros de mineral. Dicen que es un trabajo sencillo.

Chequear carros. En realidad es un trabajo sencillo, pero depende dónde se haga y entre qué clase de gente. El alistador debe sepultarse ocho horas diarias en las profundidades de la mina, fiscalizando en las galerías a los carreros que van vaciando el mineral en las bocas de las "buitras" insaciables como bolsas de avaros. La mayoría son gente rústica y altiva que siente placer en mofarse de los recién llegados. Nadie lo secunda en su tarea. El que entra por primera vez a los túneles se siente sobrecogido y desorientado ante ese mundo nuevo, sombrío y sórdido, que lo acoge tercamente. "Polilla" miró con compasión al nuevo contratado y a pesar de estar habituado a las miserias que desfilaban frente a su ventanilla, con un interminable cortejo de quejas y blasfemias, le explicó al muchacho su situación.

—Trate de pedir su transferencia a cualquier departamento. El trabajo que va a desempeñar no le conviene. Además...

Una voz agria y destemplada resonó a sus espaldas.

—¿Le pagan para que dé consejos o para que trabaje en la oficina? aullaba Mr. Barry, rojo por la excitación, impregnando la sala de un fuerte olor a alcohol. Después masculló algunas frases despreciativas e hirientes, vomitadas por su injustificado rencor a una raza subalterna pero no culpable.

Entonces sucedió algo insólito. "Polilla", pálido de ira, se apartó con un salto felino de su asiento y

se lanzó sobre la enorme mesa del jefe. Sus manos flacas, descarnadas, golpeaban con desesperación la roja cara de Mr. Barry que cogido de sorpresa no atinaba a defenderse de aquella violenta lluvia de golpes. El muchacho flaco, insignificante, atacaba furioso como un perro salvaje. Pero aquello no podía durar. Repuesto de su sorpresa, Mr. Barry lo atenazó con sus manazas, y así cogido para que no se escapara, empezó a golpearlo fríamente en el rostro, que pronto fué sólo un pedazo de carne roja y machucada que salpicaba los formularios con su lluvia escarlata. Los empleados miraban la escena en temeroso silencio. Con los nervios en tensión. ninguno hacía ademán de defender al insignificante "Polilla", hasta que, rendido Mr. Barry por el esfuerzo hecho, soltó a su presa exánime que se dobló en una silla con la cabeza flácida y un rictus amargo en la boca derrotada y sangrante, como un mudo grito de redención.

Camaradas

PEDRO Luma había llegado de los bosques del sur huyendo de la justicia. Ahí, dentro de la mina, se sentía seguro como un topo en su madriguera, pero la prolongada permanencia en las galerías húmedas y frías, respirando su atmósfera mefítica y malsana, empezó a debilitar su robusta naturaleza campesina pintando dos manchas azulejas bajo el fulgor de sus ojos altivos. Además, una nostalgia persistente y pegajosa le roía a toda hora nublandole los ojos, poniéndolo violento y haciéndolo estallar en sordas blasfemias contra todo lo creado. Aquella vida no le pertenecía. Pedro Luma había nacido para domar potros, galopar por los largos caminos enfangados mientras la lluvia le golpeaba la cara y arrear el ganado ajeno a los bosques cómplices en compañía de otros camaradas, para vivir sin amos ni patrones.

Algunas veces sentía violentos deseos de retornar a su comarca, aunque cayera en las garras de la implacable justicia criolla que limpiaba los campos australes infectados de cuatreros audaces, pero lo detenía su temor a las cuatro paredes de cemento que lo circundarían irremediabilmente apenas hollara los caminos de su pueblo. No podía resignarse a la idea de perder su libertad, él, que había galo-

pado desde niño a través de todos los caminos australes, robando y huyendo, burlándose de sus perseguidores y desafiando a la justicia. Pedro Luma recordaba nítidamente el minuto que lo obligó a partir para no caer en manos de la justicia. Hacía tres días que los carabineros lo perseguían a través de la selva, asediándolo sin descanso, evitándole dormir y obligándolo a alimentarse con las bayas silvestres que le procuraban los árboles amigos. Trataron de cercarlo destacando comisiones desde distintos puntos. ¡Estúpidos! No sabían que Pedro Luma era un hijo de la selva virgen, conocedor de senderos inverosímiles y capaz de orientarse entre un enjambre vegetal que le cerraba el paso por todos lados. Sus compañeros huyeron en distintas direcciones para no ser atrapados en grupo, en caso de que les dieran alcance. La cacería fué infructuosa. Al quinto día, Pedro Luma, debilitado y rendido por el sueño, logró llegar a una pequeña estación de ferrocarril que lo rescató definitivamente de las garras de sus perseguidores. De sus cuatro compañeros restantes sólo uno cayó en poder de la justicia: fué encontrado muerto con la cabeza partida al lado de su cabalgadura extenuada. Los demás siguieron respirando el aire impregnado de resina y humus vegetal de la selva protectora.

Ahora, mordiéndose su rencor, Pedro arrastraba su vagoneta cargada bajo la severa mirada del capataz, con los dientes apretados, avergonzado de sí mismo. Se sentía humillado. Aquella tarea le parecía que era para bestias. Lo único que le faltaba era que le pusieran arneses o un yugo para uncirlo al extremo de la vagoneta. El hastío, paulatinamente, fué amargando su sangre, aflojando sus músculos y endureciendo el acero de su mirada. Un día violó

los reglamentos botando menos carros de mineral que los exigidos como minimum. Al terminar la faena el capataz lo llamó con un gruñido:

—¡Pedro Luma, eh, a vos te hablo!

—¿Qué pasa?

—¿Por qué botaste veintitrés carros nomás? Quiero que sepai que en mi cuadrilla no calan los saca-vueltas.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Y paque no seai aniñao te voy a suspender quince días como castigo preventivo.

Pedro se encogió de hombros. En seguida, sin irritación y sin palabras, asestó una violenta bofetada al capataz que se derrumbó aullando de dolor. Luego, con un altivo gesto de indiferencia, se alejó silbando por la galería. El era capaz de botar cincuenta carros de mineral. Pero no quería hacerlo. Deseaba volver a vivir en la superficie de la tierra, a pleno aire bajo el sol, y nadie se lo impediría. Al llegar a su camarote arrojó al suelo el casco que le ceñía la frente y arregló su equipaje con una mueca de desprecio en la boca voluntariosa.

—¿Qué le pasa, compañero? chilló un minero magro y desdentado.

—Me voy.

—¿Y adonde se va, hermano? ¿Tiene "pega" en otra parte?

—No.

Con la negativa se coló en el camarote un silencio espeso, apenas roto por la respiración de los hombres. El minero magro volvió a hablar con tono indiferente y ambiguo, como si hubiera encontrado una solución al problema de su camarada.

—¿Quiere que le dé un consejo, compañero? Há-

gase "huachuchero". (1). Usted es roto con harta pana y pa ese oficio no se necesita otra cosa. Si yo fuera sólo ya me habría largado a la cordillera a contrabandear pisco. Pero tengo una vieja, mujer y chiquillos. Tengo que morir aquí.

Pedro lo miró sorprendido y trató de averiguar en la cara de su camarada si hablaba en serio o en broma, pero no logró descifrar el enigma de su semblante inalterable. Luego explotó en buen humor.

—Jajajá. No, compañero. No quiero que me aportillen el pellejo.

Pero la idea empezó a germinar en su cerebro. Lo atraía la aventura y la independencia. No tenía adonde ir y además nunca más podría volver a su tierra natal. Le costó poco decidirse. Y así fué como Pedro Luma, cuatrero prófugo y domador de potros en el sur, se evadió del ergástulo de la mina para convertirse en dueño absoluto de su destino incierto.



El peligro común acerca a los hombres. Pedro y Leoncio habían unido sus destinos frente a la soledad de la cordillera y ya nada podría separarlos. Sus vidas similares, su concepto primitivo del destino y una imperiosa imposibilidad física y mental para soportar amos o jerarquías, eran las causas que habían convertido en amigos a esos dos hombres que vagaban por los cajones cordilleranos con idénticos fines, sin más compañía que su soledad.

Bajo el poncho protector, la amplia caja torácica de Pedro Luma se dilataba y encogía aspirando voluptuosamente el aire de la noche. Se sentía satisfe-

(1) Contrabandista de licor.

cho. El negocio marchaba bien y contaba con algunos ahorros. Algunas veces la nostalgia se asomaba a sus pupilas, pero era sólo un momento. Hay que ser hombre— pensaba mordiéndose una guía del bigote negro. Cuando la pena se le pegaba al corazón como un molusco, descorchaba una botella de pisco y con un lento glu-glu vaciaba el líquido fuerte y aromático en su garganta afiebrada.

Era cerca de la medianoche. La última nevada había cubierto el camino de una espesa capa de nieve. A la débil claridad de las estrellas los cerros perfilaban sus blancas siluetas a ambos lados del camino. Leoncio, con un cigarrillo entre los labios, canturreaba una tonada para espantar el sueño que le pesaba en los párpados. Había bebido más de la cuenta. A ratos perdía el control vencido por el sueño y se iba de bruces sobre el cuello de su cabalgadura, tartajando blasfemias.

—¡Leoncio! gritaba Pedro rompiendo el silencio de la noche para mantener contacto con su camarada.

—¡Aquí voy, oh! le respondía la voz cálida de su compañero.

El frío se hacía insoportable. Los pies eran como trozos de hielo y las orejas ardían quemadas por el viento. Las mulas se quejaban en las bajadas pronunciadas, con las orejas flácidas, hundiendo sus pezuñas en la nieve blanda, rendidas y sumisas, avanzando con la sublime resignación de las bestias domesticadas. Los dos hombres marchaban con las mandíbulas fuertemente apretadas para que los dientes no castañetearan y acercaban las palmas de sus manos entumidas al cuello tibio de las cabalgaduras para defenderse de la baja temperatura. Al doblar el recodo de un sendero, se dibujó la borro-

sa silueta de un rancho, como un indicio de vida en la soledad inhospitalaria de la cordillera.

—Leoncio. Aquí hay un rancho.

Leoncio sacudió su sueño, abrió los ojos turbios y escudriñó en la sombra vanamente a causa de su borrachera.

—¿Dónde?

—Ahí, animal. ¿No alcanzai a ver el bulto que tenís por delante?

Pedro acercó su mula a la puerta del rancho y golpeó con la argolla de la chicotera. Esperó un momento aguzando el oído. Nadie contestó al llamado. Volvió a golpear, esta vez con más fuerza. Una débil claridad se filtró por los intersticios de la puerta, vacilante, y se alargó como el filo de un cuchillo para rasgar el vientre negro y espeso de la noche.

—¿Quién es? preguntó desde el interior una voz ronca y desconfiada.

—Yo, señora, Pedro Luma —contestó el contrabandista dándole una suave entonación a su voz para inspirar confianza.

—¿Qué necesita a estas horas?

—Queremos dormir, señora.

—No tenemos camas. Somos muy pobres.

—No importa. En un rincón nos acomodamos.

La voz de la vieja temblaba como la luz de un cirio. Se oyó un secreteo temeroso, consultas a media voz y pasos sigilosos en el interior del rancho.

—¿Cuántos son? volvió a preguntar la misma voz cascada, protegida detrás de la madera de la puerta.

—Dos, señora.

Se escuchó el ruido de la tranca al ser retirada y por el hueco de la puerta se avalanzó hacia la noche

la difusa claridad de una vela, cayendó de bruces sobre el rostro de los hombres.

—Pasen— invitó la vieja examinando a los viajeros con sus ojillos desconfiados. Somos muy pobres— se excusó bustando sillas en el interior del rancho.

—No importa, abuela. Aquí estamos bien.

Leoncio se sentó en un rincón del cuarto. A los pocos minutos sus ronquidos sonoros irritaban los nervios de la vieja que lo observaba sorprendida y amedrentada ante aquellos desconocidos.

—Son huachucheros— se afirmaba a sí misma. Protégeme virgen santísima, son huachucheros.

Pedro permaneció de pie en mitad del rancho, escudriñando los rincones con sus ojos zahoríes para descubrir cualquier peligro, dispuesto a la defensa como si presintiera un enemigo oculto o una celada traidora. Luego se serenó. En la pequeña habitación dormían tres personas: la anciana, una muchacha y un niño. A la muchacha que fingía dormir encogida en una de las camas, sólo podía reconocérsele por los espesos matorrales de su cabellera castaña. La sangre de Pedro se agitó. Hacía mucho tiempo que no tocaba a una mujer. La marea del instinto surgió desde su sexo hasta asomarse a las ventanas claras de sus ojos, muda, elocuente y primitiva. Permaneció en silencio, inquieto, olfateando a la hembra de carne fresca que adivinaba desnuda bajo el refugio de las frazadas. La vieja lo observaba con angustiada insistencia. Sabía bien que aquel hombre era en ese momento el dueño de su rancho y presentía la amenaza que se cernía sobre su hija Estela. Sus ojillos asustados iban desde el hombre hasta la muchacha, sin saber que decir, muda y anhelante, sosteniendo en su mano sarmen-tosa la oscilante llama de la vela. Y las anchas es-

paldas de Pedro continuaban inmóviles en mitad del rancho. Para él no era nada nuevo violar a una muchacha. Era un macho primitivo y rijoso dispuesto siempre a saltar sobre la presa femenina para poseerla en el mismo instante de su conocimiento. Su vida aventurera en el corazón de las selvas australes y ahora entre aquellas montañas hurañas que lo circundaban, lo había obligado a la posesión violenta y furtiva para saciar sus apetitos. Por fin se decidió. Volvió la cabeza hacia la anciana, la miró severamente, buscó un rincón, apoyó la cabeza en una montura y se quedó profundamente dormido. Cuando despertó el sol ya estaba alto. De un salto se puso en pie y remeció a Leoncio con violencia.

—¡Levántate, porquería!

En ese momento entró la anciana con un jarro de leche humeante. Un olor agradable a pan fresco llegaba desde el patio excitando el apetito de los viajeros hambrientos. El desayuno reparó las fuerzas de los hombres y los puso de buen humor. La vieja había perdido su desconfianza y se esmeraba en atender a sus huéspedes para demostrarles su agradecimiento por no haber profanado su rancho. De pronto, en el umbral de la puerta que miraba hacia el corral apareció la figura fresca y risueña de una muchacha.

—Pasa, niña— ordenó la vieja. Esta es mi hija Estela— les explicó a los visitantes. Pedro la contempló admirado. Sana, robusta y hermosa, Estela era una flor exótica en aquel rancho humilde, aislado en el corazón de la cordillera.

—Perdone la molestia de anoche— balbuceó Pedro enrojándose ligeramente.

—No los sentí cuando llegaron— mintió la muchacha sin desconcertarse. Deben haber dormido

muy mal— agregó tiñendo su voz de un tono compasivo.

—Más mal se duerme en las piedras— respondió Leoncio como si conversara consigo mismo.

—¿Ha dormido en las piedras? interrogó la muchacha con ingenua curiosidad.

—Sí. Algunas veces.

—¡Jesús María!

—Cuando el cuerpo pide sueño hay que dársele, aunque sea encima de la mula o de un montón de piedras.

—¿Vienen de las minas ahora?

—No... sí... es decir, estuvimos cerca de "El Teniente"— tartajeó Pedro sin poderlo evitar. Se irritó contra sí mismo. El, que nunca había temblado ante las amenazas de los carabineros, había perdido de pronto su serenidad ante los ojos ingenuos de una muchacha campesina y había estado a punto de venderse. ¡Imbécil! se insultó con rabia, mordiéndose la guía izquierda del bigote negro, como era su costumbre cuando tomaba una decisión.

—Somos cateadores— respondió la voz firme de Leoncio, anticipándose a una posible pregunta de la muchacha.

—Andamos buscando minas— aprobó Pedro, regocijado ante la solución de su camarada.

—Por aquí no hay más minas que las de "El Teniente"— sentenció la vieja como si hablara consigo misma, sin atreverse a decir todo lo que pensaba.

—¿Por qué no pueden haber más minas? La cordillera es muy grande— afirmó Estela sin mirar a la anciana, irritada por aquella declaración que podía irritar a Pedro, al que miraba amorosamente como si fuera el primer hombre que conociera en

su vida. Es tan distinto a los demás— se mentía a sí misma, al percatarse de la mezcla de seguridad y turbación de Pedro al dirigirse a ella. Su instinto femenino le avisaba que ahí estaba el amor soñado en su duro jergón durante las largas noches invernales, y temblaba ante la idea de no volverlo a ver.

Largo rato conversaron. Pedro y Estela se pertenecían tácitamente. Al despedirse, presionados por la ruda voz de Leoncio, lo confirmaron con una húmeda mirada de comprensión. Pedro Luma se había enamorado. Aquello era absurdo y ridículo, pero era verdad.



El invierno dificultaba la tarea de los contrabandistas. Las continuas nevadas ponían los senderos intransitables, obligándolos a buscar refugio al atardecer y a marchar con infinitas precauciones para no despeñarse. Pedro creyó algunas veces que aquella era una tarea superior a sus fuerzas. Era desesperante. Subir y bajar cerros, hundiéndose en la nieve, bordeando precipicios, huyendo de los carabineros que les seguían la pista incansablemente, luchando con los competidores, viejos contrabandistas que veían en ellos un peligro para su comercio, y sobre todo alejado durante casi todo el tiempo del contacto humano. En el sur, entre la selva rumorosa y acogedora que conocía palmo a palmo, era todo muy distinto. Allá había camaradas, festines, árboles, caballos y horizontes. Acá lo rodeaba una muralla blanca y pétrea que le helaba los huesos mientras avanzaba dificultosamente en lomos de su mula sin más compañía que su camarada Leoncio. Era un espectáculo maravilloso que terminaba por hacerse insoportable. Estela no era ajena

al desaliento del contrabandista. A menudo el recuerdo de la muchacha ensombrecía su rostro y permanecía silencioso aspirando el humo de sus cigarrillos. Leoncio lo hacía recuperar su buen humor. Siempre estaba a su lado ayudándolo, guiándolo, entonando la canción oportuna para hacerlo olvidar el momento amargo o echándole trocitos de hielo sobre su corazón para enfriar sus sentimientos amorosos.

—Leoncio.

—Allá voy.

—¿Te gusta la Estela?

—Claro que me gusta. Las preguntas tuyas. ¿A quién no le gusta la carne fresca?

—¿Qué te parece que me casara con ella?

—Me parecería mal.

—Por qué, Leoncio? La cabra me gusta, soy soltero y tengo plata.

—Porque vos no naciste pa eso. El hombre casado es como un pájaro sin alas y vos las tenís muy largas.

—Así será pues, Leoncio.

Pedro soñaba con un rancho apacible, lejos de las ciudades, junto a una mujer sencilla y sana como Estela, pero su espíritu libre e inquieto lo llamaba imperiosamente hacia los campos abiertos donde la libertad se consigue con la velocidad fustigada de un buen caballo o el conocimiento amplio de la selva o la montaña. Mientras caminaban, el cielo anunciaba tempestad. Un viento frío descendía bramando hacia los cajones, arrastrando a las nubes, disolviéndolas y enredándolas en los picachos. Pronto las nubes más bajas rozaron la cabeza de los viajeros. Las mulas alargaron el cuello y amusgaron las orejas, irritadas por la tempestad que preveían.

—Esto se está poniendo feo— gruñó Leoncio requiriendo a su cabalgadura con sus pequeñas espuelas de plata.

—¡Tenemos que llegar luego al refugio! gritó a Pedro que marchaba atrás.

El viento le llevó las voces pero Pedro adivinó el peligro y apresuró la marcha de su bestia. Un kilómetro más arriba empezó a cellisquear con fuerza. Las haldas de los ponchos se agitaban como enormes alas de cuervos, el sendero se tornó resbaladizo y las mulas hacían esfuerzos para mantener el equilibrio. A medida que ascendían aumentaba la fuerza de la tempestad. La nieve caía en gruesos copos que el viento arrastraba casi horizontalmente impidiendo la visibilidad. Silenciosos, los hombres avanzaban con los nervios en tensión ante el temor de despeñarse o de un derrumbe. Al atardecer alcanzaron el refugio. Al abrigo de la pequeña casa de piedra encendieron una fogata para calentar sus miembros ateridos, sirviéndose del combustible que manos previsoras habían dejado en el lugar. Una mula rendida se echó al lado del fogón. Hombres y bestias sentían la alegría del descanso. La tempestad arreciaba. Un viento huracanado golpeaba los cerros y barría la nieve silbando entre los riscos, precipitándose a los cajones, descuajando árboles y haciendo temblar los ranchos de las tierras bajas. Nevó toda la noche. A la mañana siguiente la cordillera era una inmensa sábana blanca, ondulante, que hería los ojos con el brillo metálico de su pureza. Pedro y Leoncio se consultaron con la mirada. Después ensillaron sus mulas en silencio. No podían seguir adelante.

—Tenemos que volvernos— aconsejó Leoncio. Nunca había nevado tanto por estos lados.

—¿Vamos a perder el viaje entonces?

—No podemos seguir— terminó Leoncio volviendo grupas y echando a andar cordillera abajo. Pedro lo siguió en silencio. Las cabalgaduras avanzaban penosamente, hundiéndose en la nieve hasta las corvas. A menudo los jinetes se detenían para darles aliento. El brillo de la nieve cegaba los ojos y el viento frío cortaba las carnes. Al atardecer la marcha se hizo menos penosa. Los contrabandistas orillaban una profunda quebrada cuando divisaron al lado opuesto una pequeña fogata en la falda del cerro. Leoncio, receloso, se dirigió a su compañero.

—Deben ser "huachucheros". Con este tiempo no viaja otra gente.

Apenas había terminado de hablar cuando un certero disparo salido de los matorrales le mató la mula.

—¡Cuidado! gritó Pedro desmontándose y echándose a tierra. Su cabalgadura, al sentirse libre y asustada por los disparos, emprendió veloz carrera hacia abajo por el estrecho sendero nevado.

—¡Maldita sea! rugió Leoncio parapetándose detrás de su mula muerta. Varias detonaciones quebraron el silencio de la montaña. Los estampidos sonaban amplificadas por la acústica natural del cerro y seguían saltando por los barrancos y rebotando en las piedras, hasta caer vencidos por la distancia, como pájaros heridos. De pronto Pedro ahogó un grito, llevándose las manos al pecho con un instintivo gesto de protección. Una bala le había atravesado el tórax. La sangre saltaba de la herida enrojeciendo la pureza de la nieve. Satisfechos, los asaltantes siguieron su camino mientras Leoncio procuraba restañar la sangre de su camarada, mordiéndole blasfemias y amenazas contra los agresores.

—¿Quiénes serán? ¿Los conocís, Leoncio? murmuró Pedro débilmente.

—Es Zapata, el "huachuchero" Zapata— respondió Leoncio con firmeza, con la mirada dura y los puños apretados.

El herido se irguió trabajosamente, ayudado por Leoncio. La noche se venía encima ascendiendo bruscamente desde el fondo de las quebradas y trepando por los picachos enrojecidos aún por los últimos rayos del sol debilitado. No podían permanecer ahí, aislados en medio de la cordillera. Tenían que alcanzar algún refugio o descender hasta llegar a los primeros ranchos. Avanzaron algunos pasos, pero Pedro, debilitado por la pérdida de sangre, se detuvo desalentado.

—No puedo, Leoncio. Déjame aquí.

Leoncio no respondió. Se detuvo, se curvó hacia la tierra y cogiendo de las piernas a su camarada, se lo colocó encima del hombro robusto y fraternal. Así avanzó penosamente, deteniéndose a descansar, hundiéndose en la nieve, escrutando en las sombras de la noche con el ansia de alcanzar algún punto habitado, con la respiración anhelante, los dientes apretados y el corazón brincándole en el pecho.

—Déjame aquí— rogaba Pedro como un soplo.

El cielo negro empezó a deshacerse en blancas plumillas de nieve. Leoncio, fatigado, se detuvo en un recodo.

—No puedo más— pensó desalentado, retrepan-do el cuerpo inerte de su camarada en el talud del cerro.

Seguía nevando sin viento. Leoncio, agotado, permaneció en silencio con los puños bajo la barbilla mientras la cordillera, cruel y despiadada, alargaba sus tentáculos fríos para inmovilizar su presa. Cerró los ojos inconscientemente. En sueños vió

un cóndor inmenso, de alas rojas, que volaba en estrechos círculos sobre su cabeza para arrebatarse a su camarada. Y él, aterrorizado, corría sobre la nieve que aprisionaba sus piernas retardándole la marcha. Después su cuerpo se aligeraba, le pareció que carecía de piernas y que la marcha era agradable. Luego, ya no tocaba la nieve. Volaba. Atravesaba abismos profundísimos, pasaba rozando los picachos más altos, sin esfuerzo, impulsado por una ligera oscilación de sus brazos. De pronto se dió cuenta de que Pedro no estaba con él.

—¡Pedro, Pedro! gritaba con todas sus fuerzas mientras descendía como un bólido hacia la montaña trágica.

Un ligero quejido lo hizo abrir los ojos. El frío empezó a entumecer sus miembros. Hizo un violento esfuerzo por mantenerse despierto y en seguida, rabiosamente, continuó la marcha. El pecho le silbaba con el esfuerzo y las piernas le temblaban. Gruesos copos de nieve resbalaban por su cara, cegándole y helándole los labios. El cuerpo laxo de Pedro pesaba demasiado, pero no podía abandonarlo. Era su camarada. Así anduvo durante largo tiempo, horadando la noche bajo la lluvia blanca, huyendo de la voracidad de la montaña. Y el amanecer retardado lo sorprendió marchando. Mudo. Demacrado. Con su camarada a cuestas.

Justicia

UN horizonte blanco circunda al campamento. Los cerros albos se yerguen altaneros y los más atrevidos arañan el vientre de las nubes que pasan rozándoles los hombros. El invierno, como un panteonero, no cesa de arrojarles paletadas de nieve. Y entonces el frío desciende hacia el campamento, rodando por las laderas, amoratando los labios y enrojeciendo las orejas de los que encuentra a su paso. Como es domingo, algunos obreros han salido a tomar el sol. De pie o sentados sobre las piedras, conversan o fuman en silencio, disfrutando del descanso semanal que les renueva las fuerzas agotadas. Sienten sobre sus cuerpos la tibia caricia del sol y permanecen deslumbrados ante la claridad vivísima para sus ojos de nictálopes, habituados al débil resplandor de sus lámparas en el fondo de la mina. Conversan con desgano, sin encontrar que decirse.

—Ta bueno el solcito.

—Ta bueno.

Y el silencio vuelve hacia ellos para diluirse con el humo fuerte de sus cigarrillos ordinarios. Sus miradas buscan la lejanía pero se estrellan violentamente con la muralla de piedra que los circunda más

allá de la simétrica mole de los "camarotes" colectivos. La vida del mineral los ha convertido en hombres taciturnos y sombríos. La prolongada castidad por falta de hembras y la prohibición de licor ha exaltado sus pasiones primitivas y anhelan con fuerza evadirse de aquella vida que los deprime. Como un pequeño rebaño, el grupo de hombres fuma sin descanso. Algunos tosen y escupen. Los bronquios heridos por la silicosis que empieza a destruirlos, se defienden débilmente. Los hombres saben que están condenados a reventar, pero nada dicen, protegidos en su silencio.

—Allá viene la Berta— murmura un minero minado por la tisis.

Las cabezas giran ansiosas en la dirección indicada para ver a la mujer que avanza cargada con una cesta de provisiones. Su paso es elástico y seguro. Sus senos altos y cimbreantes. Es una hermosa hembra. Las miradas de los machos rijosos la desnudan ávidamente y se posan con insistencia en las nalgas opulentas y redondas de la muchacha, que va dejando a su paso una incitante fragancia de hembra joven y robusta. Pasa sonriente frente a la avidez muda de los hombres, complacida de ser admirada, y se aleja haciendo cimbrar sus caderas provocativas. Los hombres la miran con los ojos brillantes por el deseo que les calienta la sangre. Sus instintos animales los impulsan a saltar sobre la hembra, pero permanecen mudos y torvos, acicateados por las escenas lúbricas de su imaginación.

—Hay que ver el platito que se sirve Ramiro— comenta un minero rascándose la cabeza.

Algunos ríen sin deseos. Todos envidian a Ramiro Silva, el marido de Berta, la hembra más bonita del mineral. Es cierto que Ramiro la merece. Es un muchacho fuerte y recio que conoce bien su

oficio de mecánico y que jamás busca pependencias con sus compañeros. Es sobrio y trabajador. Ese día domingo, precisamente, está trabajando sobre-tiempo para reparar algunos desperfectos de los trompos eléctricos en la mina. Los hombres, afásicos y lascivos, continúan tomando el sol sin poder apartar de su imaginación la ondulante silueta de la muchacha que ha excitado sus instintos.

No sólo los obreros sentían la atracción carnal de Berta. Jack Morgan, un gringo alto como un campanario y ancho como una casa, se sentía también furiosamente atraído por la muchacha. La asediaba sin descanso, le ofrecía dinero, la amenazaba con despedir a su marido si no aceptaba sus proposiciones, pero nada podía conseguir. Berta no podía venderse. Sentía una profunda repugnancia al pensar que podría entregarse a otro hombre por dinero. No había nacido para eso. Era una hembra honrada.

—No me moleste más— le había dicho un día al gringo Morgan. Si sigue así le voy a contar todo a mi marido.

Morgan se sentía humillado por la tenaz negativa de esa muchacha turbadora y sus deseos aumentaban en razón directa con las dificultades para poseerla. Soñaba con ella. La veía desnuda, incitante y hermosa. Su deseo se hacía imperioso. Necesitaba una mujer para satisfacer su apetito genésico y esa mujer tendría que ser Berta aunque tuviera que matar a Silva, ese indio sucio y asqueroso que le interceptaba su camino. Jack Morgan era casado con una inglesa flaca y lisa como una tabla. Pero su mujer sólo le servía para surcirle los calcetines y vaciarle los bolsillos. Por eso ese domingo se encaminó resuelto a casa de Berta. Sabía que Ramiro estaba en la mina y que no volvería hasta el

anochecer. El mismo había procurado alejarlo para cumplir sus propósitos. Mientras se dirigía a casa de la mujer anhelada se prometía satisfacerse ese mismo día. No podía soportar más aquella tortura. Era una obsesión que lo perseguía sin descanso, restándole fuerzas y tranquilidad para su trabajo. Golpeó suavemente. La puerta se abrió y apareció la fresca sonrisa de Berta.

—Buenos días, Berta. ¿Está solita?

—Sí. Estoy sola.

—¿No me invita a pasar a su casa, Bertita?

La mujer vaciló. Veía en los ojos de Morgan una llama de lujuria contenida y en sus labios un ligero temblor de macho en celo. Su cuerpo interceptaba la entrada de su hogar. Pero el hombre estaba decidido y la empujó suavemente hacia el interior, mirándola con una sonrisa perversa. Berta permanecía muda, atemorizada ante esa audacia.

—Bueno, Bertita. Hasta cuando me hace esperar. Usted sabe que la quiero y que le daré todo lo que necesite. Ahora que estamos solos...

Intentó abrazarla. Berta quiso gritar, pero una súbita vergüenza la hizo enmudecer. No quería que el escándalo trascendiera hacia los departamentos vecinos. Pensó en Ramiro y en lo que pensaría si supiera que la había visitado el gringo Morgan durante su ausencia.

—¿Qué quiere de mí? No, no, no puedo... por favor.

Pero el gringo Morgan estaba transfigurado. Era una bestia. Un macho junto a la hembra apetecida. Y sin darse cuenta de lo que hacía fué empujando a Berta hasta el borde del lecho, la tumbó bruscamente y la gozó con resoplidos de satisfacción. Consumado el acto se levantó satisfecho.

—Wonderful— murmuró mirando a la mujer derrumbada que no salía de su estupor y permanecía con los muslos desnudos. En seguida extrajo de su bolsillo un puñado de billetes y lo arrojó sobre la humilde mesita de noche. Salió sigilosamente, aliviado, satisfecha su carne de macho robusto y bien alimentado. Le pareció que el sol brillaba con más fuerza y que su paso era más elástico después de haber vaciado su energía nerviosa en el vientre esquivo de la muchacha.

Berta estaba anonadada. Le parecía aquello tan extraño, tan repentino y tan asqueroso, que se le semejaba una pesadilla. Luego empezó a sollozar blandamente, llorando sobre su humillación. Así la encontró Ramiro cuando volvió del trabajo.

—¿Qué te pasa a vos que estay llorando? preguntó alarmado.

La mujer no respondía. Sus sollozos se hicieron más fuertes y dolorosos. No podía hablar.

—¿Qué te pasa a vos? A ver ¿qué te pasa?

Berta tartaleó algo ininteligible. Luego, tratando de serenarse pudo articular algunas palabras.

—El gringo Morgan...

—¿Qué?

—El gringo Morgan... el gringo Morgan...

Ramiro advirtió sus ropas desgarradas, una pequeña mancha de sangre sobre la colcha y el puñado de billetes sobre el velador. Lo comprendió todo. Un súbito furor se apoderó de su sangre. Su humillación, su escarnio, su vergüenza. Todo estaba ahí. Un violento temblor le agitaba los miembros.

—Lo voy a matar— repetía mentalmente. Lo voy a destripar como a un perro. Gringo canalla.

Y salió corriendo hacia la calle empinada del campamento. Corrió como un loco. La noche se

venía bruscamente encima de los cerros y las luces de las casas escalonadas en la falda de la montaña se encendían como luciérnagas gigantes. Un resplandor rojizo iluminaba la distancia, más allá de los últimos cerros que circundaban el campamento, aislándolo de las ciudades. Y en medio de las sombras, Ramiro seguía corriendo desatinado, rugiendo de cólera y vergüenza. Irrumpió bruscamente en la oficina iluminada de Mister Morgan.

—¿Qué hiciste con mi mujer, gringo asqueroso?

—Jack Morgan se incorporó rápidamente. Su cabeza casi tocaba al techo. Semejaba una montaña.

—¿Tú mujer? ¿Quién es tu mujer, indio sucio?

Ramiro, por toda respuesta, le tiró una puñalada al vientre. El gringo saltó, ágil como un gato. El puñal sólo le desgarró la ropa. Aterrorizado, cogió un fierro abandonado en un ángulo de la pieza y lo enarboló como un garrote. Ramiro, ciego, se acercó decidido. Su puñal despedía brillantes reflejos, herido por la luz del foco impasible, colgado del techo como un mudo testigo de aquel duelo. A Morgan lo favoreció su estatura. Alargó el brazo robusto y golpeó con fuerza el cráneo de Ramiro que se desplomó sin sentido. El gringo lo contempló un instante. Luego, furioso, lo cogió de un brazo y lo arrastró hacia afuera.

—¡Eh, aquí, vengan!

Llegaron presurosos dos "serenos" ante el imperioso llamado del amo. Serviles y crueles, preguntaron lo que ocurría.

—Llévense preso a este perro. Me quiso matar.

Los hombres contemplaron con mudo rencor el cuerpo inerte de Ramiro. Sus almas mercenarias desconocían la piedad. Uno de ellos para halagar

al amo, le dió un violento puntapié en el rostro.

—¡Levántate, carajo!

Ramiro continuaba aturdido. La sangre se le escurría por la cara pálida y formaba un pequeño charco en el pavimento. Jack Morgan lo miró con desprecio y repugnancia. Los serenos, torvos y despiadados, arrastraron el cuerpo inerte sobre la nieve enlodada, mascullando amenazas.

Después cayó sobre el campamento un silencio negro y espeso, preñado de sugerencias.

El Túnel

LA construcción del túnel nuevo avanza lentamente. La montaña se defiende, endurece sus músculos de piedra y amenaza derrumbarse dificultando el trabajo de los treinta hombres que la destrozan con sus taladros eléctricos y las explosiones de la dinamina. De sus costados heridos fluye el agua incesantemente, inundando la galería. Los hombres protegidos con ropa impermeable, hundidos hasta los tobillos en el lodo viscoso, luchan con encarnizamiento para que la faena avance, amenazados por los gruñidos del capataz que los vigila.

El sudor corre por los treinta rostros malhumorados. A cada dinamitazo la montaña responde con un torrente de agua fría. Es su venganza despiadada. Los obreros trabajan mudos, torvos, haciendo crujir los dientes entre las sombras apenas vencidas por las llamas oscilantes de las lámparas. Afásicos, muerden su rencor de explotados. Sus blasfemias andan por dentro de sus cuerpos magros, corroídos por la humedad, y se asoman a sus ojos violentos cuando el capataz alarga sus gruñidos. Entonces cobran un brillo inusitado bajo los suestes, y las herramientas se empuñan con furor de im-

potencia. En los treinta hombres hay treinta esperanzas truncadas por el rigor y los bajos salarios. Pero Gregorio Pardo es el más desafortunado de todos. Pequeño, flaco y minado por la tisis, siente que el cansancio lo inclina hacia la tierra con un imperioso llamado de amo despiadado. Nunca le ha hecho caso a su dolencia. Es decir, ha estado obligado a desconocerla, a tratar de ignorarla, a pesar de llevarla dentro de sí mismo, de sentirla en las profundidades de sus pulmones enfermos.

—Si yo fuera solo, sería distinto— piensa Gregorio mientras sostiene entre sus manos el mango de su taladro eléctrico, que lo hace estremecerse visiblemente con su poderoso trepidar.

Pero Gregorio no es solo. Hay una mujer y tres bocas voraces que viven de su esfuerzo. Y si no trabaja, no come. Por eso está ahí, descarnado, con las pupilas brillantes por la fiebre, hundido hasta los tobillos en aquel pedazo de montaña que se defiende tercamente. A ratos se siente desfallecer. Le tiemblan las manos, la boca se le llena de un líquido amargo y siente que la cabeza se le agranda como si no le perteneciera. En esos momentos sufre horriblemente. No quiere confesarse derrotado. Y sigue sosteniendo su taladro que horada la montaña. De improviso lo ahoga un acceso de tos y abandona su herramienta. Sólo el capataz que observa la labor se da cuenta de lo ocurrido.

—Y a vos que te pasa carraspera? ¿Y si rompís el taladro con que lo vay a pagar, sarnoso?

Gregorio no contesta. Ahogado por la tos arroja escupos sanguinolentos que se diluyen en el fango. A su alrededor continúa el horrible trepidar de los taladros, como ametralladoras en un frente de combate. Y el humo acre de un dinamitazo penetra hasta el fondo de sus pulmones destrozados, impi-

diéndole respirar. Los rostros impávidos de sus compañeros continúan inclinados sobre la labor, ignorantes de que al lado de ellos hay un hombre que se destruye inevitablemente. Gregorio se siente desfallecer. Afirma sus espaldas en la pared goteante del túnel y permanece con los ojos cerrados para recuperar sus fuerzas. El capataz se le acerca rojo de cólera.

—¿Qué te pasa a vos maricón? ¡Ya está, a trabajar bestia!

Gregorio no contesta. Continúa inmóvil, sin hacer caso del agua que le chorrea por el cuello y se le cuela hacia la espalda. De pronto abre los ojos y se encuentra con las pupilas odiosas del capataz que lo observa incrédulo.

—¡Ah, resucitaste saca-vuelta! Ahora vay a recuperar el tiempo perdido.

El obrero empuña su taladro con rabia sorda y continúa la labor interrumpida, mientras trata de esconder las lágrimas que se le escurren por las mejillas descarnadas.

—Que diablo, hay que aguantar no má— lo consuela un compañero que ha sorprendido su fatiga.

Gregorio continúa mudo. Habla por dentro. Comprende confusamente lo que le pasa y se revela ante la idea de que pueda perder su salud. Esta idea lo irrita más que las blasfemias del capataz. Esa maldita dolencia lo persigue hace tiempo pero nunca había sentido lo que sintió hace un momento ¿Qué sería de su mujer y de sus chiquillos si él se muriera? Por su imaginación pasa la silueta alta y prodigiosamente flaca de su mujer, seguida de los tres pequeños llorones y harapientos que no se despegan de su pollera, con una insistencia desesperante. Ve a su mujer encorvada sobre la artesa, siempre

callada, sin quejarse de la miseria que los golpea sin piedad. La ve cocinar, lavar, barrer y coser con gestos mecánicos, perdida toda feminidad en la sordidez que la rodea. Ya no es una hembra. Es una máquina doméstica. Un mueble. Una cosa. El también ha dejado de ser un hombre. Es una prolongación del taladro. Un objeto. Una bestia. De pronto, como si se contestara a si mismo, dijo en voz alta.

—Todos somos unas bestias.

—¿Qué dice, compañero?

—¿Ah?

—Sentí que me hablaba, pero esta maldita guagua no me deja oír— grita su vecino que también empuña un taladro.

Gregorio lo mira sin comprender. A la luz de sus lámparas sus rostros mojados de sudor aparecen brillantes, metálicos. El cansancio aletea sobre los treinta hombres y les va sacando blasfemias sordas que se diluyen en el ruido de la galería impregnada de gases. A todos les agradaría alejarse de las sombras de la mina, trabajar bajo el sol o en las ciudades acogedoras y limpias, pero la miseria los ha llevado hasta el vientre de la montaña y ahí están despedazándola lentamente para arrancarle el cobre que enriquece a sus amos.

A medida que avanza la labor es mayor la afluencia de agua que se escurre de las paredes. A pesar de las gruesas vigas que sostienen la parte alta del túnel, se produce un pequeño derrumbe en el fondo de la galería ocasionado por el exceso de agua que ablanda la resistencia natural del cerro.

El capataz aulla como un perro.

—¡Animales, bestias, sarnosos! ¿Quién fué el que puso ese puntal? A ver, ¿quién fué, quién fué?

Sólo le responde el tartamudeo de los taladros que no se detienen ante la amenaza de la montaña. Dos obreros trabajan activamente para reparar el desperfecto, bajo la mirada sagaz y arbitraria del capataz que masculla blasfemias mientras las sombras se hacen más espesas con el humo y el debilitamiento de las lámparas a carburo.

El tiempo pasa lentamente. Son ocho horas de trabajo incesante que aniquilan las fuerzas de los hombres más robustos. Algunos suspenden momentáneamente el trabajo y beben largos tragos de café negro para engañar al estómago vacío. Gregorio siente un dolor agudo en los pulmones, como si una garra lo atenaceara con fuerza sobrehumana. Tiene los ojos hundidos, brillantes, extraños. Trabaja con furia. Es como un magro demonio haciendo saltar aristas filudas del costado de la montaña que se venga salpicándolo de agua helada que apresura su fin. A pesar de la fiebre que lo consume, su pensamiento es claro y preciso. Mira a su alrededor y observa los gestos duros de sus camaradas que luchan contra el cansancio.

—El infierno debe ser así— piensa sin convicción, evocando la estampa de un libro de cuentos que representaba una escena semejante.

Las lenguas de las lámparas lamen a las sombras que se golpean entre las hendiduras de las rocas y se avalanzan como murciélagos silenciosos cada vez que una lámpara se apaga. Gregorio las ve venir y agitarse, rodeándolo con sus manos de luto.

—Afuera debe calentar el sol— piensa con nostalgia.

Y este pensamiento lo enfurece.

—Afuera debe quemar el sol— dice en voz alta sin dirigirse a nadie.

Y él está ahí, sumido en las sombras, calado por el agua helada y hundido en el fango para poder comer. Siente que un sollozo amargo le sube desde el fondo de sí mismo y no lo puede evitar. Esto lo irrita hasta la exasperación. Él ha sido siempre hombre para soportarlo todo ¿qué le pasa ahora que quiere llorar como una mujerzuela? Pero el sollozo avanza hacia su garganta y le sube hasta los ojos inevitablemente. Dolorosamente. Y estalla como un sordo grito de rebelión generado desde el fondo del tiempo por todas las humillaciones sufridas dentro y fuera de la mina.

De pronto arroja la herramienta al suelo con violencia, y con los puños crispados y la voz ronca y extraña, grita con todas sus escasas fuerzas de tísico, poseído de una mezcla de odio y repugnancia, que se escucha hasta el fondo del tunel en construcción.

—¡Somos bestias, bestias...!

Un violento vómito de sangre lo hizo perder el sentido. Intentó apoyarse en la pared resbaladiza y cayó sobre el fango viscoso de la galería. Algunos compañeros corrieron a levantarlo. Había caído de bruces. Con el rostro manchado de lodo y sangre, respiraba débilmente. Los obreros lo contemplaban con muda expectación. Sus semblantes rudos apenas acusaban la emoción que los embargaba por la caída de su camarada. El silencio había llegado de improviso al tunel, como un presagio de muerte. El capataz se extrañó de este silencio inesperado y fatal que emanaba de las herramientas inmóviles y de los brazos caídos. Sólo las pupilas hablaban un torpe lenguaje de rebeliones sofocadas dentro de ellos mismos, y despedían sombrías sugerencias de blasfemias que no alcanzaban a traducirse en palabras. El capataz pensó que la tarea se iba a atrasar

por el accidente de Gregorio y ante el temor de cargar él con las consecuencias, renació toda su ferocidad diluída al contemplar al hombre que yacía a sus pies.

—¡A trabajar, carajo, a trabajar he dicho! Yo me encargaré de éste.

Comenzó de nuevo el ruido de los taladros eléctricos con fuerza inusitada, como si ese pequeño descanso hubiera aumentado su potencia. Los hombres continuaban perforando el cerro con febril tenacidad, irritados por la resistencia de las rocas y la constante lluvia que goteaba del techo enmaderado. El túnel, húmedo y sombrío, acechaba a una nueva presa para destruirla con sus zarpas negras. Amenazaba derrumbarse con débiles crugidos y se burlaba implacablemente de los obreros inundando la galería y rociando los rostros cobrizos con manotazos de agua helada. La montaña viva, herida, sangrante, se vengaba de aquellos hombres miserables por la profanación de sus entrañas milenarias. Pero los mineros parecían ignorar su actitud y continuaban mudos, torvos y huraños arañando el cerro con una extraña tenacidad de topos cavando su madriguera. Sólo los ingenieros percibían los indicios de peligro y se apresuraban a ordenar reparaciones, abandonando temerosos el túnel en construcción.

El capataz contempló un momento el rostro inmóvil de Gregorio. Luego se encorvó con negligencia, le cogió una mano y al percatarse de que no tenía pulso, hizo una mueca de disgusto y masculló como único responso.

—Este está pa nunca!

Tierras Nuevas

MIRADO a la distancia, el convoy era una oruga humeante que se arrastraba trepidando hacia abajo, bordeando los abismos, hundiéndose en la boca negra de los túneles y volviendo a aparecer más lejos, rompiendo el imponente silencio de las montañas con su agudo grito de precaución.

Asomado a la ventanilla del pequeño tren que lo conducía a Rancagua, primera etapa de su soñado itinerario, Joaquín Reyes absorbía con ansiedad el paisaje que se extendía ante sus pupilas asombradas, a medida que iban descendiendo lentamente. Abajo, rezongando, el Cachapoal saltaba entre las piedras como si tuviera prisa por llegar al mar, huyendo de sí mismo. Las aguas turbias se rompían contra las piedras en un abanico de espuma y seguían en su impetuosa carrera, dividiéndose para juntarse más allá en un estrecho abrazo fraternal. Al otro lado, los peumos y los boldos escalaban la joroba verde del cerro. La fiesta de los pájaros sonaba en los oídos del muchacho como una canción dulce y desconocida. Jamás había escuchado nada semejante. En la altura, la naturaleza bravía sólo cobijaba al cóndor altanero que huía de la proximidad de los hombres. La exuberancia de las tierras bajas, fértiles y generosas, lo hacían dilatar los

ojos grises y permanecer con los labios ligeramente abiertos en un mudo gesto de admiración. El tren se detenía en las pequeñas estaciones, limpias y alegres con sus techos pintados de rojo y su chimenea humeante: Coya, Cauquenes, Sanchina. Los campesinos saludaban el paso del tren agitando sus sombreros y las mujeres agitaban sus pañuelos desde las puertas de sus chozas.

El muchacho observaba perplejo. Nunca se había detenido a pensar en aquel mundo que no conocía. Se había imaginado que en todas partes era casi lo mismo que en la altura. Acostumbrado a la simetría de los "camarotes" del campamento minero, erguidos en tres o cuatro pisos, se dolía de la sórdida actitud de los ranchos que ostentaban su miseria a ambos lados del camino. Pero su inculta naturaleza de montañés le evitaba conjeturas. Sin transición pasaba a admirar la fina elegancia de los caballos encerrados en los cuadriláteros verdes de los potreros, evolucionando ágiles y asustados ante la estridencia jadeante del tren, o permanecía asombrado frente a la mugidora actitud de una vaca alarmada.

Recio, moreno, Joaquín era un muchacho nacido en el corazón de la cordillera, donde había vivido sin otro horizonte que los cerros enormes que circundaban el campamento. Su padre había sido un minero de pocas palabras, duro para el trabajo, que se había sepultado en los húmedos socavones de la mina después de haber recorrido el mundo en incesante peregrinación. El muchacho había heredado su espíritu aventurero. Cuando se sintió liberado de la tutela paternal, su primer pensamiento fué bajar a Rancagua para divertirse y conocer la vida. Su naturaleza impulsiva se revelaba al pensar que allá arriba, en el campamento minero, había perdido parte de su juventud. Ahora no; podría

beber sin que nadie se lo impidiera y podría conocer a las mujeres fáciles que se entregan por poco dinero al primero que encuentran en su camino.

Mientras el tren avanzaba lentamente, evocaba aquel pedazo de tierra que acababa de abandonar. Apegado a los cerros, como un hijo a las faldas de su madre, se alza Sewell con su caserío diseminado entre la abrupta topografía de la cordillera. Las montañas enormes parece que se empinan en un supremo esfuerzo por alejarse de las miserias de los hombres, hundiendo las cumbres coronadas de nieves eternas entre el algodón de las nubes. Allí, deambulando entre las escalas, soportando el rigor del invierno y maldiciendo la prohibición que castiga el consumo de licor y las relaciones ilícitas, había iniciado su vida de trabajo como peón muestrero, soportando el peso del metal que conducía para ser triturado entre las manos de los químicos. Había conocido las burlas y las vejaciones entre camaradas soeces y capataces ignorantes y rudos que se complacían en atormentarlo. Había aprendido la eficacia de la fuerza y a defenderse con sus propios puños, hasta que una mañana, bruscamente, se había liberado de las garras de la mina.

A medida que el descenso se hacía más notable, Joaquín experimentaba una ligera molestia. Su organismo acostumbrado al aire enrarecido y puro de la altura, hacía esfuerzos para acostumbrarse a la atmósfera de las tierras bajas. Sentía su respiración más honda y pausada; pero su emoción al contemplar el maravilloso y desconocido paisaje que se ofrecía a sus ojos ávidos era inmensamente mayor que cualquiera indisposición de su organismo. El tren ya corría por el llano. Joaquín sonreía ilusionado. Conocería la vida, las mujeres, bebería hasta saciarse y después, asqueado de placeres, seguiría al

norte del país para conocer el mundo como su padre. Tenía ahorrado lo bastante para divertirse un tiempo. Un silbido estridente lo despertó de su ensueño. El pequeño tren empezaba a detenerse en el andén de Rancagua.

La ciudad apareció para sus ojos vírgenes como una urbe bulliciosa y llena de vida. Sus piernas, habituadas al constante subir y bajar de las escalas, aligeraban la carga de su cuerpo mientras deambulaba sin descanso. Penetró a un restaurante sórdido y maloliente, lleno de parroquianos ebrios, y dejándose caer en una silla se hizo servir una botella de vino. Respiraba con placer el aire de la libertad. Ahora podría beber hasta saciarse, sí, hasta saciarse sin que nadie se lo impidiera y sin que nadie lo denunciara. Su voz fué firme al inquirir:

—Señora, una botella de vino.

Acudió melosa la dueña de casa que adivinaba a un cliente sediento y derrochador.

Horas más tarde Joaquín se levantó dificultosamente de su asiento. Sobre la mesa, volcaba la última copa de vino. Su sexualidad desatada por el alcohol lo obsesionaba apoderándose de todos sus sentidos. Salió a la calle dando tumbos, perdiéndose luego en la calle débilmente iluminada. Al pasar frente a una puerta sintió rasguear de guitarras y voces de mujeres que reían. Golpeó. Su corazón borracho saltaba apresurado. La puerta se abrió y una muchacha sonriente lo saludó como a un viejo amigo.

—Pase— invitó mientras lo tomaba de un brazo, empujándolo suavemente hacia adentro. Se dejó conducir de la mano por su compañera, aspirando con ansias de macho en celo el perfume incitante que se escapaba de la muchacha. El ruido de las guitarras se acentuó y pronto estuvieron en el um-

bral de una pieza amplia, pobremente amueblada. Había allí otros hombres. Sus ojos de borracho veían sólo a la muchacha sonriente. Su ingenuidad pueril lo hizo sacar de su bolsillo un puñado de billetes.

—Sirva trago. Pago todo.

Los ojos codiciosos de los hombres se cruzaron inteligentemente. Mientras las guitarras despertaban a la noche con los acordes alegres y viriles de la cueca, coreada por las voces roncadas de los machos y los aullidos guturales de las hembras borrachas, Joaquín se apretaba a su compañera, con los labios secos y los ojos encendidos por los violentos deseos que circulaban por sus venas.

—¿De donde viene la guagua? bromeaba la voz descarada de la muchacha.

—De arriba, de la mina. He venido a divertirme un poco para después seguir viaje. He trabajado mucho y he ahorrado algo. Mañana me iré al puerto.

—No, tú no te irás.

—¿Por qué?

—Porque no te dejaré ir. Ahora me perteneces. Pero estás temblando ¿qué te pasa?

—Nada; es que... como arriba no hay mujeres como usted, no estoy acostumbrado a esto.

—¡Ah! ¿Así que no hay mujeres como yo arriba?

—No. Está prohibido.

La mujer se complacía en turbar a aquel muchacho tímido que desconocía a las mujeres, riéndose y besándolo en la boca con sus labios pintados groseramente.

La atmósfera mefítica con las emanaciones de los cuerpos sudorosos y el humo espeso de los cigarrillos, acabaron por borrar de su mente los últimos

vestigios de lucidez. Entre su borrachera sólo veía dos grandes ojos que lo miraban burlonamente y una boca sensual que reía mostrando dos hileras de dientes blancos como la nieve de sus montañas. En su cabeza giraba su estribillo como un carrousel desbocado. Gozaría de la vida y después conocería el mundo. Barcos, trenes, viajes y tierras nuevas. Al fin había dejado la vida conventual del mineral, sin mujeres ni vino. La filosofía atávica y el espíritu aventurero de la raza, lo hacía preferir las andanzas con sus peligros y sus vicios, a la vida sedentaria en el corazón de las montañas que se erguían en el horizonte, donde los hombres explotados se arrastraban como bestias por las galerías. goteantes Se sentía liberado de los ojos turbios y duros de los capataces que vigilaban las faenas con la blasfemia colgando de sus labios cobardes. Y del desprecio de los gringos altaneros que evitaban el contacto de los obreros con una franca mueca de repugnancia. Ya no existían para él los turnos agotadores del amanecer ni el trabajo demoledor entre el fango viscoso de las galerías. Todo eso pertenecía al pasado. Ahora era libre. Libre y dueño de su destino.



El tiempo, como un minero negro y despiadado, horadaba lentamente a la noche en busca del amanecer, mientras las cabezas ebrias danzaban en la locura. Uno de los parroquianos, bajo, de pelo hirsuto, con una honda cicatriz en la mejilla, se acercó a Joaquín y separó bruscamente a la muchacha de sus brazos. Se miraron sólo un momento. Las manos se apretaron simultáneamente a la cintura requiriendo los puñales, que brillaron manejados por el odio. La mano torpe de Joaquín fué incapaz de herir y sus piernas borrachas se negaron a esquivar el golpe. Mudo, con los labios apretados se

dobló echándose en tierra como si fuera a dormir. Las mujeres miraban temerosas, indecisas. El hombre bajo, de pelo hirsuto, guardó su puñal y como si cumpliera un deber vació los bolsillos del vencido y cerró los ojos que habían quedado mirando fijamente. Después arrastró el cuerpo y lo dejó cara al cielo, en medio de la callejuela negra y desamparada mientras las estrellas indiferentes parpadeaban en la altura.

Mister Lewis

DETRAS de la pipa humeante de Mr. Lewis, iban el hastío y la indiferencia asomados a sus ojos descoloridos. Recorriendo los niveles de la mina, en la soledad de su cuarto o rodeado de la ruda charla de los norteamericanos en el "Club Sewell", donde no se permitía la entrada a los "indígenas", tenía siempre el aspecto sombrío de un hombre que conversa consigo mismo cosas desagradables.

Durante los primeros meses de su permanencia en Chile se había sentido desfallecer. Le había parecido que nunca llegaría a acostumbrarse al ambiente de la mina. Leía incansablemente para ocupar sus horas desocupadas, pero nada lograba arrancarlo al recuerdo del hogar acogedor y de la madre dulce y hacendosa que lo esperaba en un rincón del Canadá. Sintió con fuerza inusitada la nostalgia de su tierra natal y quiso marcharse prescindiendo del contrato, pero lo había detenido la ambición con sus garras metálicas, y el tiempo había pasado sigilosamente, hora por hora, minuto por minuto, hasta formar cinco años desde el día de su llegada. Misántropo y sombrío, no soportaba la ruda y plebeya alegría de sus camaradas que se desbordaba inconteniblemente con las primeras copas de whiskey ingerido.

Ahora proyectaba alejarse definitivamente. Esta idea lo ponía de buen humor. En el desorden de su cuarto, entre libros, papeles, planos y dibujos mecánicos, canturreaba viejas canciones de su tierra que le traían recuerdos de su niñez, del "home" lejano y de la estufa generosa que entibiaba las largas veladas invernales.

Cuando el cansancio y la nostalgia lo acosaban entre las altas montañas que lo circundaban, se tornaba irascible y fumaba sin descanso mientras sus ojos descoloridos parecían mirar un punto impreciso y lejano. Se ahogaba en la mina y a menudo se sentía acometido de una angustiosa ansiedad de subir a la cumbre de los picachos más altos, desafiantes, coronados de nieve, para respirar libremente sintiendo en torno la majestad de las montañas. El humor sombrío, el auténtico "Spleen" inglés, lo llevaba inevitablemente a despreciar a los hombres que lo rodeaban. A todos. A sus compañeros de trabajo, a sus jefes y subalternos, pero especialmente a los "nativos" que arañaban dentro de la mina. A esos ¡Puah, que asco! no podría rozarlos ni con guantes metálicos por temor a infectarse.

No podía resignarse al ambiente sórdido que lo rodeaba dentro de la mina. Le repugnaba el contacto de los obreros, la hedentina de sus cuerpos mal lavados, sus miradas aviesas y sus rostros indígenas. Algunas veces se prometió ser amable con ellos, arrepentido de su brusquedad. Eso ocurría en el silencio de su cuarto, cuando sus ideas confusas y dispersas, dirigidas inconscientemente con energías totales hacia el mercantilismo utilitario, se escurrían de improviso por un pequeño sendero que conducía a su corazón. Pero luego, avasalladoramente, triunfaba el desdén y incompreensión, dejando su alma vacía para la indulgencia. Entonces,

como una rúbrica de sus pensamientos, crispaba su labio inferior con una mueca de infinito desprecio hacia los nativos que lo rodeaban.

—Soy injusto— se repetía en sus soliloquios nocturnos, pero a la mañana siguiente, en presencia del capataz y de los mineros, sentía renacer su repugnancia instintiva, como un surtidor congestionado.

Mr. Lewis era un inadaptable empedernido. Nada de lo que había visto en Hispanoamérica le había agradado. Su espíritu crítico exacerbado por su creciente neurastenia veía sólo lo bajo y lo grosero aun donde existía la belleza pura en estado primitivo. A menudo se complacía en evocar las limpias ciudades del Canadá y Estados Unidos, con sus hombres higiénicos, sus mujeres atrayentes y ágiles, sin la adiposa exuberancia de las latinas, y los obreros de las fábricas que sólo se diferenciaban de sus amos por sus manos tiznadas y su negligencia para rasurarse. Se veía a sí mismo cuando sólo era un muchacho canijo sometido a la disciplina de la Universidad hasta lograr su título de ingeniero después de silenciosos sacrificios. ¡Ah, el día que recibió su diploma! Entonces se creyó dueño del mundo.

—Soy ingeniero— se repetía triunfante durante el curso del día, y en las noches, antes de dormirse, hacía fantásticos proyectos que le traerían la fortuna anhelada con una vehemencia morbosa. Pero pasaron los meses, luego un año, y no hallaba que hacer con su flamante título de ingeniero. Apenas había logrado ejecutar algunos pequeños trabajos sin importancia. Empezaba a maldecir de su suerte y de las pocas oportunidades que ofrecía su patria a los jóvenes decididos a triunfar, cuando alguien, como último recurso para escapar a la miseria, le habló de la América española.

—Allá hay fuertes inversiones de capitales norteamericanos. Los sueldos son excelentes y además no exigen mucho. Hay ingenieros yanquis que jamás han pisado las puertas de una universidad.

El, ante un aluvión de promesas, se resignó a dejar su patria, su "home" y su novia, una dulce y frágil muchachita que continuaba evocándolo con la constancia ardiente del primer amor. Mr. Lewis había llegado a Chile con los bolsillos escuálidos y su diploma profesional en el fondo de su maleta. Nada más. Su primer sueldo en la oficina minera le pareció fantástico.

—Me haré rico— se aseguró a sí mismo, contemplando gozoso los billetes crugientes que le pertenecían. Jamás había poseído tanto dinero. La perspectiva de hacerse rico exacerbó su codicia. Sus aspiraciones sumadas a sus pensamientos y proyectos arrojaba un total inalterable: juntar dinero. Y esa pasión, ciega y fatal, lo retuvo en un país que despreciaba y en el que sólo vivía por ser una condición indispensable para su bienestar.



La mañana era clara y la atmósfera transparente. A la distancia se podían percibir los detalles del campamento que quedaba quinientos metros más abajo, y más lejos aún se podía distinguir una columna de humo negro y espeso que despedía la fundición de Caletones. Mr. Lewis, tentado por el embrujo de aquel esplendoroso día invernal se alejó del campamento para disipar su neurastenia entre los maravillosos cerros nevados que se recortaban nítidamente sobre el telón azul del cielo.

Empezó a ascender lentamente por las laderas nevadas y siguió avanzando hasta alcanzar la cumbre de un picacho desde donde podía observar en toda su grandeza el maravilloso panorama de la

cordillera. Se sintió sobrecogido frente a la grandiosidad del paisaje. Permaneció inmóvil en medio del religioso silencio de la montaña y se sintió más bueno, más cerca de Dios y de las miserias de los hombres. Alargó su mirada a la distancia y sus ojos azules buscaron allá abajo el pedazo de montaña en cuyo vientre negro y mefítico luchaban los hombres desesperadamente para arrancarle sus tesoros. Sintió una infinita piedad hacia aquellos hombres humildes, a los que muchas veces había insultado, y se dolió de sus miserias y desgracias prometiéndose ser más humano con ellos, acercándose a sus vidas miserables. La certeza de que pronto estaría de nuevo en su patria, entre rostros amigos y familiares, recorriendo los sitios que lo habían visto crecer, aceleraba la circulación de su sangre y sus pupilas se impregnaron de una luminosa alegría que lo hacía cantar a media voz, sin darse cuenta de ello. Además, poseía una fortuna, y eso, naturalmente, completaba su felicidad.

Inició el descenso reconfortado y alegre. El aire de la altura le dañaba los ojos casi cegados con el vivo resplandor de la nieve. Orillaba un precipicio silbando despreocupado cuando tropezó en una piedra. Palpó el aire con las manos crispadas en un gesto instintivo, buscando un sostén imaginario, y rodó al fondo del barranco. Fué una caída tan sencilla, tan inesperada y tan absurda, que ni él mismo se dió cuenta de lo ocurrido. Al volver en sí le costó trabajo ordenar sus pensamientos. Un hilillo de sangre había manchado la pureza de la nieve escurriéndosele desde la cabeza. Se levantó penosamente y trató de andar, pero un agudo dolor en la pierna lo inmovilizó haciéndolo ahogar un grito. Tenía una pierna rota. Desalentado miró hacia la altura donde un cóndor volaba en grandes círculos.

Tuvo miedo de su soledad y permaneció largo rato mirando aquel ser vivo que se mecía en la distancia.

El sol había ascendido considerablemente. Se dió cuenta de su angustiosa situación y trató de escalar el barranco con febril ansiedad, pero sólo consiguió agotarse en un esfuerzo inútil y desesperado. Rendido, se tendió de espaldas, resoplando y quejándose. Así permaneció largo rato. Luego se incorporó y empezó a gritar con todas sus fuerzas, poseído de una violenta furia mezclada de terror, frente a la hosca impassibilidad de la montaña.

—¡Help! Help! Socorro!

Sus gritos golpeaban las murallas de granito y repercutían en el silencio de la cordillera. Nadie podía oírlo. El sol descendía y él siempre estaba ahí cara al cielo, ronco, debilitado, enloquecido ante la idea de la muerte, sólo, desamparado, lejos de su tierra. Hizo un supremo esfuerzo y se arrastró largo trecho. Estaba horriblemente pálido, con los ojos turbios y el cabello en desorden.

Un viento frío lo hizo estremecerse. Una hora después las nubes lo cubrían todo, pasaban rozándole la cabeza y se alejaban cerrándole el horizonte. Luego empezó a cellisquear con fuerza hasta convertirse el aguacero en una nevazón cerrada que impedía la visibilidad. El ingeniero sentía sobre su cara las lenguas frías de la nieve y los latigazos del viento cordillerano, despiadado y tenaz.

Llegó la noche y el frío se le hizo insoportable. Sentía las manos rígidas y el dolor de la pierna aumentaba hasta arrancarle gemidos angustiosos. Seguía nevando silenciosamente. Resignado, se retrepó contra el talud del barranco luchando con el sueño que le cerraba los ojos. Comprendió que era la muerte que se acercaba y trató de incorporarse

en un último esfuerzo para aferrarse a la vida, pero sus miembros rígidos se negaron a obedecerle. No podía moverse. Sin embargo, conservaba la lucidez de su cerebro. Tuvo la sensación que se quemaba. Quiso gritar y su voz se quebró como un vidrio golpeado. Mientras sus pensamientos se diluían vertiginosamente, pudo evocar aún la difusa y rugosa cara de su madre .

Negó toda la noche. La nieve, como un pintor monócromo y sigiloso, lo cubrió todo, haciendo desaparecer las aristas de las rocas, redondeando las laderas y llenando las quebradas. Al otro día la cordillera era como un inmenso trapo blanco bajo la carpa azul del cielo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Bachicha

AL llegar a la mina era un hombre robusto. La sangre roja, exuberante, se le agolpaba en las mejillas y en el cuello, como un claro signo de su riqueza interior. Tenía los ojos limpios y azules como el cielo maravilloso de su lejana Capri. Se llamaba Mario Franchino, pero todos lo conocían por su apodo: "el bachicha". En medio de los rostros morenos, cobrizos, de innegable ascendencia araucana de sus camaradas, "el bachicha" era un hombre dolorosamente aislado en las faenas de la mina. En vano trató al principio de acercarse a sus compañeros de labores. Siempre encontró en ellos una muda repugnancia que se adivinaba en sus miradas torvas y sus gestos desagradables. Mario Franchino no se explicaba aquella aversión. Nunca se la explicó. Entre sus compañeros existía un profundo rencor hacia el extranjero, cualquiera que fuera su nacionalidad; rencor atávico de vencido y explotado desde los comienzos de la raza hasta el presente. Y por eso detestaban al italiano.

Cuando Franchino llegó a la mina se sintió desorientado. Nadie contestaba sus preguntas.

—¿En qué turno trabaja usted? preguntó a su compañero de camarote. El interpelado lo miró como si no comprendiera. El recién llegado repitió la

pregunta, acompañada de una sonrisa ingenua que le llenaba la cara ligeramente roja.

—Y a vos qué te importa, gringo intruso? respondió el minero malhumorado, con los puños apretados y los ojos encendidos de cólera.

Franchino sintió que la sangre aflucía hacia su cabeza. La vena de la frente se le hinchó hasta hacerse azul oscuro. Buscó un insulto para escupirlo en la cara al insolente, pero permaneció en silencio, comprendiendo su desventajosa situación de expatriado, de hombre extranjero que pisa tierra ajena y que tiene que someterse a la absurda lógica de la vida.

—¡Imbécil! pensó tendiéndose en el duro camastro que sería su albergue, y cerrando los ojos echó las redes de sus recuerdos en el inagotable océano de su propia vida aventurera.

Desde el día de su llegada al mineral había sentido a su alrededor una abierta hostilidad, que aumentó cuando se percataron que tenía hábitos honestos. No bebía y fumaba moderadamente. Además, no jugaba.

—¡Gringo maricón! murmuraban a sus espaldas. Algunos deseaban golpearlo, pero los detenía las robustas espaldas y los gruesos brazos del italiano. Franchino se acostumbró a su soledad. Ahorraba pensando en su mujer que había dejado en Rancagua con un pequeño negocio. ¡Ah, Natalia! Lo único que lo había amarrado en esta franja de tierra extendida a lo largo del Pacífico, a él, aventurero y amigo de las grandes distancias y de los veleros fragantes a mar. Por ella estaba en la mina. Para ella trabajaba. ¿Por qué la había querido? Ni él mismo se lo explicaba. Tal vez por haberle dado un hijo blanco y pequeñín, con dos enormes ojos azules como dos pedacitos de cielo de su lejana Capri.

—Natalia— murmuraba en las noches, tendido sobre el duro jergón de su camarote. Natalia— suspiraba en las galerías húmedas de la mina. “Mario y Natalia” había tallado burdamente en el alfeizar de una ventana. Sus pensamientos volaban en alegres bandadas hacia las tierras bajas para posarse sobre los negros ojos y los amantes labios de Natalia.

Cuando sus compañeros se dieron cuenta de su amor hacia Natalia, encontraron una nueva forma de atormentarlo. “El mico”, un minero negro, cerdo y perverso, no cesaba de cantarle cuando estaba cerca:

El minero en las minas ta trabajando.
y la mujer abajo lo está gorreando.

La estrofa, a fuerza de ser escuchada, hizo que “el bachicha” se detuviera a pensar en su significado. A una pregunta suya le respondieron risas y comentarios repugnantes, burlándose de su ignorancia.

—Gringo bruto.

—Tenis que aprender chileno, cara e fiambre.

—¡Eh, bachicha! ¿cuándo me prestai tu mujer?

—Tu mujer te está engañando con otro, gringo tonto.

—¿Natalia? ¿a mí? ¡Ja ja ja! rió el italiano, pero luego montó en violenta cólera y arrojando su herramienta de trabajo se encaró con el que lo había insultado.

—¿Qué dices animal? bramó temblando de ira. Su cara roja parecía que iba a estallar y las venas de su cuello se dibujaban como lombrices. Rápido, alzó el puño y lo descargó sobre la cara de su ad-

versario que vaciló buscando apoyo en la pared del angosto pasillo. Humillado, el minero atacó con fiereza, pero una violenta bofetada del italiano lo tendió sobre el asfalto húmedo del pavimento.

Desde entonces el cerco hostil se hizo más estrecho a su alrededor.

“El bachicha” era el enemigo común.

—Me las tiene que pagar— había jurado el minero golpeado. Lo voy a echar de cabeza en una “buitra”.

Pero nada sucedía. El tiempo trascurría entre blasfemias, gritos, amenazas y pependencias entre ellos, volviéndolos taciturnos o violentos, exacerbados sus instintos por largos meses de continencia y manteniendo siempre un mudo gesto de desprecio hacia el italiano. Hasta que un día el capataz lo llamó

—Franchino.

—¿Qué hay, señor?

—¿Quiere ganar más?

—Vamos a ver de qué se trata.

—Necesito gente para las galerías nuevas. Usted sabe que hay sobre-pago de agua.

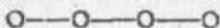
Franchino no vaciló. Sabía que el nuevo nivel en explotación tenía galerías donde la filtración del agua hacía difícil la tarea, agravada por un intenso calor. Muchos se negaban a trabajar en ellas, pero la aña-gaza de un mayor salario lo hizo aceptar sin detenerse a pensar en las consecuencias.

En las galerías de reciente explotación el calor era insoportable. El agua caía incesantemente escalando las manos y los rostros, calentando las herramientas de trabajo y haciendo el aire irrespirable. Franchino se sentía desfallecer. El corazón le saltaba en el pecho como un pájaro enjaulado, pero no cejaba. Miraba a su alrededor. Alumbrados por

la escasa luz de sus lámparas, distinguía los rostros sudorosos de sus compañeros, trabajando en silencio, bebiéndose sus protestas. A largos intervalos una blasfemia rompía el silencio como un latigazo en un torso desnudo, y se oía el ruido metálico de una herramienta lanzada violentamente, que luego era recogida para continuar la labor interrumpida. Enfundados en ropa impermeable, tocados con suestes lustrosos con el agua, los mineros semejaban tripulantes extraviados de un buque infernal. En un rincón de la mina, sombrío y amenazador, el capataz observaba atentamente el curso de la faena.

—En la primavera me voy a Rancagua— pensaba Franchino evocando a Natalia. Pondré un negocio de abarrotes y un depósito de licores. Estos pensamientos lo hacían sonreír. Se veía a sí mismo detrás de un mostrador barnizado, atendiendo a los parroquianos mientras Natalia cuidaba del “bambino”.

Su labor de buzonero requería cuidado. Un descuido en la dinamita podía costarle la vida. A pesar del calor que lo asfixiaba no perdía el tino. Iba y venía barrenando tiros, encendiendo las mechas de la dinamita y gritando a pulmón lleno: ¡Hay fuego! El grito se alargaba por los meandros de la mina, se perdía en la oscuridad vertical de los piques o descendía por la voracidad de las “buitras”.



Una mañana Franchino se sintió mal. La dura labor de la mina lo había debilitado y había pintado dos grandes ojeras debajo de sus ojos azules, como dos alas de golondrina abiertas en el vuelo. Un agudo dolor en el pulmón izquierdo casi le impedía respirar. Transpiraba copiosamente. Confiado en su robusta naturaleza no hizo caso a su dolencia.

—Ya pasará— se alentaba a sí mismo. Y siguió barrenando tiros en el interior de la mina. Dos días más tarde, “el bachicha” no se levantó para cumplir su turno de amanecer. Su vecino de camarote lo golpeó con un zapato.

—¡Eh, bachicha, levántate!

Franchino no respondió. Levantó la cabeza afiebrada, miró un momento al que lo interpelaba y volvió a caer sobre el lecho. Así permaneció un rato. Antes de salir del camarote el último hombre, oyó que le gritaban:

—¡Eh, regalón, levántate!

Hizo un esfuerzo pero un agudo dolor al pulmón lo inmovilizó. Se dió cuenta de lo que le esperaba: lo llevarían al hospital de Sewell. Allá, entre médicos y enfermeras sanaría o se acabaría todo. Si moría lo llevarían al cementerio de los pobres que se alzaba en la ladera del campamento. La idea de la muerte, lejos de Natalia y de su adorada Capri, lo aterró.

—¡No, no! gritó fuera de sí en un acceso de fiebre delirante. Cerró los ojos para pensar, pero las ideas se le evadían de la cabeza como el agua de un cántaro roto. Sintió sed.

—Agua—murmuró quedamente. Le ardía el cuerpo como si se estuviera quemando por dentro.

—Agua— repitió más fuerte, pero nadie le contestó. Abrió los ojos y los hizo girar sobre los lechos vacíos de sus camaradas. Una manta colgaba de un catre superior y casi tocaba el suelo. Una colilla de cigarrillo aun humeaba en el suelo junto a un zapato desvencijado. Estaba solo. Por primera vez se daba cuenta de eso. Estaba sólo. Nadie respondería a su llamado. Si necesitaba algo debería levantarse a buscarlo.

—Natalia, Natalia— murmuró antes de sumergirse en un sueño áspero e intranquilo. Apenas cerró los ojos se vió nadando en un remanso cristalino. Sentía sobre su cuerpo desnudo la frescura del agua que le golpeaba los miembros. Pero luego el agua se hizo más espesa. Le pareció que nadaba en un lago de aceite. El esfuerzo lo agotaba y le apretaba el pecho. El agua, al hacerse más espesa se iba volviendo candente. Trataba de nadar con vigor para alcanzar la orilla y escapar de aquel infierno líquido, pero la ribera se alejaba a cada brazada para alcanzarla. Luego el líquido se tornó en brea ardiente. Gritó con todas sus fuerzas antes de hundirse en el líquido negro y espeso que se cerró lentamente sobre su cabeza. Se sintió atraído hacia el fondo del abismo por su propio peso. El descenso le pareció interminable. Apenas respiraba. A medida que descendía, el líquido negro y espeso se hacía transparente hasta alcanzar la pureza de un manantial de nevero. Sus pies tocaron fondo. Algunos peces rojos, azules y verdes, pasaban veloces sobre su cabeza, mirándolo con ojos asombrados. En el lecho de arena fina crecían maravillosas plantas acuáticas y enormes caracoles marinos avanzaban lentamente a su encuentro. Pronto se vió rodeado de una asombrosa fauna acuática. La vida vegetal se hizo más espesa y un intenso calor empezó a escaldarle los miembros. El líquido volvió a ser negro y espeso. Le pareció que estaba en una tumba.

—Me habré muerto, tal vez— pensó en su sueño. Agitado, respiraba dificultosamente.

Una ligera claridad se filtró por los vidrios empañados del camarote. Amanecía. Franchino abrió los ojos, se incorporó en la cama, rechazó la ropa y abandonó el camarote sonambúlicamente. En los ojos le ardía la fiebre interior. A esa hora los pasi-

llos estaban vacíos. El silencio era roto a intervalos por una tos, ronca, fatal, que salía de los colectivos. Franchino avanzó por el angosto pasillo, torció hacia la galería subterránea que conducía a un pequeño espacio libre y empezó a descender por la empinada ladera de la montaña nevada.

Al hundir los pies desnudos en la nieve le pareció que avanzaba sobre ceniza ardiente. Al pálido fulgor de la luna nueva, el panorama nevado brillaba débilmente. A medida que descendía su delirio le hizo notar que la nieve empezaba a arder. Primero la blanca sábana se tornó rosa pálido ante sus ojos asombrados y fué acentuando su color hasta llegar al rojo vivo. Los pies le ardían y un calor intenso le quemaba las entrañas. La montaña empezaba a arder. De todas partes brotaban pequeñas lenguas de fuego que oscilaban con la brisa que golpeaba los flancos de la cordillera. Quiso gritar pero el grito abortó en su garganta seca.

—Me muero— pensó. ¡Me muero! repitió mentalmente mientras avanzaba a saltos por la ladera huyendo de la montaña ardiente. Cayendo y levantando, rodando sobre la nieve, jadeante y desorientado, corría abrazado por la fiebre. De pronto tuvo un momento de lucidez. Se detuvo, palpó su cuerpo helado y se extrañó de encontrarse desnudo en mitad de la ladera. Trató de ordenar sus pensamientos.

—¿Estaré soñando? No. Estoy aquí. Soy yo. Debo estar loco.

Un terror angustioso le reventó en un grito animal, horrible, primitivo. Como un cohete ascendió su alarido hacia la altura, golpeó contra las murallas de piedra y penetró por algunas ventanas de los camarotes donde descansaban sus camaradas. Después echó a correr desesperadamente. Inevita-

blemente. Desnudo, se desgarró el cuerpo en las caídas. En su fiebre delirante la montaña era una inmensa pira que se elevaba hacia el cielo. El, en medio de aquel infierno, era un punto inverosímil oscilando en el umbral del infinito.

De pronto, la montaña entera elevó sus lenguas de fuego más allá de su angustia y de su soledad, hasta tocar el ábside del cielo.

Mister Jara

MR. Jara había nacido en Machalí. La mina lo había arrastrado inevitablemente hacia su vientre, como un potente electro-imán atrae a la brizna de acero, cuando apenas era un muchacho inexperto y canijo, recién egresado de la escuela rural. Fué peón, capataz, alistador, alarife, escribiente y por último ayudante de ingeniero. Para llegar hasta ese cargo se había valido de dos recursos que le dieron espléndidos resultados: su conocimiento del idioma inglés y el uso cotidiano de su flexible espina dorsal cuando se veía en presencia de un jefe rubio, auténticamente yanqui, made in U. S. A.

Desde sus comienzos buscó con insistencia la compañía de los norteamericanos. Lo guiaban dos propósitos: su admiración hacia la raza del norte y su interés servil en practicar inglés con ellos. Los yanquis, aun los de más humilde condición evitaban la compañía de aquel "nativo" moreno que persistía en su intento con una tenacidad admirable. Ni los desprecios ni las burlas de sus compañeros lograban desanimarlo. Mr. Jara parecía ignorar la repugnancia que inspiraba a los yanquis y se acercaba a ellos, sumiso como un perro castigado, mascullando un "slang" aprendido pacientemente en el silencio de su cuarto.

Cuando logró ocupar un puesto de relativa responsabilidad, empezó a vengarse de sus compañeros con una saña despiadada, con una crueldad netamente indígena. A todo aquel que había tenido una frase hiriente o una sonrisa burlona para sus pretensiones, o simplemente por espontánea antipatía, le hacía recordar inexorablemente que él ocupaba un peldaño más alto en el gallinero colectivo. Para captarse la simpatía de sus superiores adulaba a los jefes, trabajaba como un buey cuando era observado y no escatimaba las palabras mordaces contra sus compañeros de labores. Con astucia y sagacidad criolla llegó a captarse la confianza de los jefes americanos, que vieron en Mr. Jara un instrumento de fácil manejo que podría serles útil como espía, logrando en esta forma conocer los pensamientos del personal, sus aspiraciones y su modo de pensar frente al movimiento sindical que tomaba fuerza. En el fondo lo despreciaban, pero aceptaban sus servicios.

Mr. Jara fumaba tranquilamente. Con el gesto severo de un hombre importante, arrojaba gruesas bocanadas de humo aromático que se diluía lentamente en el aire puro y transparente de la mañana. El frío no lograba penetrar a través de su gruesa zamarra negra y permanecía más allá de sus altas botas mineras. Orgulloso, satisfecho de sí mismo, observaba con indiferencia a un grupo de obreros que cambiaban un trozo de línea férrea. Los veía sudorosos, sucios y huraños, mientras los combos y las barretas se levantaban y caían con rabia sorda, haciendo saltar las piedrecillas de la vía. De improviso, un obrero bajo y robusto permaneció inmóvil un momento, escrutando con desconfianza la severa figura de Mr. Jara. Y después de su ligera vacilación arrojó su herramienta con alegría y se dirigió

hacia el ayudante del ingeniero, alargándole su robusta mano fraternal.

—¿Cómo te va negro?

Mr. Jara, tomado de sorpresa, se desconcertó. En los alrededores estaban Mr. Taylor y Mr. Mikmans que podrían captar aquella bochornosa escena. ¿Qué pensarían de él si lo vieran estrechando la mano de aquel hombre? Su amigo no era más que un humilde obrero de la línea, desastrado y sucio, y su obligación era rechazarlo. Tembloroso por la cólera tomó una resolución violenta.

—I don't know you, man— contestó secamente.

El obrero lo quedó mirando sorprendido. Luego se echó a reír apretándose la barriga. Mr. Jara tenía realmente un aspecto cómico con su seriedad simiesca y sus ojillos amenazadores bailándole detrás de los lentes.

—¿En qué te las machucaí ahora gallo? Estai desconocido con esa ropa, esa pipa y esos anteojos. ¡Ja ja ja!

Mr. Jara montó en cólera. Aquello era demasiado. Sintió deseos de abofetear a su antiguo camarada, pero aquel hombre tenía unos biceps abultados y unas recias espaldas proletarias. No. Lo mejor era cortar la escena. Giró sobre sus talones y volvió las espaldas a su amigo que permaneció extrañado, mirándole alejarse, sumido en conjeturas. Por último levantó los hombros con desprecio y masculló terribles amenazas.

—¡Negro e mierda! Cuando lo pille sólo le voy a rajar la guata ¡por mi madre!

Y cogiendo su barreta continuó la labor interrumpida.

Mr. Jara no era feliz. Lo mortificaba su aspecto físico. Le habría gustado ser rubio y blanco, de ojos profundamente azules, pero la naturaleza (ah, maldita naturaleza), lo había dotado de signos externos marcadamente indígenas. Moreno, de ojos separados, nariz roma y labios gruesos, era la antítesis del tipo racial que admiraba; pero lo que más le exasperaba era la tenaz rebeldía de su pelo que le cubría el cráneo como un grotesco erizo negro. La peineta y la escobilla nada podían contra esas cerdas duras y resistentes de pura cepa criolla.

Su mimetismo absurdo lo llevaba a adoptar los usos y costumbres de un grupo étnico que se diferenciaba profundamente del suyo. Llegó a despreciar las bebidas nacionales porque había observado que los yanquis sólo bebían whiskey. Al penetrar a un bar sentía una íntima satisfacción al ordenar al mesonero:

—Barman, deme un whiskey.

Al principio aquel líquido fuerte le repugnaba y le quemaba la garganta. Además se embriagaba pronto y entonces aparecía inevitablemente el indio que llevaba escondido debajo de su chaleco. Llegó a temerle a sus propias borracheras, pero persistió en beber sólo whiskey y brandy de las mejores marcas. "White horse" repetía con delectación, como un buen catador de licores exóticos. Algunas veces se cansaba de aquella farsa en público, y subrepticionalmente, en la complicidad de su cuarto, bebía el rojo vino criollo con verdadera furia, hasta perder el conocimiento.

Cada ascenso que lograba lo distanciaba más de su vida pretérita y de sus antiguos amigos. Entre los yanquis no logró simpatías ni mucho menos pudo conseguir un amigo. Lo miraban con compasión mezclada de desprecio. Para ellos, Mr. Jara era un

“self made man” con destellos de inteligencia pero absurdamente presumido, y además... era un indio. ¿Cómo compartir con él? Oh, no. Su presencia humilde y rastrera los molestaba. Algunos, al tenerle a su alcance, reprimían un violento deseo de propinarle un puntapie en la parte baja de la espalda.

Cuando Mr. Jara se encontraba con algún empleado u obrero, miraba con obstinación la punta de sus botines o se sentía súbitamente acometido de un poético deseo de admirar el cielo, y si le era imposible eludir el saludo, lo contestaba con un imperceptible movimiento de cabeza, mascullando entre dientes un débil “morning”, como lo había escuchado en los labios groseros de los yanquis.

El nativo, por lo general, no ama al extranjero pero es duro y cruel con el criollo que se disfraza de gringo. Llega a odiarlo. Mr. Jara cosechó los frutos de su siembra absurda. Llegó a sentirse solo, aislado. Todos huían de él como de un leproso. Desesperado, buscaba con más frecuencia el contacto con los yanquis, pero éstos parecían no darse cuenta de su presencia. Para no aburrirse, para evadirse del tedio que empezaba a invadirlo como una marea poderosa, Mr. Jara decidió atraer a algunos amigos con el señuelo de un trago gratis. Pronto se vió rodeado de un pequeño grupo de gente inescrupulosa que lo adulaba con estudiada cortesía.

—My friends— mascullaba estando ya borracho— no me abandonen nunca, nunca.

Y estallaba en largos sollozos hipantes que le congestionaban su cara morena hasta tornársela violácea. Esto ocurría todas las noches en el bar “Sewell, donde se reunían mineros y noctámbulos a charlar de sus vidas duras e ignoradas, mientras bebían el vino barato y adulterado. Algunas mañanas Mr. Jara se extrañaba de amanecer con los bolsillos

vacíos. Todo su dinero desaparecía en el bar. Tuvo la certeza de que abusaban de sus borracheras y se prometió a sí mismo no concurrir más a las veladas. —Además— concluyó— no está bien que me roce con esa clase de gente. Son unos rotos abominables.

Cumplió su promesa durante dos noches. A la tercera, sediento, torturado por su soledad, se echó algunos billetes al bolsillo de su pantalón y se encaminó como un sonámbulo al bar "Sewell" donde lo recibieron alegres aullidos de bienvenida.

—¡Welcome, Mister Jara! maulló un minero con aspecto de gato en celo.

Y aquel saludo exótico lo hizo inflarse de alegría. Se sentía un hombre superior entre aquella gente sórdida y soez que se balanceaba sobre sus piernas alcohólicas. Los parroquianos, ávidos de licor, lo explotaban sin escrúpulos. Para halagarlo le hablaban en un inglés absurdo, desastroso, aprendido en los talleres o en libros primarios. Mr. Jara se sentía feliz. Y entonces, con un gesto de gran señor, vaciaba sobre el mesón su bolsillo ahito de billetes.



Con las frecuentes libaciones, Mr. Jara terminó por enfermarse. El whiskey ingerido iba debilitando su organismo paulatinamente y una mañana no pudo abandonar su lecho. La fiebre lo consumía. El doctor, llamado por un vecino, pudo constatar que su mal no tenía remedio. Las continuas y exageradas dosis de licores espirituosos habían terminado por intoxicar su organismo destruyendo algunos tejidos interiores.

Mr. Jara se sintió dolorosamente abandonado. Nadie acudía a visitarlo. El doctor salía y entraba a la pieza, presagiando un pronto desenlace. Como era caso perdido, autorizó a la enfermera que lo ve-

laba para que accediera a sus insistentes pedidos de licor. En vez de medicinas, el enfermo ingería cucharadas de legítimo whiskey escocés, suministradas por la blanca mano de Miss Joan, única enfermera que soportaba a su lado por ser de nacionalidad inglesa.

—No quiero indias a mi lado— había declarado enfáticamente, obedeciendo a los turbios pensamientos de su cerebro degenerado.

Una mañana Miss Joan le anunció la visita de un amigo, con su fría sonrisa cotidiana.

—¿Quién será? ¿Será Mr. Taylor o Mr. Monroe? se preguntó Mr. Jara, anhelando la visita de algún auténtico jefe norteamericano.

Después de pensar un momento pidió a la enfermera que introdujera al visitante. En el ancho marco de la puerta apareció la robusta silueta de Froilán Rojas, aquel que lo había avergonzado delante de sus jefes con su excesiva confianza.

—¿Cómo te va, negro? Supe que estabas enfermo— murmuró el recién llegado con visible emoción, alargándole su ruda mano fraternal.

Mr. Jara pareció no comprender y guardó silencio. El pulso le latía débilmente y un sudor frío le inundó la frente morena. Comprendió que se moría. La enfermera, alarmada, telefoneó al doctor.

—¿Cómo te sientes, negro? repitió Rojas emocionado, inclinando su auténtica y robusta estampa proletaria sobre el lecho del enfermo.

—I don't know you. (No lo conozco a usted) mintió débilmente Mr. Jara, defraudado en sus expectativas. Y cerrando los ojos puso punto final a la larga comedia de su vida.

Destino

LO habían visto los bosques del sur, las estancias heladas de Magallanes, los fundos pródigos de la zona central y la salvaje aridez de la pampa salitrera. En todas partes su brazo robusto y su coraje lo habían apoyado sin desmayar. Peón, fogonero o minero cuando había llegado la ocasión, Domingo Valencia no le temía a la vida. Parecía desafiarla. Inestable, inquieto, parecía empujado por una fuerza demoníaca hacia todos los caminos que se bifurcaban ante su mirada de gavilán en acecho. Su soledad de hombre libre, sin cadenas femeninas, le permitía ser rebelde y vagabundo, compartiendo su vida con la amistad o la violencia ajena. Se sabía rodeado de lobos y todos sus sentidos estaban siempre alertas para presentir el peligro. No le temía a la vida. Evitaba las discusiones, pero cuando la pendencia era inevitable, sabía usar sus puños endurecidos a través de los caminos y de las encrucijadas. Además, ahí estaba en la faja de su cintura el corvo protector, listo para ser requerido en los casos necesarios. Nunca se separaba de él. Cuando por un olvido no lo llevaba consigo, se sentía deprimido, débil, incompleto. Su corvo lo había sacado de muchos apuros a través de su vida inestable y agitada, sobre todo en el norte del país, donde la

aridez de la tierra calcinada parece endurecer el corazón de los hombres .

De allá, de la pampa salitrera, traía ese recuerdo que le partía la mejilla izquierda desde el ojo hasta la boca. Pero Domingo supo devolver la caricia con una puñalada al bajo vientre de su adversario, que lo llevó a florecer gusanos bajo la costra áspera de la pampa. La vida era así. El que cae, cae. Un rápido esguince vale en ocasiones mucho más que una filosofía entera. No lo iba a saber él, Domingo Valencia, cuatrero en el sur y peón pampino en las salitreras, que se había rozado con el residuo que arrojan las ciudades al fondo de las minas.

—A mí no me cuentan cuentos— repetía con satisfacción cuando después de las faenas, charlaba en las tabernas frente a su vaso de vino áspero y amargo.

El país empezaba a hacérsele estrecho para su inquietud de pájaro libre, cuando conoció a Mónica. Fué en un puerto del norte, donde se había detenido para visitar los prostíbulos, en circunstancias que la pampa salitrera vomitaba su cargamento humano hacia todos los horizontes, cerrando sus oficinas por la paralización de las faenas. La mujer era jóven, delgada, insignificante. ¿Por qué la quiso? Ni el mismo podía responderse a esa pregunta. Tal vez se condolió de su soledad de mujer abandonada y desamparada frente a la voracidad de la vida, o de su aspecto de chiquilla humilde de grandes ojos pardos. Lo cierto es que Domingo no vaciló en tomarla para sí.

—Vámonos al sur— le propuso a la muchacha. Ella aceptó sin entusiasmo ni recelo, aunque en la voz áspera del hombre se traducía la esperanza de una vida mejor.—Vámonos al sur— El hombre no precisaba un lugar determinado, pero había en

aquellas palabras un hondo sentido de llamado del terruño, una muda alegría de acercarse a una tierra de promisión, donde el verde de los potreros y el canto de los pájaros purifican las pupilas y hacen florecer la canción telúrica de las bocas saciadas.

El terruño los acogió como a viejos amigos, como un padre bondadoso. En el andén de Rancagua el hombre respiró hondamente el aire puro de aquella mañana helada, con la satisfacción de volver a contemplar las cosas largo tiempo abandonadas. Cada rincón, cada letrero, cada taberna, le hacían recordar pasajes de su vida, almacenados en sus recuerdos de hombre inquieto. La mujer, sumisa, escondía su admiración en el fondo de sus pupilas pardas. A la zaga de Domingo, se complacía en contemplar las anchas espaldas de su hombre. A su lado se sentía segura. Comprendía ahora que se le hacía indispensable para su vida, con su sencilla fuerza de niño grande. Porque para ella, Domingo no era más que eso: un niño muy grande y algo brusco, que se transformaba en un ser callado y humilde ante su mirada de hembra desamparada. Era feliz. Por primera vez en su vida de mujer sentía una ola de ternura que le brotaba de las entrañas y se le vaciaba por los ojos. Por eso, cuando Domingo le dió la noticia de que se había ocupado como minero en el "Teniente", lloró de alegría. Ya no existía la incertidumbre de la prolongada cesantía de Domingo y se esfumaba el fantasma del hambre y del desamparo. ¿Qué habría hecho sin el apoyo de Domingo? ¿Volver a la vida de antes, corrompiendo su cuerpo y su alma en los prostíbulos nocturnos? No. Nunca. Prefería desaparecer.

Al arribar al mineral se sintió maravillada. Frente al asombro de sus ojos estaba Sewell con su edificación simétrica, escalonada en las laderas de la

montaña que circundaba el campamento. Tenía un hogar pequeñito, limpio, mirando hacia los cerros nevados que la hacían permanecer en éxtasis contemplativo durante largo rato. ¡Qué distinto era todo allí! El norte, con sus pampas dilatadas, sus prostíbulos y su visión monótona de tierra muerta y quebrada, le parecía un osario. Le repugnaba recordarlo. Además, sentía en su vientre la promesa de un hijo. Nunca había soñado tanta felicidad. Nunca. La alegría le salía por los poros, le abrillanaba los ojos y armonizaba sus movimientos de hembra fecundada. Algunas veces se sorprendía cantando, ella, que nunca lo había hecho. Eran canciones sencillas, trucas, oídas quizás donde, que permanecían almacenadas en su subconsciencia.

Domingo había aprendido a conocer una nueva vida. Al lado de su mujer, en el silencio acogedor de su departamento, se sentía feliz. Llegaba a extrañarle la facilidad con que se había adaptado a la vida, de hogar, él que nunca había tenido un cuarto individual, acechado siempre por la curiosidad ajena, durmiendo con un sueño liviano, pronto para la defensa.

La nieve era la diversión favorita de ambos. Cuando nevaba, la contemplaban caer desde la ventana, admirando el panorama, viéndola acumularse sobre las techumbres de los "camarotes", borrando los senderos y cegando los ojos de las montañas. Otras veces, en un raptó de entusiasmo, Domingo corría hacia la ladera y cogía entre sus manos la nieve crugiente para llevarla frente a la alegre admiración de su compañera. En esos momentos era sólo un hombre-niño, con una amplia sonrisa que le llenaba la cara.

Faltaba poco para terminar el turno de la mañana en las labores de la mina. Sentada en un rincón de su cuarto, Mónica soñaba con la vista fija en el tejido que empezaban sus manos hacendosas, cuando un muchacho, con pueril inconsciencia, le gritó alargando la cabeza por el hueco de la puerta entreabierta:

—¡Eh, se mató don Domingo!

La mujer se levantó de un salto, con una agilidad extraña para su avanzado embarazo que le deformaba el vientre.

—¿Dónde está? preguntó con voz temblorosa.

—Lo llevaron al hospital.

Sin un grito, afásica por el espanto, con los ojos secos, se lanzó a correr escaleras abajo hasta llegar jadeante y sudorosa frente a la ancha entrada del hospital. Se detuvo un momento y en seguida, anhelante, penetró al interior. Una voz imperiosa y ruda la detuvo.

—¿Qué desea usted?

—Ver a mi marido.

—¿Su marido? ¿Cómo se llama?

—Domingo Valencia.

—¡Ah! Este... es mejor que vuelva más tarde.

—No, señor. ¿Por qué he de verlo más tarde?

Quiero verlo ahora mismo — rogó Mónica entre sollozos ahogados, ante la indiferente actitud del cancerbero.

—¿Quién es esta mujer? preguntó el doctor de servicio que pasaba en ese momento, fijando su mirada inquisidora en el vientre abultado de la mujer.

—Esposa del número 28, accidentado en la mina— explicó con nerviosidad el practicante.

—Que vuelva más tarde.

—Más tarde... más tarde... murmuró la mujer dolorosamente. No, no puede ser. ¡Ahora mismo!

y se avalanzó hacia la puerta interior con las manos crispadas por la ansiedad, escurriéndose de las manos ávidas que intentaron atraparla, comprendiendo la inutilidad de sus ruegos y sus lágrimas frente a la sorda impasibilidad de los hombres que la escuchaban.

Atravesó una sala corriendo. Se detuvo. Luego avanzó a grandes zancadas, con los ojos extraviados, murmurando palabras sin sentido. En sus oídos sonaban extrañamente las palabras del muchacho: "Se mató don Domingo". "Se mató don Domingo". Por su imaginación pasaban escenas veloces y trucas que se diluían con la extenuación de la carrera, y la ansiedad que embargaba todos sus sentidos, la hacía avanzar sin saber donde encontrar a su hombre entre aquel laberinto de galerías y salas impregnadas a yodoformo. Algunos enfermos levantaban sus cabezas vacilantes y la miraban extrañados, sin comprender lo que pasaba.

—Parece loca— comentó un inválido. Luego, todo quedó en silencio. La casualidad, el instinto agudizado por el intenso dolor que la roía, llevaron a Mónica a una pequeña sala donde yacía Domingo cubierto con una sábana. El doctor, asombrado, quiso detenerla, pero ella, con un rápido ademán tiró hacia atrás el lienzo descubriendo el rostro de su hombre. Domingo estaba inmóvil, sin que un simple gesto denunciara su sufrimiento. Pálido, parecía más flaco. Más abajo de los ojos habían madurado dos frutos azules, como una rúbrica de la muerte. Mónica lo contempló en silencio. Ahí estaba su hombre, el padre de su hijo que le arañaba las entrañas. Ahora, destrozado, era sólo un guiñapo ante la inutilidad de sus esperanzas. La mujer estalló en sollozos lúgubres y en quejas desesperadas contra el destino adverso. Todo su dolor de

hembra fatalista y sufrida estalló en aquel momento. Necesitaba descargar su odio contra alguien. No podía resignarse ante esa injusticia del destino. Alzando los puños amenazadores increpó a los poderosos, a ellos, a los que explotaban la mina:

—¡Ustedes tienen la culpa, asesinos, ustedes me lo han muerto!

Domingo no tenía salvación. Así lo constató el doctor desde el primer momento. Al descargarse un "buzón", el mineral lo sepultó destrozándole las piernas y rompiéndole los pulmones. En un supremo esfuerzo por aferrarse a la vida, Domingo abrió los ojos opacos por la cercanía de la muerte y movió sus labios temblorosos en una queja apenas perceptible. Mónica se apretó a aquel cuerpo ya medio helado, mirándolo con intensa ternura, con toda la ternura de su alma plebeya hecha para todos los dolores. El médico y su ayudante la miraban en silencio. Luego, uno de ellos le colocó suavemente la mano en el hombro para indicarle que todo había terminado. Mónica se revolvió como una fiera. Estaba transformada. Aquel inmenso dolor que crecía y se enrollaba a su vida como una serpiente negra, la hacía odiar a los hombres y rebelarse contra el destino.

—¡No, no quiero irme! ¡No quiero irme! ¡Asesinos!



A la mañana siguiente, con los ojos ausentes, Mónica esperaba la partida del tren que la llevaría a Rancagua. No había querido prolongar su permanencia en el mineral, despreciando el ofrecimiento de esperar en la Maternidad del hospital la llegada de su hijo. Aborrecía a aquella tierra amarga y avara que le había arrebatado lo único que poseía. El dinero de la indemnización por el accidente de

Domingo le quemaba las manos como si se sintiera cómplice de un delito. Un agudo silbido la hizo estremecerse.

Mientras el tren iniciaba el descenso hacia la ciudad, Mónica asomó por última vez su cabeza a través de la ventanilla. Miró hacia arriba, donde levantaban su mole de cemento los camarotes de "Teniente C.", y después hacia una falda de la montaña nevada donde brotaban las miserables cruces del cementerio del campamento. Sin una lágrima ni una queja, mordía su dolor de hembra desamparada. No sabía adonde ir. Lo único que deseaba era alejarse de esas tierras malditas, devoradoras de hombres. Apretó su vientre con sus manos escuálidas, donde palpitaba una nueva vida que pugnaba por salir, y pensó, ya más tranquila, en aquel pedazo de carne que se movía en su interior. Y ya no se sintió sola entre los millones de hombres que pueblan el mundo.

La Huelga

HACIA dos días que casi no comía. Con los nervios en tensión, la mirada dura y vaga, permanecía mudo, ausente, sin escuchar las breves advertencias de su madre que lo observaba con temerosas insistencia. El muchacho se ahogaba en el sórdido cuarto de la cité. Necesitaba mezclarse con las multitudes, respirar el acre olor de los cuerpos sudorosos y gritar la rebeldía que lo agujijoneaba a cada instante, fecundada por la lectura de libros libertarios y la asistencia cotidiana a su sindicato. Desde que había empezado la huelga en todas las actividades de la mina, permanecía escasos minutos en el cuarto de la cité. Una fuerza extraña, imperiosa, lo obligaba a salir a la calle.

Nervioso y audaz, su alma era una extraña mezcla de valentía y temor. Ansiaba encontrarse en una refriega con las fuerzas policiales que seguían a las masas de obreros como buitres hambrientos, vigilando sus movimientos en los comicios, pero se veía asaltado por temores que lo hacían temblar a pesar de sus convicciones. ¿Y si me matan? Esta idea lo ponía trémulo, acobardado. Y entonces se irritaba consigo mismo, insultándose mentalmente: ¡Cobarde, cobarde, imbécil! Su ado-

lescencia, como la mayoría de los camaradas de su edad, era una mezcla de madurez prematura extraída del taller y de pueril evolución mental. Además, Pablo había heredado la efervescencia innata de su padre que se pudría en la cárcel por defender su derecho. Por eso su madre vivía en una perpetua zozobra. Cuando Pablo le dió entusiasmado la noticia de la huelga general, ella rompió a llorar silenciosamente.

—¿Qué le pasa, señora? — le preguntó Pablo con irritación ante esa actitud que no esperaba y que le resultaba extraña en aquella ocasión.

—Nada, hijo, nada— murmuró la madre tratando de serenarse. Hay que ser precavido— prosiguió con temor. No te mezcles en los desfiles ni vayas al sindicato. Hasta que pase la huelga.

Pablo la escuchó con mudo rencor. Deseaba decirle algo desagradable, pero lo detenía una íntima piedad hacia esa viejecita que dependía de él, únicamente de él. No poseía nada más en el mundo. Pero pudo más su terquedad hereditaria y habló fríamente.

—Esas son cosas que usted no comprende y haría bien en no mezclarse en mis asuntos. Le he comunicado que estamos en huelga para que no se sorprenda de verme metido en este cuarto. Nada más.

Y salió a la calle con paso elástico y seguro, al encuentro de la vida. Se sentía más hombre. ¡Caramba, era un huelguista! Aquella era la primera huelga en que tomaban parte sus dieciocho años saturados de ilusiones. Caminaba con paso marcial, mirando despreciativamente a los transeuntes elegantes que encontraba a su paso. Le habría agradado que toda aquella gente supiera que él era un huelguista decidido.

—¿Por qué no usaremos un distintivo para distinguirnos de los burgueses y obreros que no toman parte en esta huelga? se preguntaba con pueril insistencia, prometiéndose gritar su idea en el sindicato aquella misma noche.

El primer día de la huelga se recogió tarde y malhumorado. La huelga no era lo que él se había imaginado. Durante la sesión se tomaron acuerdos relacionados con las gestiones ante el Tribunal del Trabajo para lograr el aumento de salarios y se leyeron algunas comunicaciones de los gremios que ofrecían su adhesión moral. Cuando él, con una insistencia irritante se había empeñado en que escucharan su moción del distintivo huelguista, lo hicieron callar con gritos y blasfemias.

—¡El compañero Vargas está hablando estupideces! ¿para qué necesitamos un distintivo? ¿Para facilitar la tarea a los agentes de investigaciones?

—Hay cosas importantes que tratar, compañero Vargas— le había dicho el presidente. Le ruego que se calle en beneficio de todos.

—¿No puedo expresar mi opinión entonces en una asamblea general?

—¡Afuera, afuera! bramaron algunas voces agrias, enardecidas por aquella disputa que estimaban estúpida.

Lo habían humillado. Se había visto obligado a guardar silencio durante el resto de la sesión, rojo como una amapola, soportando las miradas burlonas de algunos camaradas. Por eso, en el silencio de su cuarto, bajo la tibia complicidad de las frazadas, ahogó los sollozos de su primera derrota frente a la vida. Durante los días siguientes, Pablo continuó recogiendo tarde. Vivía como un sonámbulo. Su madre lo veía llegar en silencio, le servía la comida que apenas probaba, y luego volvía a salir gruñendo un saludo de despedida. Desde

la escena del primer día, la anciana evitaba hablar de la huelga. El dinero estaba por agotarse y se preguntaba angustiada que haría cuando se agotara por completo. Había que comer todos los días. Ella, vieja y enferma, no podía trabajar.

—Virgen Santísima, ampara a Pablo —rogaba la anciana con desesperación, prometiéndole mentalmente muchas cosas que jamás podría cumplir.

Pablo parecía no darse cuenta de la angustia de su madre. Su fervor de prosélito y su inexperiencia de neófito le impedían ver la realidad que lo circundaba. Vivía esperando con impaciencia el minuto definitivo: el encuentro con las fuerzas policiales. Se mezclaba en todos los grupos, acudía a todos los comicios y era el primero en provocar a la fuerza pública, situado a prudente distancia y protegido por la barrera de carne de sus camaradas. Deseaba saber como era "aquello", es decir, una lucha formal con la tropa. Después de la refriega se sentiría más hombre y podría contar con orgullo entre sus camaradas la actitud que le había correspondido. Además, le agradaba pensar en la admiración ingenua de Amalia, cuando le contara todo. En cuanto a su madre, se convencería que su hijo no era ningún cobarde y que sabía colocarse en el lugar que le correspondía en la lucha que habían iniciado. En sus razonamientos no entraba para nada el mejoramiento económico perseguido por los dirigentes. Para él existía la huelga. Nada más.

Ahora estaba ahí, al lado de su madre, enronquecido de tanto grito inútil, hosco y mudo para evitar las advertencias quejumbrosas de la anciana. El dinero se había agotado. Algunos objetos, los de mayor valor, habían desaparecido del cuarto. Las casas de préstamos se veían ahitas de gente andrajosa en aquellos sombríos días de la huelga. El hambre empezaba a empalidecer las mejillas prole-

tarias y a poner una angustiosa tristeza en las pupilas de los niños.

—¿Se arreglará pronto esto? se atrevió a inquirir la madre, sin pronunciar la palabra que no había repetido después del disgusto inicial.

—Nada se sabe— contestó vagamente Pablo, sin levantar los ojos de su plato.

—La vecina está muy afligida. Tiene cuatro niños y como el marido anda metido en eso...

—¿Qué quiere que hagamos nosotros? A todos nos pasa igual.

—Así es. Los pobres tenemos que sufrir.

—¿Sufrir, sufrir por qué? Porque somos unos imbéciles— explotó Pablo mirando a su madre fijamente, como si ella tuviera culpa de los errores de la sociedad humana.

La anciana permaneció en silencio escuchando el largo monólogo de su hijo, sin comprender gran cosa lo que le explicaba. Sentía una especie de respeto hacia Pablo, que hablaba en un lenguaje que desconocía. Lo único que comprendió fué la necesidad que existía de soportar el hambre hasta el último momento. Eso se lo dijo Pablo entre amplios gestos de actor y en términos fogosos y declamatorios. En seguida salió a la calle para juntarse con sus camaradas.

—Luego vuelvo— murmuró como despedida al observar la muda súplica de su madre para retenerlo a su lado.

Ya en la calle apresuró el paso lamentando haber perdido algunos minutos explicándole a su madre algo que nunca podría comprender.

—Es muy ignorante— se dijo a si mismo— con la insensatez de todos los muchachos del mundo, sin vislumbrar la honda y secreta sabiduría de las madres.

Al llegar a una calle céntrica se unió a un grupo de obreros que marchaban cantando la Internacional, detrás de una bandera roja. Luego se unieron a una compacta masa de mineros que habían llegado a la ciudad, abandonando sus faenas. La mina estaba paralizada. Los hombres marchaban confiados en su propia fuerza colectiva. Por sus cerebros cruzaban como relámpagos los recuerdos de la mina con sus capataces arbitrarios y sus amos despiadados, protegidos en su indiferencia. Y volvían veloces las escenas violentas y las humillaciones sufridas para enardecer sus ojos y enronquecer sus gargantas. Ya no eran los topos que arañaban penosamente el vientre de la cordillera durante ocho horas mortales, para después arrojarse agotados, rendidos y humillados en sus sórdidas madrigueras colectivas. Ya no eran los hombres dóciles y sumisos que se arrastraban sobre el fango de las galerías para arrancar el cobre a las montañas, ahogados por el aire denso de la pólvora quemada y ensordecidos por el tableteo de las perforadoras eléctricas. Ahora se sentían libres, ágiles y violentos. Habían salido del fondo de la tierra para mirar cara a cara al sol y a sus amos despiadados.

Pablo, frenético, enardecido por las voces agrias de sus camaradas, increpaba a los transeúntes inofensivos que se dirigían a sus labores.

—¡Abajo los burgueses. Mueran los sinvergüenzas y ladrones!

Más allá aullaban enloquecidos algunos esquirols golpeados. De pronto un oficial acercó su caballo al grupo para hacerse oír.

—¡Eh, basta de insultos! Pueden marchar, pero en orden, como gente consciente.

Una lluvia de denuestos respondió a su advertencia. El oficial, irritado, llamó con un gesto a la tro-

pa que lo seguía, para hacerse obedecer de aquella gente.

—¡Callarse he dicho, canallas!

—¡Mueran los opresores del pueblo, los asesinos asalariados!

El oficial, rojo de cólera, no sabía qué actitud tomar ante la rebeldía creciente de los manifestantes. Trató de coger a uno que pasó a su alcance, pero el hombre se escabulló con un rápido esguince, mezclándose en el grupo compacto. Aquel fracaso lo irritó hasta la exasperación. Entonces, sin meditar en su actitud, extrajo su pistola y la apuntó al grupo para atemorizarlos. Los hombres se callaron. Aquel simple ademán que envolvía la idea de la muerte, bastó para que las gargantas enmudecieran y pasara por los cuerpos una súbita ráfaga de miedo. Por algunos segundos sólo se escucharon las pisadas de los manifestantes y los cascos de las cabalgaduras de la tropa sobre el asfalto de la calzada. De improviso, sin que nadie pudiera evitarlo, Pablo se desprendió del grupo enarbolando un garrote. Decidido, intensamente pálido, con los dientes apretados, se lanzó contra el oficial, empujado por una fuerza ciega que lo impulsaba a obrar. Fué su orgullo herido, la humillación del Sindicato y el desprecio de sus camaradas más experimentados en las luchas sociales, hacia su adolescencia impulsiva, lo que lo decidió a rebelarse.

El oficial, sin inmutarse, apuntó fríamente al muchacho que iba hacia su encuentro. Apretó el gatillo de su pistola y el proyectil certero fué a incrustarse en mitad de la frente de Pablo, que se desplomó sin un grito. El grupo de obreros se dispersó como cucarachas. Ahí, sobre la calzada, quedó el muchacho de bruces, besando el asfalto ardiente.

Era el sexto día de la huelga.

Cobre

LENTAMENTE el tren inició su ascensión hacia la mina. Blasfemias, risas, rencores y esperanzas se confundían en aquel mundo sórdido y primitivo: hombres que jamás habían conocido la estabilidad de un hogar, hembras de rostros endurecidos por los sufrimientos, viejos que nada esperaban de la vida y niños prematuramente maduros que sabían de todos los infortunios. La pampa salitrera paralizada seguía vomitando obreros hacia los cuatro puntos cardinales. Los más afortunados habían logrado contratarse como mineros de "El Teniente", y ahí estaban hacinados, ruidosos, violentos o agresivos, atraídos por el señuelo engañoso de la mina, dispuestos a sepultarse en el corazón de la cordillera a cambio de un salario menguado que los salvara de la mendicidad o de la cárcel.

En un rincón del vagón, cohibido en aquel ambiente de palabras ácidas y candentes, Mauricio Gana permanecía en silencio, mirando el panorama a través de la ventanilla mientras hacía girar sus pensamientos. Sentía un íntimo malestar. Su traje limpio y sus modales pulcros lo diferenciaban visiblemente del resto de los pasajeros. El muchacho, cons-

ciente de su situación, captaba el mudo desprecio que inspiraba a sus compañeros de viaje y se sentía incapaz de iniciar una charla que le permitiera vislumbrar algo de la nueva vida que iba a conocer. Se sentía observado. Algunas insinuaciones hirientes lo hicieron enrojecer. Los obreros lo despreciaban: eso era todo. Su traje nuevo, sus manos cuidadas y su cutis claro, era un insulto para las manos callosas y los harapos vergonzantes de aquella masa humana. La lucha de clases, muda y torva, se evidenciaba en esos momentos despiadada y confusa.

Mauricio pensaba. Evocaba con complacencia la plácida trayectoria de su vida pretérita, hasta el momento que la crisis comercial colectiva le arrebató de un zarpazo la sinecura disfrutada. Ahora estaba ahí, mudo y desconcertado frente al enigma de su porvenir. A medida que ascendían el frío se hacía más intenso. Más allá de Coya la visibilidad se hizo casi nula al penetrar el convoy a través de una espesa niebla fría propia de las tierras altas. Mauricio, con la nariz pegada a la ventanilla, contemplaba con avidez el paisaje inédito para sus ojos de ciudadano, mientras los pasajeros golosos empezaban a devorar sus provisiones con gruñidos de satisfacción. Sintió hambre. De pronto su vecina reparó en él. Era una mujer gruesa y alta como un campanario con pequeños ojillos de paquidermo que pestañeaban continuamente.

—¿Y usted no almuerza? averiguó en tono amable mientras trituraba entre sus dientes firmes y agresivos un enorme trozo de carne.

—No, señora. No traigo provisiones.

—¡Bah! Eso no importa. Aquí tiene algo— solucionó la mujer alargándole un trozo de carne. Mauricio enrojeció ligeramente, sorprendido por la actitud inesperada de aquella mujer que ni siquiera

lo había mirado durante el trayecto recorrido. No sabía si aceptar o rechazar el ofrecimiento. Aun no conocía el alma grande y noble de aquel pueblo que lo rodeaba. Más tarde pudo comprenderlo bien. Por fin se decidió a aceptar. Al final del almuerzo improvisado, Mauricio y doña Lucinda eran amigos. Ambos, en cortas palabras, se contaron sus vidas. En síntesis, ella había vivido. El había vejetado.)

—Ahora voy a juntarme con mi marido— terminó la mujer. Es capataz en la mina. Esta es la tercera vez que vuelvo a "El Teniente".

—Yo voy contratado como alizador— le participó Mauricio, confesando su ignorancia acerca de su labor futura.

—Tiene que trabajar adentro de la mina entonces. Algunos alizadores no lo pasan muy bien... es decir, los que son demasiado severos. Yo conocí a uno que se hizo odiar de los mineros y un día se cayó adentro de una "buitra" ¡figúrese usted! Salió molido con el mineral. ¡Ji, ji, jí! Nunca se supo como se cayó el pobrecito...

Mauricio se sintió algo inquieto. Las palabras de su vecina lo hicieron comprender que debía prepararse para aceptar lo desconocido. Para disipar el malestar que comenzaba a invadirlo se apretó a la ventanilla, mirando un picacho blanco, enorme, altivo, que se elevaba hacia el cielo horadando el vientre de las nubes que le cerraban el paso. El frío se hacía más intenso. Algunos hombres dormían afirmados en el hombro de sus compañeros o retrepados en las bancas, satisfechos y aletargados por la monótona canción del tren. De pronto un niño rompió a llorar. Su llanto agudo y penetrante irritó a los pasajeros.

—¡Hágalo callar pu ñora! ordenó un hombre desde el extremo del vagón, como un amo arbitra-

rio. La madre, sucia y desgredada, desabrochó su blusa con un gesto de desaliento y extrajo un seno flácido y colgante para ofrecérselo al pequeño, que se apretó al pezón chupando ruidosamente. La madre lo contemplaba en silencio, con la nariz enrojecida y los labios exangües. Hembra del pueblo, sufrida y vagabunda, iba también a reunirse con su compañero que se moría poco a poco en el corazón negro de la mina. Mauricio, al contemplar aquellos rostros proletarios, al respirar las emanaciones acres de sus cuerpos, no sabía si sentir repugnancia o compasión hacia ellos. Hacinados como bestias en los vagones incómodos y sucios, los pasajeros rumiaban sus pensamientos limitados, sin percatarse de que merecían ser tratados como hombres. Muchos de ellos jamás volverían a las tierras bajas. Aquel sería su último viaje. La realidad imprevista que lo circundaba hundió a Mauricio en un turbio pozo de conjeturas. Así, con los ojos cerrados, permaneció largo rato como si durmiera, hasta que la voz ruda de doña Lucinda lo arrancó de su ensimismamiento.

—Mire. Está nevando.

Algunos copos de nieve caían distanciados, vacilando antes de acostarse sobre las faldas de la cordillera. Mauricio abrió los ojos asombrados. Nunca había visto nevar. A medida que ascendían la nieve se hacía más compacta. El pequeño tren jadeante, resoplando como un monstruo, seguía avanzando lentamente en demanda de la altura. En el vagón la atmósfera era asfixiante. El niño reanudó su llanto con más fuerza. En el centro del vagón dos hombres se injuriaban mientras otros protestaban a gritos por el llanto del pequeño. El mal humor contagioso corría a lo largo de las bancas. Las mujeres chillaban y algunos chicos gemían

apretados a las faldas de sus madres, con un instintivo gesto de protección. La pendencia degeneró en puñetazos entre roncadas blasfemias de los pasajeros irascibles mientras el llanto del pequeño se hacía exasperante.

—¡Boten ese chiquillo pa fuera! repetía una voz alcohólica como un estribillo despiadado. Un minero viejo, con el propósito de apaciguar los ánimos, empezó a tocar en su armónica un aire ligero y alegre, mezcla de cueca y marcha militar. Poco a poco volvió la calma. Incitados por el hombre de la armónica, algunas voces roncadas y desafinadas empezaron a cantar antiguas canciones campesinas, mezcladas con alaridos de entusiasmo indígena, mientras el llanto del pequeño, agudo y persistente, hendía el aire como un grito de protesta contra aquel mundo miserable.

Mauricio sintió náuseas. Aquella sórdida pobreza le causaba malestar. Para evadir la realidad por un momento aprovechó la detención del tren en Caletones. Al salir a la plataforma el aire frío y seco de la altura lo hizo vacilar. Seguía nevando. La nieve formaba una maravillosa alfombra blanca que trepaba por los cerros, descendía por las quebradas y se acumulaba sobre el lomo del tren. El muchacho respiró hondamente el aire puro y frío. Dentro, en los vagones, el cargamento humano seguía blasfemando en la atmósfera mefítica. Un silbido estridente anunció la partida. Un fuerte viento arremolinó la nieve suelta y se alejó silbando por los cajones cordilleranos, libre, indómito y pujante como un potro salvaje. El tren avanzaba penosamente por la vía cubierta de nieve. A trechos se detenía. Las cuadrillas limpiadoras apostadas a lo largo del camino miraban indiferentes el paso del tren, con sus pupilas empañadas por el aire he-

lado. Emergiendo de una profunda hondonada, la chimenea de la fundición de Caletones ennegrecía el panorama con el penacho de su humo irritante, cargado de emanaciones químicas.

Mauricio permanecía aislado. Nadie se preocupaba de él. Sentía deseos de acercarse a aquellos hombres y fraternizar con ellos, pero lo detenía su indumentaria. Sabía que su abrigo de casimir inglés bastaba para levantar una barrera entre él y los obreros, enemigos innatos de la decencia y de los hombres con corbata. El invierno aceleraba la llegada de la noche. Afuera la nieve seguía cayendo silenciosamente, borrando las huellas, llenando las quebradas y pintando de blanco el espinazo de piedra de la cordillera. Durante largo tiempo siguió el convoy horadando las sombras, resoplando y gimiendo, deteniéndose y reanudando la marcha, con infinitas precauciones a través de la lluvia blanca, siempre ascendiendo con tenacidad mecánica para alcanzar su destino, llevando en su vientre un cargamento humano preñado de esperanzas que abortarían frente a la ruda presencia de la mina. Por fin el tren se detuvo. Habían llegado a Sewell.

—¡Abajo, abajo! gritaba alguien. Apurarse.

Los vagones se vaciaron rápidamente. Algunos tosían. Los pequeños lloriqueaban hundiendo las piernas desnudas en la nieve. Una chiquitina temerosa se negó a avanzar. Su madre, iracunda, con un niño en brazos, le dió un violento empujón.

--¡Andale, porquería!

La chica cayó de bruces. Se levantó gimiendo con la cara embadurnada de nieve mientras un empleado del Bienestar gritaba intermitentemente.

—¡Los que van a la mina por aquí! ¡Los que van a la mina por aquí!

Mauricio, desorientado, se dejó arrastrar por la corriente humana hasta alcanzar una ancha escalinata que era la vía principal del campamento. La nieve blanda retardaba su marcha y el aire enrarecido por la altura le dificultaba la respiración. Rodeándolo con sus brazos de piedra, la montaña áspera y bravía lo acogió en su seno. Estaba en el umbral de un mundo inédito.

*

* * *

El aire de la madrugada le acuchilló el rostro. Lentamente empezó a ascender hacia Punta de Rieles. Ya no nevaba. El amanecer, retardado por el invierno, se insinuaba con temor detrás de los albos picachos de la cordillera. Mauricio notó a su alrededor un extraño silencio. Ni un pájaro para saludar al nuevo día, ni un canto de gallo para recibir el alba. Sus pasos se ahogaban en los cojines de nieve. A su alrededor, por distintos senderos, vió a algunos hombres que marchaban lentamente, siempre hacia arriba, como fantasmas silenciosos. Se unió a ellos sin palabras.

En Punta de Rieles los esperaba el pequeño tren blindado que los conduciría por dentro del cerro hasta la jaula, para ascender luego a la mina. Penetraron a un vagón húmedo, de acero, ocupado por algunos mineros soñolientos que sonrieron ambiguamente al notar la presencia de Mauricio con su abrigo flamante y su maleta reluciente. El muchacho, molesto por la insistencia de las miradas, se dobló en un rincón hundiendo la cabeza en el cuello de su abrigo. Rostros proletarios, tocados con un casco negro y reluciente para protegerse contra los accidentes de la mina, seguían invadiendo el vagón hasta ocupar todos los asientos, retrepados algunos, inclinados sobre las rodillas otros, malhumorados y hoscos, sin hacer caso del vecino. El ros-

tro blanco y casi infantil de Mauricio, resaltaba violentamente entre aquellas caras morenas, labradas a bastos golpes de cincel. Alguien, por fuera, cerró las puertas corredizas. Un débil silbido llegó a través de las paredes de acero y casi en el mismo instante el largo convoy se puso en movimiento. Un ligero vaivén era lo único que indicaba que corrían bajo el cerro. ¿Cuánto tiempo duró aquel viaje? Mauricio no lo pudo precisar. Una extraña mezcla de temor y de curiosidad lo mantuvo anhelante todo el trayecto hasta que el tren se detuvo suavemente y se abrieron las puertas de los vagones, vaciando su cargamento humano en el estrecho espacio de la galería iluminada. Los obreros se apretaron frente a la jaula, disputándose la prioridad en subir. Hizo varios viajes el ascensor antes de que Mauricio pudiera tomar colocación en su interior. Apretados unos contra otros, una veintena de obreros ascendía por la jaula. Mauricio apenas se dió cuenta cuando se desprendieron de la tierra. La sensación de movimiento debía buscarla en las paredes sombrías del pique vertical, a través del cual ascendían suavemente y sin ruido. A intervalos, una ligera oscilación de la jaula al acortar la marcha, le daba la certeza de que estaban en el aire, sobre el abismo negro. Pasaron sin detenerse por algunos niveles iluminados. Le parecía que la ascensión se prolongaba indefinidamente cuando la jaula se detuvo con un ligero chirrido para vomitar su carga en el interior de un amplio caserón cavado en la montaña.

*

* * *

—Cámbiese ropa— le aconsejó su nuevo camarada José Millán. En la mina hay que andar así— continuó mostrándole con un gesto su viejo pantalón de pana y una sucia zamarra negra.

—Es el único terno que tengo— explicó Mauricio confuso.

—¡Ja, ja, já! No le va a durar mucho la limpieza. No crea que trato de amedrentarlo. Póngase el casco y vamos andando. No se le olvide la lámpara.

Mauricio comprendió desde el primer momento la superioridad de aquel hombre y no vaciló al aceptar el apoyo tácito que le ofrecía su nuevo camarada. Cumpliendo las instrucciones se colocó el casco, cogió su lámpara y se dispuso a seguirlo. Millán se detuvo a contemplarlo. El muchacho, enfundado en su abrigo café, tenía el aspecto de cualquier señorito santiaguino. El casco era lo único que lo identificaba con las duras faenas de la mina, dándole un grotesco aspecto de disfrazado. Millán se echó a reír con ruda franqueza.

—Sáquese el abrigo y la corbata. Póngase la bufanda. Ahora sí que parece alistador. Vamos andando.

Mauricio obedeció en silencio. Después se encaminaron a su nivel.

—Esta es mi cuadrilla— le explicó el capataz. Ahora, vamos a la pega.

Los primeros tiros lo hicieron temblar. El olor de la pólvora le irritaba la garganta y el ruido de los carros al vaciarlos en las buítras le barrenaba los oídos.

—¡Guarda! le gritó un minero echándole la vagoneta encima con malévola intención.

Los obreros se complacían en molestar al mocito de la ciudad. Les molestaba la ropa flamante y los modales pulcros del recién llegado que permanecía en silencio observando las faenas. Por todos lados se oían blasfemias. Las vagonetas, en algunos sitios, ocupan casi toda la vía, dejando apenas espacio para un hombre apretado contra el muro. Mau-

ricio, desorientado, casi no se movía de su sitio. Alguien lo llamó. Marchaba apresurado por el centro de la vía cuando, antes de que pudiera evitarlo, un carro cargado lo embistió por detrás, arrojándolo de bruces sobre el lodo. Ahí quedó un momento, mordiendo sus protestas. Magullado, dolorido, se levantó penosamente y se apretó contra el muro para dejar paso a la vagoneta cargada. Aquel accidente fué su primer encuentro con la vida. Súbitamente se sintió más macho. La sinecura que lo abasteció por tanto tiempo se había trocado en una labor dura y peligrosa. Al mirar su traje enlodado se sintió más dueño de sí mismo. De un brusco salto se había despojado de sus prejuicios. Desde las calles asfaltadas y lujuriosas de luz había pasado sin transición a la humedad y a las tinieblas de la mina, donde las explosiones de la dinamita y el esfuerzo de los hombres hacen parir a las piedras milenarias. Al terminar su primer turno Millán lo estaba esperando en la galería de salida. Al notar el cambio en el vestuario de Mauricio, su cuerpo amplio y robusto se estremeció de risa.

—¡No le dije, compañero! La mina no aguanta caga-tintas.

*

* *

Cuatro meses más tarde, dirigiéndose a Mauricio, Millán le confesaba asombrado.

—Cuando te conocí creí que no aguantarías ni una semana el trabajo de la mina. A algunos el clima los mata, el ambiente los deprime y termina por perturbarlos.

Mauricio permanecía en silencio, alargado sobre el lecho, siguiendo con los ojos ausentes las espesas espirales de su cigarrillo. Ya no era el muchacho rosado y de uñas pulidas que algún tiempo atrás había abierto los ojos asombrados frente al panorama

blanco de las montañas. Más pálido, el rostro sombreado por la barba crecida, su aspecto era el de un hombre decidido. El contacto con el sufrimiento ajeno lo había hecho más humano y comprensivo.

Millán no podía permanecer en silencio durante largo rato. De espaldas sobre el lecho alzó la voz.

—Parece que tú siempre estás resolviendo algún problema. Muchas veces te hablo y no contestas.

—Nunca me imaginé, antes de venir aquí— confesó Mauricio— lo que significaba la palabra pueblo. Ignoraba la existencia de los de abajo. El pueblo me parecía un rebaño inferior, despreciable. Me asqueaba su suciedad y me repugnaba su pobreza. Ahora, al conocerlo de cerca, comprendo que su ignorancia y su miseria no es causa de ellos mismos.

—Hablas como un iluminado— contestó Millán. Eres muy cabro todavía. A tu edad yo también creía que el mundo estaba mal hecho y que era fácil transformarlo. Creía que bastaba subirse arriba de un cajón y hablarle a cincuenta hombres que escuchaban con la boca abierta, para que la vida, las costumbres y los gobiernos cambiaran con la facilidad con que tú te cambias de camisa. Después de mucho tiempo he comprendido que mientras el pueblo sea un rebaño, el mundo será una cija.

En ese momento la puerta se abrió. Un muchacho moreno, alto, cenceño, penetró sigilosamente.

—Estamos despiertos— explicó Millán al visitante que avanzaba sin ruido.

El recién llegado sonrió, se despojó del casco y se sentó al borde de su lecho. Hablaba muy poco. Prefería escuchar a los demás, sonriendo con benevolencia ante los juicios ajenos.

—¿Por qué anda tan amargado, compañero Suárez? interrogó Millán.

—Estaba pensando en irme— respondió el aludido.

—Muy luego se ha aburrido. Hace apenas tres semanas que está en la mina.

—Que quiere, compañero. Esto no es para mí. La mina me mata. Me voy en la próxima semana.

—¿Y a dónde piensa ir ahora?

—Vuelvo a México.

—Oiga— invitó Millán. Esta noche estamos de fiesta. Es el cumpleaños de este cangrejo que le está hablando. Iré a buscar algunas botellas de pisco a Sewell.

—¿Otra borrachera? interrogó Mauricio levantando la cabeza de su almohada.

—¡Ja, ja, ja! Si no lo hago me muero de aburrimiento. Lo de mi cumpleaños es un pretexto nomás, compañero Suárez. Tengo ganas de curarme. Eso es todo.

Millán, habitualmente jovial y comunicativo, sufría de tiempo en tiempo hondas crisis de abatimiento. Entonces se proveía de algunas botellas de pisco y bebía hasta perder sus sentidos. Era su válvula de escape.

Con las primeras sombras de la tarde, Millán se caló el sombrero, se envolvió el cuello en la bufanda y se dirigió a Sewell, donde lo esperaba el intermediario de un contrabandista. Marchaba apresurado por la galería del tren eléctrico. El túnel rezumaba agua que se escurría por las paredes hasta formar pequeños arroyos que se cruzaban a lo largo del camino. La galería estaba desierta. El frío, como un cuchillo, le cortaba las orejas, le enrojecía la nariz y le nublaba los ojos. Hundiéndose en los charcos, saltando en zig-zag para evitar el lodo, anhelaba llegar pronto a Sewell para terminar la aventura tantas veces repetida. Al abandonar el tú-

nel escondió la nariz en la bufanda y apresuró el paso, hundiéndose en una mezcla de agua y nieve que le penetraba por sus borceguíes gastados. Pronto llegó al término de su viaje.

Una hora más tarde retornaba por el mismo camino, con el gesto duro, llevando en sus bolsillos las botellas de pisco compradas a los contrabandistas, que lo harían olvidar la dureza de su vida. Ya no se preocupaba de sortear los charcos del túnel. Con la cabeza baja seguía en línea recta por el centro de la vía. Un débil silbido lo hizo estremecerse. Luego, en una curva, apareció el tren eléctrico. Cinco vagones cargados de madera pasaron casi rozándolo, dejando una estela acre de resina vegetal. Apretado contra la muralla sintió en la cara el aire frío desplazado por el convoy. El ruido se disolvió a lo largo de la galería, dejando un leve estremecimiento en los rieles relucientes.

Llegada la noche, en la complicidad de su camarote, Millán bebía rojo de satisfacción. Después de la segunda copa se tornaba locuaz y cariñoso con sus camaradas. Cuando perdía el control se volvía violento, vomitando juramentos sin interrupción y trayendo a su memoria todos los recuerdos ingratos que almacenaba en su cerebro, para utilizarlos como combustible en su hoguera de rencores. Entonces era intolerable. Mauricio, alarmado, trataba de contenerlo ejerciendo de consejero ineficaz.

—No bebas tanto. Ya sabes que te hace mal.

—¿A quién le hace mal? ¿A mí? ¿Y quién eres tú para aconsejarme, sarnoso?

Suárez, en silencio, vaciaba su copa de un sorbo, como si tuviera prisa en aturdirse. De improviso un acceso de tos lo congestionaba, hacía una mueca de desagrado y continuaba absorto en sus meditaciones.

Destino

LO habían visto los bosques del sur, las estancias heladas de Magallanes, los fundos pródigos de la zona central y la salvaje aridez de la pampa salitrera. En todas partes su brazo robusto y su coraje lo habían apoyado sin desmayar. Peón, fogonero o minero cuando había llegado la ocasión, Domingo Valencia no le temía a la vida. Parecía desafiarla. Inestable, inquieto, parecía empujado por una fuerza demoníaca hacia todos los caminos que se bifurcaban ante su mirada de gavilán en acecho. Su soledad de hombre libre, sin cadenas femeninas, le permitía ser rebelde y vagabundo, compartiendo su vida con la amistad o la violencia ajena. Se sabía rodeado de lobos y todos sus sentidos estaban siempre alertas para presentir el peligro. No le temía a la vida. Evitaba las discusiones, pero cuando la pendencia era inevitable, sabía usar sus puños endurecidos a través de los caminos y de las encrucijadas. Además, ahí estaba en la faja de su cintura el corvo protector, listo para ser requerido en los casos necesarios. Nunca se separaba de él. Cuando por un olvido no lo llevaba consigo, se sentía deprimido, débil, incompleto. Su corvo lo había sacado de muchos apuros a través de su vida inestable y agitada, sobre todo en el norte del país, donde la

Millán alargó el brazo robusto y cogiendo al sereno por la garganta lo arrastró hacia el interior del cuarto.

—Sírrete un trago—indio vendido—ordenó alargándole un vaso de pisco.

El hombre se resistió débilmente.

—Perdone, señor. No puedo.

—¿No puedes? Y la mano crispada de Millán atenazó la garganta del sereno. El hombrecillo, despreciable en su humildad, tomó el vaso y lo vació a sorbos, mirando con ojos temerosos el rudo gesto de su verdugo. Un grupo de curiosos había llenado el hueco de la puerta. Para todos aquello era un agradable espectáculo. En el mineral existía una franca hostilidad hacia los serenos, encargados de denunciar cualquier infracción a las severas reglas de la Compañía. Eran espías asalariados, reclutados entre elementos dispuestos a servir de verdugos de sus propios camaradas.

— Bueno— ahora anda a besarle los pies a tu amo— bramó Millán cuando vió el vaso vacío, y cogiendo al sereno por los hombros lo ubicó rudamente hacia la salida, propinándole como despedida un violento puntapié en la parte baja de la espina dorsal.

—¡Espías cochinos! vociferaba tembloroso por la cólera.

Después, mascullando maldiciones, se arrojó de bruces en el lecho. Mauricio y Suárez lo contemplaban en silencio.

—Ahora lo despedirán— comentó Mauricio con desaliento.

Pero, contra lo esperado, el incidente no tuvo consecuencias. El temor del sereno lo salvó por aquella vez.

*

* *

Con la llegada del verano empezaba dentro de la mina la época de las lluvias. Las galerías se llenaban de charcos y la humedad del aire atacaba a los pulmones. Muchos se enfermaban en esa época. Pasaban de la mina al hospital y del hospital al cementerio. Por la cuadrilla de Mauricio había pasado mucha gente. De los antiguos sólo restaban dos. Un minero viejo, que apenas podía rendir el minimum de carros exigidos y un buzonero joven que parecía sentirse muy a gusto perforando los tiros y gustando el acre olor de la pólvora quemada. Mauricio permanecía en contacto con ellos. Lentamente, entre los tres, sembraban la semilla de la propia estimación.

—Nosotros— les explicaba Mauricio— tenemos derecho a dejar de ser bestias a jornal. Necesitamos que se nos considere en nuestra calidad de hombres.

Los obreros lo escuchaban en silencio. Algunos asentían con la cabeza. Tenían conciencia de que eran explotados pero eran incapaces de comprender la forma de solucionar sus problemas. Mauricio se había transformado. El dolor en carne propia lo había despojado de sus prejuicios y egoísmos. Ahora no se diferenciaba exteriormente de sus camaradas. Era uno de ellos. A la hora de las comidas se reunían el viejo minero, el "buzonero" Zúñiga y Mauricio. El viejo se quejaba a menudo de dolores al pecho.

—Falta de aire, abuelo— le decía Mauricio. ¿No tiene hijos que le ayuden?

—No tengo a nadie.

Zúñiga era un muchacho ágil y hábil en el manejo de la dinamita. Sus ojos negros y vivaces le bailaban en las órbitas. Su conjunto sugería mezcla de inteligencia y audacia. Hablaba poco. Su palabra clara y precisa era como latigazo.

—No hay yanqui bueno — afirmaba. Chuqui, Potrerillos y El Teniente: purgatorio de los asalariados. Escuelas de servilismo.

Mauricio lo estimaba. Era un buen obrero y defendía su dignidad. El cabo de cuadrilla, un mestizo que exageraba su celo policial, lo había suspendido dos veces por contestarle en forma "indebida".

—¿Cómo deseará que lo trate este indio degenerado? comentaba el buzoner.

Una mañana Zúñiga se acercó al cabo de su cuadrilla.

—Oiga— le dijo fríamente. Se me quedó un tiro.

El reglamento en esos casos lo obligaba dar cuenta a un superior. El cabo hizo un gesto de disgusto. No le agradaba ir a inspeccionar tiros sin explotar, pero era su obligación. Debía esperar quince minutos y en seguida averiguar la causa de la falla. Consultó su reloj y prohibió acercarse al sitio donde existía peligro. Mientras tanto, Zúñiga se sentó en una piedra, y retrepado sobre la pared húmeda y goteante conversaba tranquilamente con Mauricio.

—Primera vez que se me queda un tiro— comentó con indiferencia.

Mauricio, de pie, anotaba en su libreta el número de carros vaciados. La producción era floja. El cobre no era solicitado en los mercados extranjeros, y por lo tanto la labor languidecía en los diferentes niveles. Transcurridos los quince minutos el cabo se dirigió hacia el sitio donde estaba el tiro fallado. Zúñiga permaneció inmóvil. Parecía escuchar una voz lejana o haberse petrificado. Mauricio dió algunos pasos en dirección al lugar amagado, para acompañar al cabo en su inspección.

Al advertirlo, Zúñiga se levantó de un salto y lo atrapó de una manga.

—¡No! ordenó mirando fijamente a Mauricio. No vayas.

—¿Por qué no puedo ir?

—Peligra tu vida— confesó Zúñiga como un soplo. El tiro tiene una guía de treinta y un pies, va a...

El resto de la frase se disolvió en medio de una violenta explosión que hizo temblar la mina. Los dos hombres se miraron. Ya estaba todo consumado.

—Has hecho mal— comentó Mauricio. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Lo merecía ese perro. No sé lo que haré. Tal vez me entregue— respondió el buznero alzándose de hombros con resignación.

—Sería lo mejor. Pero yo no sé nada ¿comprendes? Yo no sé nada. No puedo venderte.

La noticia se esparció por la mina. Los obreros corrían al lugar del accidente congestionando las galerías. El ingeniero de seguridad, un yanqui rubio y alto, llegó vociferando y abriéndose paso violentamente a través de la masa humana que le interceptaba el paso. Mauricio y Zúñiga se miraron. La tragedia ya estaba consumada. El capataz ya no era sino un puñado de fragmentos de huesos sangrientos y quemados, esparcidos en todas direcciones por la formidable fuerza vengadora de la dinamita.



Millán había experimentado un brusco cambio en su carácter. Ya no era el hombre alegre y jovial de antes. Se había vuelto sombrío y rehuía la conversación de sus compañeros con un visible gesto de disgusto en el rostro demacrado. Mauricio había

tratado de indagar el motivo de aquel cambio y sólo consiguió palabras evasivas. Terminado su turno se tendía en su camastro fumando sin descanso. Neurastenia— fué la conclusión que sacó Mauricio. Y no era otra cosa lo que atormentaba a Millán. El ambiente brutal y deprimente de la mina había terminado por agotar su vitalidad. La barba crecida acentuaba su aspecto de hombre derrotado. Bebía a menudo sin llegar a emborracharse y la mayor parte de su salario pasaba a manos de los contrabandistas de licor.

—Te estás matando— le dijo un día Mauricio. No puedes seguir así.

Millán lo miró como si no lo viera y habló como si no se dirigiera a él.

—Esta otra semana me voy. No aguanto más.

Mauricio sonrió con benevolencia. Cinco meses atrás el mexicano había hecho la misma declaración sentado al borde de su cama, y aun continuaba entre las garras de la mina.

—¿A dónde piensas ir?

—A cualquiera parte. Donde haya mujeres ¿sabes? Necesito una mujer— declaró mirando fijamente al muchacho.

—Ah. ¿Eso es todo?

—Eso es todo. Creo que es suficiente.

—¿Por qué no pides licencia y bajas a Rancagua?

—¿Para ir a buscar una sífilis? No, compañero. Necesito una mujer limpia.

—¿Piensas casarte entonces?

—¿Y a ti que te importa, idiota? ¿No puedes dejarme tranquilo? explotó súbitamente Millán, incorporándose con los puños apretados y el gesto amenazador.

Mauricio lo contempló asombrado. Luego, en silencio, abandonó el camarote y se asomó a la ventana que miraba hacia el horizonte. Desde la altura se dominaba un extenso panorama de cerros calvos, ardientes bajo el sol del verano. Más allá de esos cerros quedaban las ciudades amplias, limpias, con calles llenas de gente donde las mujeres ponían en el ambiente un soplo de carnal atracción. Acá, en el corazón de la cordillera, dentro de la mina, hombres sucios y harapientos se arrastraban dolorosamente a través de las galerías negras y mefíticas. Mauricio recordó el día de su llegada. Le parecía tan lejano que se extrañó de recordarlo nítidamente. La mujer en el vagón de tercera clase dándole el pecho flácido a un niño llorando, doña Lucinda, amable y bondadosa, el viejo de la armónica, el cabo Peralta, el buzonero Zúñiga y otros. En lento desfile pasaron por sus recuerdos rostros que nunca había vuelto a ver. ¡Qué extraña era la vida! El mismo, Mauricio Gana, pronto no sería otra cosa que un fugaz recuerdo en la vida de sus camaradas. El azar lo había llevado hasta la mina. La vida áspera del mineral lo había transformado en un hombre rebelde y su amor a los humildes, a los hombres que se arrastraban en las sombras, lo amarraba a esos parajes con una fuerza extraña. No podía abandonar a sus camaradas. Ahí, cerca de ellos, podía sembrar su semilla de redención.



Suárez decaía visiblemente. La enfermedad que roía sus pulmones avanzaba lenta y segura. Más pálido y débil que nunca, había caído en un marasmo silencioso del que sólo salía para quejarse blandamente.

—Esto va cada día peor— era su estribillo habitual. Si me muero, le avisan a mi madre.

El mexicano presentía su fin próximo, pero parecía resignado. Por los pasillos húmedos y asfaltados, su silueta alta y flaca era sólo una sombra. Mauricio buscaba palabras de aliento para reanimar al camarada, pero sólo atinaba a decirle: Ya se le pasará. Aquí el aire es puro.

—¿Puro? ¿Aire puro dice usted? ¿Aire puro dentro de la mina? Aire podrido querrá decir. Donde no hay sol no hay vida, compañero. La mina ha terminado de aniquilarme. Ahora es demasiado tarde para marcharme. No hay remedio.

Cuatro días después, en el turno de amanecer, Suárez sufría una violenta hemoptisis. La sangre se escapó de su boca como de un grifo abierto, vaciló un momento y cayó de bruces sobre el fango de la galería. Con el rostro enlodado, la ropa manchada de sangre, tartaleó procurando caminar. Apoyado en el brazo de un camarada abandonó la mina, a la que nunca más volvería a entrar. Murió a la noche siguiente en el hospital del campamento. Mauricio, apesadumbrado por el desaparecimiento de su compañero, se encargó de escribir a la madre del mexicano. Largo rato permaneció indeciso frente al papel, con el lapicero en la mano y el ceño fruncido. Le era doloroso escribir a esa viejecita desconocida comunicándole la muerte del hijo que tal vez esperaba día a día. ¿Qué inquieta esperanza lo había inducido a abandonarla para recorrer el mundo? ¿Qué señuelo lo deslumbró con su engañadora fantasía para arrojarlo al vientre negro de la mina? Después de penoso cavilar la carta quedó terminada. El lecho vacío de Suárez conservaba aún el olor de su cuerpo y su casco de seguridad pendía de un clavo en una inútil espera de su dueño. Millán parecía haber despertado de su marasmo con la muerte de Suárez. Sentado al borde de la cama,

con el cigarrillo humeante entre los dedos, reflexionaba en silencio.

—Donde vino a morir —dijo pensando en voz alta. Pobre mejicano. La vida nos hace una jugada y se acaba todo.

En lo sucesivo evitaron acordarse del camarada muerto, pero la sombra amiga del muchacho se filtraba en sus pensamientos, aunque no se percataran de ello.

Dos días más tarde un nuevo alistador llegó a ocupar la plaza vacante. Eligió el mismo catre que había ocupado Suárez. Era un hombre ordinario, hosco, de dientes podridos que apenas descubría al hablar. Grosero y soez, escupía a menudo humedeciendo el piso y las paredes, y en las noches, para no levantarse a los urinarios, dejaba a la cabecera de su catre un tarro pequeño que muchas veces se olvidada de vaciar por las mañanas, impregnando el camarote de un insoportable olor a letrina. Decía llamarse Julio Neira.

—Oiga, compañero —le advirtió Millán una mañana. Si no bota su tarrito se lo voy a botar yo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no hacís la prueba al tiro?

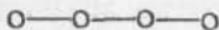
Millán, irritado, hizo ademán de coger el tarro, pero Neira, furioso como un toro provocado, le cerró el camino barbotando injurias. Antes de que Mauricio pudiera intervenir, Millán le dió un puñetazo en la mandíbula. Neira era fuerte y rechazó el ataque. Los puños, veloces y certeros, hacían saltar la sangre de los combatientes. Con un rápido esguince, Millán esquivó un puñetazo de su contendor que se incrustó violentamente en la litera baja. Millán, como un perro de presa, se abalanzó hacia el caído y trató de sacar ventaja frente a la posición de su adversario, pero éste, de un violento puntapié en la barriga lo detuvo en su intento. Más fuer

te que Millán, logró imponerse nuevamente. Mauricio, desde un ángulo del camarote, seguía las incidencias de la lucha con los nervios en dolorosa tensión. Algunos curiosos invadieron el cuarto. Millán, agotado, sólo atinaba a defenderse con torpeza, escudando su cara con los puños cerrados. Un último puñetazo en la boca lo hizo caer vencido. Neira, mostrando los dientes podridos, murmuró mirándolo con desprecio.

—Miren qué niñazo. Quería botarme el tarrito.

Después se acostó tranquilamente. Millán, magullado y adolorido, se dejaba atender en silenciosa resignación por la fraternal ayuda de su camarada. El nuevo huésped se hacía insoportable y Mauricio llegó a temerlo al descubrir que ocultaba un puñal en el bolsillo trasero de su pantalón. Pero aquella situación no se prolongó mucho. Una mañana vieron con satisfacción que Neira liaba sus bártulos. Había solicitado su transferencia a otro nivel y se marchó mascullando amenazas y prometiendo que pronto volvería en compañía de un tarro parafinero.

—¿Quién irá a venir ahora?, preguntó Mauricio a su camarada.



La llegada del invierno acentuó el mal humor de Millán. De nuevo los cerros se habían vestido de blanco con una nevada prematura, confinando a los hombres dentro de la sórdida miseria de sus camarotes, después de las labores diarias. Terminado su turno Millán se metía en su camastro sin hacer caso de Mauricio que lo observaba con silenciosa comprensión. Una tarde, al volver a su camarote, encontró a Millán arreglando su maleta. Aquello le pareció extraño.

—¿Qué estás haciendo? le preguntó intrigado.

—Ya lo ves. Estoy arreglando mi maleta. Mañana me voy.

—¿Qué estás diciendo, estás loco?

—Estoy más cuerdo que nunca, por eso me voy. He soportado mucho tiempo toda esta mugre. Estoy harto de los gringos, de la mina, de los capataces y de toda esta porquería. Ahora me marchó. ¿Te acuerdas del mejicano? No quiero que la mina acabe conmigo.

—¿Por qué no me lo habías advertido?

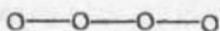
—Me decidí hoy. Ya hablé con el ingeniero. Aquí tengo el papel de "arreglo" —terminó alargándole un formulario rectangular.

—¿A dónde te vas, Millán?

—A cualquiera parte. Vámonos juntos, ¿qué diablos sigues haciendo aquí?

—No. Todavía no. Te vas en mala hora. No alcanzarás a ver el fruto que he sembrado.

No hablaron más. Al otro día, Millán, feliz como un colegial en vacaciones, trepó de un salto al tren que lo rescataba a la vida libre y amplia de la ciudad.



El malestar crecía entre el elemento obrero. La Compañía se había negado a subir los salarios y en todos los corrillos las palabras ácidas salpicaban las conversaciones. Bastante habían soportado. Ya era hora de alzar la cabeza. Mauricio multiplicaba sus actividades. Sin buscarlo había llegado a ser el caudillo del movimiento que se preparaba, que se agitaba como un embrión en el vientre fecundo de la mina. Los obreros veían en él a un hombre superior, y ante su palabra cálida y serena reaccionaban brusca-mente. Lo escuchaban en silencio, en la complicidad cerrada de los camarotes o al aire libre de la mon-

taña. El malestar ascendía como una marea poderosa, densa y consciente.

La Compañía, valiéndose de todos los medios, trataba de hacer abortar cualquier movimiento que perjudicara sus intereses. El espionaje de los serenos se hacía insoportable. Por todas partes se les veía alargando las orejas para percatarse de las conversaciones, acercándose hipócritamente a los grupos que enmudecían con su contacto viscoso.

Desde la partida de Millán, Mauricio sentía que le faltaba algo. Había llegado a serle indispensable la presencia locuaz o muda del camarada fraternal. Ahora empezaba a pesarle sobre sus hombros jóvenes la pesada carga de conductor de hombres que le habían impuesto las circunstancias. La masa se dejaba guiar por sus propios impulsos y costaba trabajo impulsarla por el verdadero camino que los llevaría al triunfo. La prolongada espera los irritaba y el sabotaje se extendía a todos los talleres y a las labores dentro de la mina. Los acontecimientos se precipitaban velozmente. Era imposible pedir calma a esa masa ebria de entusiasmo, consciente de su propia fuerza. Las faenas de la mina se paralizaron antes de la fecha prevista, como respuesta a la actitud arbitraria e intolerable de la Compañía.

Los obreros abandonaron sus faenas arrojando sus herramientas de trabajo con los ojos brillantes y los labios apretados en una muda imprecación. Por las galerías de la mina, cientos de hombres andrajosos buscaban la salida. Las lámparas oscilantes alumbraban aquella extraña procesión de hombres silenciosos, pero en cuyas pupilas ardía la decisión. La boca negra de la mina vomitaba su cargamento humano, sucio y explotado. Las galerías silenciosas y vacías semejabán catacumbas abando-

nadas. Las tinieblas se habían apoderado de la mina a medida que los obreros se alejaban con sus lámparas. El monstruo negro se mostraba así más aterrador. Bastaba que los hombres se negaran a trabajar para que todo aquello tomara aspecto de sepulcro. Ya no explotaban los dinamitazos estremeciendo el cerro y haciendo oscilar la llama de las lámparas y ya no se escuchaban los gritos de alarma y prevención que hendían el aire de las galerías húmedas. Los "buzones" habían enmudecido y las vagonetas abandonadas, inmóviles, esperaban en vano el brazo robusto que las empujara hasta las bocas insaciables de las buitras. La mina estaba muerta.

Una lucecilla iluminó débilmente el fondo negro de las galerías. Un hombre avanzaba con precaución, sorteando los obstáculos del camino. Era Mauricio. Fué el último en abandonar el vientre de la mina. Su rostro sereno, pálido, irradiaba la paz de su mundo interior. Se sintió fuerte y grande. La semilla sembrada había dado su fruto. Sin quererlo evocó al muchacho asombrado y tímido que penetró temblando a la mina por primera vez, mucho tiempo atrás. No se reconoció en aquel otro "yo" desaparecido. Su nueva personalidad formada al contacto doloroso con los de abajo, se resistía a aceptar como algo suyo a ese pasado oscuro y estéril que se asomaba a sus recuerdos.

Después, ágil y seguro, fué a reunirse con sus camaradas.

Explotados

A la memoria de Luis Senkovic Beovic.

DESDE un ángulo de la amplia oficina, el jefe, retrepado en su sillón, hace vagar los ojos sobre los treinta hombres encorvados sobre sus mesas de trabajo mientras el tableteo de las Underwoods y el molinillo de las calculadoras se confunde con la estridencia de los teléfonos.

El señor Zolano, nuestro jefe, alarga las piernas por debajo de su escritorio, cruza las manos sobre la barriga y queda mirando hacia el techo con la frente fruncida como si resolviera un arduo problema. Pero no piensa. Es su gesto habitual. Para disipar el ocio se sumerge en el agua turbia de sus recuerdos. Aceitunado, obeso, sus ojillos duros y crueles se protegen detrás de los gruesos vidrios de sus lentes, moviéndose continuamente como dos pecillos en un acuario. Sobre su cabeza, a la altura del techo, un timbre suena a la sordina. El señor Zolano salta de su asiento como impulsado por un resorte. Es el llamado de su amo. Ágil, a pesar de su obesidad prematura, desaparece por la puerta lateral para recibir órdenes frente al escritorio de Mr. Duncan, un americano sencillo y colorado, con as-

pecto de muchacho grande y robusto. Es la antítesis de nuestro pequeño mamarracho criollo, atildado y orondo, cuidadoso de los pequeños detalles de su persona, del zapato brillante y del color de su corbata. A pesar de su rudeza, de su desprecio hacia todo lo nativo, admiro a Mr. Duncan. Tiene razón en despreciarnos. ¿Cómo no sentirse un hombre superior estando rodeado de un pequeño rebaño de hombres morenos, delgados, insignificantes, que se curvan a su paso o se estremecen ante su mirada azul?

Apenas desaparece el jefe por la puerta lateral, Bruna, mi vecino, levanta la cabeza y me mira haciendo un guiño.

— ¡Mucho trabajo?

— Como siempre — respondo estirando la espina dorsal.

— Estoy abrumado — comenta sin mirarme. El día menos pensado lo largo todo al diablo.

Tamborilea con su lápiz en el borde del escritorio. Luego descansa con un bostezo. A mis espaldas, la tos de Prado, ahogada por el pañuelo sobre su boca, no cesa de golpear. Sin mirarlo lo veo tras de mí, con su gesto habitual, flaco, la piel amarilla pegada a los huesos, el pelo lacio cayéndole sobre la frente y devolviéndolo hacia atrás con un leve movimiento de su cabeza diminuta. La tuberculosis le roe los pulmones como una rata. Siento piedad por este muchacho de aspecto triste, emotivo, dulce o irascible, según el estado de su ánimo. Su palidez me infunde miedo. Creo que en poco más podremos mirar a través de la piel el esqueleto de su cuerpo.

— Cuidado con "Bolita", — susurra la voz burlesca de Bruna.

"Bolita" y el señor Zolano son una misma persona. Orondo, sonriente, satisfecho de sí mismo, ocu-

pa nuevamente su sillón, coge una lapicera, traza algunos signos y vuelve a estereotipar su cara en el gesto agrio que le corresponde.

*

* * *

El invierno es crudo. Afuera llueve con fuerza. He llegado más temprano que de costumbre y me acerco a la ventana que mira hacia la calle. El agua forma charcos de color chocolate en el pavimento roto de la calle. Los caños de desagüe vomitan como borrachos al borde de las veredas. Apresurados, los empleados desembocan por las calles hasta converger frente a la puerta de rejas de la oficina. Trepan ágilmente la escalinata exterior y pliegan el paraguas chorreante. Algunas mujeres, enfundadas en sus impermeables o bajo el pequeño hongo de sus paraguas, avanzan rápidamente con sus pasitos menudos, como pajarillos. Aun no sale el sol. La mañana opaca y fría produce malestar. Desde la ventana observo en silencio a todos esos hombres, hermanos míos, compañeros míos, enfundados en sus abrigos deshilachados, y me contemplo a mí mismo en ellos, luchando para obtener lo indispensable, para subsistir a cambio de nuestro esfuerzo, de nuestras energías intelectuales y de nuestra dignidad de hombres. Veo a Prado sortear los charcos pardos, con el cuello del abrigo subido hasta las orejas, defendiéndose de la lluvia. Por el movimiento de su cuerpo adivino que tose. El reloj da ocho campanadas. Abandono mi observatorio y tomo colocación frente a mi mesa. Antes alcanzo a divisar a algunos retrasados que trotan pesadamente bajo la lluvia. "Bolita", con maligna complacencia, se ha colocado frente a la puerta de entrada para sorprender a los atrasados. Su gesto duro tiene una sonrisa sánica. Se complace en sorprender el gesto tímido de sus subalternos. Se vé que se siente un hombre in-

finítamente superior en cuyas manos está el porvenir de aquellos hombres y el bienestar de sus familias. Apenas mueve los labios para contestar el saludo de los que llegan. La señorita Blanca, nuestra compañera, ruborizada y sonriente, lo saluda con una graciosa inclinación de cabeza. La cara de "Bolitita" se transforma. Afloran a la superficie los ocultos deseos del sátiro. Su frente se desarruga, su boca se alarga en una sonrisa protectora y por su cuerpo corre un fluido malsano que le colorea la nuca. Bruna se indigna.

—Mira —me dice—, el guatón feo como hace el bonito. ¿Qué se habrá figurado?

Bruna es el novio de Blanca, o al menos pretende serlo. Saben que no podrán casarse mientras el muchacho no gane lo suficiente para sostener el hogar. Porque —me ha confesado Bruna— cuando yo me case no permitiré que mi mujer trabaje. Mucho menos aquí. He visto muchas cosas, compañero. Y ese viejo sátiro me causa asco.

La labor diaria se reanuda con semejanza desesperante. Las Underwoods empiezan a martillar-me el cerebro, las calculadoras muelen las cifras y los teléfonos chillan incansables. De nuevo escucho la voz agria de Peña.

—Aló. Peña habla. No pregunte leseras, compañero.

Y el golpe brusco del receptor sobre el sostén del pie. La misma tarea rutinaria, el ambiente deprimente y el escaso sueldo han terminado por agriar el carácter de este muchacho alto, pálido, enfundado en un viejo terno azul que brilla en las espaldas y en el trasero zurcido. Cuando sale a la calle se echa encima un abrigo café que apenas le cubre las rodillas. Entonces parece un colegial crecido. Ahora coge el lápiz entre los dientes y empieza a morder-

lo como si fuera un caramelo. Después enciende un cigarrillo y se retrepa en su silla con un gesto de desaliento. "Bolita" lo observa desde un ángulo de su escritorio.

—Cuidado —le sopla Bruna. Te está observando.

Peña escucha, pero no hace caso de la advertencia. Echa atrás la cabeza, aspira una bocanada de humo y la arroja lentamente por la nariz, con un gesto de voluptuosa complacencia.

—¡Guarda! —lo alarma Bruna. Guarda con "Bolita".

Peña lo mira tranquilamente.

—¿Qué me puede decir? comenta. Nada. Yo no hago nada y él tampoco. Estamos en igualdad de condiciones. Si me llama la atención le voy a cantar claro. Ya no soporto más. O me aumentan el sueldo o me marcho. Si no...

El teléfono le corta el discurso. Coge el aparato y acerca la boca al embudo.

—Aló. Peña habla. ¡Siempre lo mismo! No, no hay.

*

* *

—Oye —me ha dicho Peña. ¿Quieres ascender?

—Claro, hombre. ¿Por qué me lo preguntas?

¿Crees que pienso pudrirme en este mismo asiento a cambio de unos miserables pesos? Te equivocas si me consideras un asno.

—Bueno, hombre. No te enojés. No es para tanto. Te hice esa pregunta para darte un consejo.

—¿Puedes terminar pronto, cangrejo?

—Bueno, animal. Si quieres ascender tienes que hacerte masón. Si, hombre. No me mires con esa cara de idiota. Hazte franc-ma-són. ¿Sabes lo que es eso?

—Naturalmente, pero no encuentro relación entre la masonería y la tarea que desempeño. Yo pres-

to mis servicios a cambio de un salario estipulado y tengo derecho a ascender por mi propio esfuerzo. Al diablo con tus consejos.

—Eso es lo que crees tú. ¿No existe relación entre los señores de los tres puntos y la tarea que desempeñas? ¡Te equivocas! Hay una relación redonda, morena, ignorante, zafia y adulatora que te vigila y trata de ver todo lo malo que existe en ti, que exagera tus debilidades de hombre para beneficiarse ante los ojos ajenos. ¿Comprendes?

—No, no entiendo. Creo que te expresas en un sentido figurado, ¿no es eso?

—Sí. Eso es.

—Bien, Explicáte. Llama a esa relación por su verdadero nombre o defínela en forma comprensible.

—Esa relación se llama "Bolita".

—¿Qué? ¿"Bolita", dices? No. No es posible.

Digo esto con verdadero estupor, a pesar de que ya estamos acostumbrados a las noticias sensacionales. Así, hace poco descubrimos que uno de los jefes norteamericanos había sido boxeador en su tierra antes de ejercer su tiranía en la empresa. Otro ha sido policía y no ha podido abandonar los hábitos y costumbres del oficio.

—¡Ja, ja, ja! "Bolita" francmasón. Esto es para reventar de risa. Me agradaría verlo en las sesiones y escuchar la vacuidad de sus palabras ante la admiración de sus colegas. Debe ser un espectáculo maravilloso. ¿De qué hablará este portento? ¿Qué ideas desarrollará su mentalidad grasosa de hombre bien comido que sólo conoce los libros desde el lado exterior de las librerías?

—A lo mejor habla de la solidaridad humana y de la comprensión entre jefes y empleados.

—O de la dignidad personal.

—¡Ja, ja, ja! ¡“Bolita” francmasón!

La noticia se escurre como mancha de aceite. Ya todos saben el camino para lograr un ascenso o mantenerse en su puesto cuando soplan vientos de “cesantía”. Peña, gozoso, ríe con toda su alma.

—¿Sabías tú que Voltaire fué masón? Bueno. Ahora hay un nuevo nombre ilustre y célebre en la tortuosa historia de los hombres del triángulo: “Bolita”.

*

* *

El precio del cobre ha subido en el mercado mundial. La mina ha elevado la producción. El trabajo aumenta y el papeleo se hace insoportable. Las ocho horas diarias no bastan para dar fin al trabajo y la Compañía se niega a pagar sobre-tiempo pretextando la mala situación. ¿Mienten los diarios o miente la Compañía? Creo que ambos mienten. Ciertos diarios —pienso— sólo sirven para envolver u otros fines más prosaicos. Son tan vacíos, tan pobres, tan apegados a los moldes antiguos, tan serviles, tan inexactos, que da pena leerlos. Lo que no me cabe duda es de que la empresa, con la baja del cambio ha inflado sus ganancias. A los “nativos” nos arrojan las migajas. Tal vez lo merecemos. Hay tanta bajeza, tanta repugnante pasividad entre los empleados, que no sé si aplaudir la actitud de la Compañía o rebelarme por todos.

Franović se inclina hacia mí, posándome su mano amplia y fraternal en la espalda.

—Oye —me ruega bajito—, préstame dos pesos.

Lo miro y me encuentro con sus ojos claros, mansos, expresivos, aguardando mi respuesta. Hurgo en mis bolsillos temeroso de no poder servirlo. Encuentro lo que busco y le alargo dos monedas relucientes. Las coge con cuidado y las esconde en el bolsillo de su chaleco.

—Es para cigarrillos —me explica con una sonrisa. El sábado te los devuelvo. Y se aleja en puntillas con el peso del cuerpo echado hacia adelante, como si pisara sobre huevos. Lo veo desaparecer por el hueco de la puerta que lo lleva a su departamento, pero su imagen queda danzando delante de mí. Franović es, además de compañero de trabajo, mi camarada de pensión. Juntos hemos vagado por los bares, hemos esperado el amanecer lechoso envueltos en el humo de cigarrillos baratos y hemos compartido la bohemia noctámbula en los cafés y en los prostíbulos de la calle Gamero. Lo ayudo y me ayuda. Recuerdo nítidamente el primer día que lo conocí. La dueña de la pensión me lo presentó.

—El señor Franović —me dijo—, su nuevo compañero de pieza.

Nos apretamos las manos. Alto, grueso, robusto, su rostro eslavo se acusaba en el fuerte mentón.

—Vengo del sur —me dijo sencillamente. Después sellamos nuestra amistad en un bar. Hombres de todas clases bebían la cerveza espumeante o el vino amargo y tinto. Algunos borrachos destemplaban con sus voces la melodía de la orquesta. El "chansonier", de pie sobre el tabladillo, machacaba un tango de moda. No sé por qué aquella música me ponía triste. Tristeza de hombre solitario que no se encuentra a sí mismo. El humo de nuestros cigarrillos nos envolvía en su calina azul. Frente a su vaso, Franović callaba. Bebimos en silencio la cerveza fría. A la tercera botella se nos desató la lengua. Franović me habló de su familia, de sus amigos, de las tierras nevadas de Magallanes, de sus ansias por conocer el norte del país. Yo le confesé mis incertidumbres, mis desalientos, mi pesimismo frente a la vida, mi inutilidad para triunfar en cual-

quier cosa. Nos comprendimos. Así es la vida. Ayer no sabía que en el mundo existía un muchacho que se llamaba Franović. Hoy es mi mejor amigo. La mayoría de mis amigos los he conseguido así, frente a un vaso de licor. Con el vino el hombre se desnuda, muestra su interior sin velos, sin la careta de la hipocresía o de la desconfianza controlada por el cerebro despejado.

La voz burlona de Bruna me retorna a la realidad.

—¿Te quedastes dormido?, me pregunta. ¿En qué estás pensando?

—En nada —contesto—, y cogiendo la lapicera empiezo a escribir rabiosamente para recuperar el tiempo perdido.

*

* *

Peña ha llegado borracho esta mañana. Al pasar a mi lado me hace un guiño significativo y se deja caer pesadamente en su asiento. Los ojos enrojecidos por la traspasada casi se le cierran de cansancio. Temo que haga alguna impertinencia y lo despidan. Me acerco hasta él, hago como que observo una tarjeta y le digo en voz baja.

—Cuidado. Parece que "Bolita" te notó.

—Bueno, ¿y qué? Si me despiden me marchó. ¿Sabes por qué me emborraché? No. No lo sabes. Tenía necesidad de hacerlo. Es una inyección para olvidar esta porquería. Cuando veo a un gringo que pasa en su auto y miro mi ropa deshilachada me dan ganas de hacer una burrada. ¿Por qué nos desprecian, te digo yo? ¿Por qué no nos pagan lo que merecemos? ¿Es justo esto te pregunto yo?

Me mira aguardando mi respuesta, con los ojos enrojecidos y brillantes por las lágrimas que quieren saltar hacia la luz.

—No, no es justo—le respondo—pero hay que aguantar. ¡Que diablos! la vida está mal hecha y no podemos cambiarla de un golpe. Quizas más tarde. . . puede cambiar . . . no será lo mismo.

Digo esto sin fe. Nada podrá cambiar. El empleado será siempre explotado aquí y en todas partes. Estamos hundidos. Somos vasallos del capitalismo extranjero. Los gobiernos y las autoridades contribuyen con su conducta pasiva o cómplice a afianzar la soberanía del extranjero sobre la masa del país. No odio a los hombres de otra nación. Sólo odio sus injusticias. Para ellos sólo somos el "dirty native" que nada merece porque nada pide. Y cuando pide se le niega todo.

El boy de la oficina se acerca a nosotros.

—El señor Zolano lo llama—dice dirigiéndose a Bruna. Este afecta admiración.

—¿A quién?, ¿a mí?

—Sí, señor, a usted.

—¿Para qué me necesitará ese mamarracho?

Rápido, atraviesa la sala sorteando los escritorios y llega frente a "Bolita". El jefe lo mira severo y le espeta un discurso. Veo a Bruna que protesta vivamente. El señor Zolano lo despide con un gesto. Bruna pasa a mi lado, rojo por la cólera, sin mirarme, y se hunde en su silla. Lo miro de reojo. Las orejas le arden y mueve los labios como si hablara solo. Debe de estar mascullando injurias. Poco a poco se serena. Después me explica.

—Me llamó la atención porque llegué atrasado dos minutos. Blanca llegó cinco minutos después y la recibió con una sonrisita de sátiro. ¡Viejo cochino!

Giro la cabeza y alargo los ojos sobre las cabezas encorvadas para ubicar a Blanca. Nuestras miradas se cruzan. Lo ha observado todo y parece

intranquila. Sus grandes ojos pardos me consultan con una muda interrogación. Sonríó con un gesto de optimismo. Sé que Blanca sufre con la situación en que se encuentra. El jefe la asedia pero ella ama a Bruna. Dos meses atrás el señor Zolano le aumentó el sueldo y le hizo promesas de futuro mejoramiento.

—Usted es una buena empleada— le dijo— y merece mucho más. Después, haciendo el galante, agregó. Es una hermosa flor en medio de estos cardos. Los cardos éramos nosotros. Viejo cochino, frecuentador de lupanares. ¿Qué diría su mujer si supiera los milagros de su "Bolita"? Se vé claramente que trata de eliminar a Bruna, de librarse del obstáculo que le impide saciar sus apetitos. Bruna me explica furioso.

—Se va a quedar con las ganas. Cuando ve a Blanca se le cae la baba. ¿Te has fijado como le mira las piernas y la desnuda con los ojos cuando pasa junto a él? No me aumenta el sueldo para que no me pueda casar. Pero se equivoca. A fin de año me caso, aunque me muera de hambre— termina mirándome fijamente como si yo tuviera culpa de aquello.

—Bien, bien, te felicito— le digo y le palmoteo la espalda. El teléfono de Peña suena inútilmente. El timbre me rasguña los nervios y vuelvo la cabeza con disgusto pensando que Peña puede estar dormido. Su escritorio está vacío. Me levanto y cojo el fono. Una voz conocida me contesta a través de la distancia.

—Soy yo, renacuajo.

—¿Quién?

—Peña, hombre. Peña. Estoy en el "Latorre". Si preguntan por mí les dices que me morí. Que manden coronas a mi entierro. Je, je, jé.

—Buena la has hecho— le digo alarmado. Trataré de reemplazarte.

No alcanzo a descifrar sus últimas palabras.

*

* *

La labor se me hace cada día más pesada. Siento el cerebro cansado y los números me bailan en la cabeza. Hago esfuerzos por aparecer normal pero sólo consigo agotarme. Creo que estoy enfermo. Me he vuelto irritable y debo dominarme para no estallar cuando me molestan. Bruna me observa de reojo y se ha atrevido a hacerme una pregunta.

—¿Qué te pasa hombre? Ya no se te puede hablar.

—No me pasa nada.

—¿Y entonces qué? ¿Estás enamorado?

La pregunta me hace cerciorarme súbitamente de mi soledad afectiva, pero recuerdo con disgusto las falsedades de las muchachas honestas. Además, tienen la cabeza vacía. No. Me equivoco. La tienen llena, pero de ambiciones insensatas o de ideas pueriles. Pienso que tal vez una mujer me haría cambiar. Pero tengo temor al hastío que me acecha en todas partes y en todos los rincones de mi cuerpo enflaquecido. Además, una mujer es un ancla para el hombre libre. Mi sed de viajes, la atracción de lo desconocido, me impide acercarme a una mujer. Y no sabría que decirle. No me comprendería. Mis palabras son amargas, demasiado humanas para decirselas a una muchacha cualquiera, acostumbrada a la charla insustancial de los gomosos que las persiguen y a los ademanes almibarados de los actores de cine.

—¿Estás enamorado? repite Bruna a mi lado.

—No, no es eso. No sé lo que me pasa. Debe ser ésto— le respondo abarcando con un gesto de mi mano mi mesa llena de papeles.

Es estúpido todo lo que he pensado de las muchachas honestas. Soy indigno de ellas. Eso es todo.

*

* * *

Día sábado. Día de pago. Los empleados ganamos salario diario. Nunca me he explicado el por qué de este procedimiento, pero es así. Con ello sale ganando la Compañía, pues nos descuentan los atrasos, las horas o días no trabajados, aunque sea por causas justificadas. El "time is money" es aplicado arbitrariamente. Cuando el pagador asoma la cara sonriente en el umbral de la puerta, con el maletín repleto de billetes, los rostros de los empleados se iluminan. Con la tarjeta de giros en la mano se abalanzan a la mesa como buitres hambrientos sobre la carroña. Cuentan el dinero con avidez, retornan a sus escritorios, cogen un papel y anotan las cifras de sus gastos. Las caras se ensombrecen, el ánimo decae y las palabras se hacen mordaces. Siempre hay déficit, sobre todo en el presupuesto de los casados. Aquel, no podrá comprar el par de zapatos que tanto necesita; este otro tendrá que llevar por muchos años aún el mismo gabán deshilachado. Peña no podrá comprarse un terno nuevo. Prado seguirá tosiendo hasta que reviente. Bruna no podrá casarse. Yo no podré comprarme un colchón ni un escritorio. Seguiré durmiendo en cama ajena y escribiendo en mi mesita incómoda, cubierta de libros y papeles. En cambio, los de arriba, "Bolitita" y los demás podrán beber champaña y acostarse con las mejores mujeres, podrán ir en auto a Santiago y cenar en los mejores cabarets al lado de mujeres elegantes y complacientes. ¿Por qué pienso todas estas cosas? ¿Pensarán todos lo mismo o soy yo el único estúpido que me esfuerzo en atormentarme con estos razonamientos? Bruna me golpea el hombro.

—Oye. Págame los diez pesos. Me falta plata para la pensión.

—Ah, sí. Se me había olvidado. Perdona.

Me queda mirando en silencio, como si me dijera ¿Qué tengo que perdonarte? Bruna es un buen muchacho. Merece a Blanca.

Franović llega silenciosamente con su eterno pitillo entre los labios. Me alarga los dos pesos que me adeuda.

—Gracias— murmura. A la salida te espero. Y se va en puntillas. ¿Por qué me ha dicho "a la salida te espero" cuando siempre nos vamos juntos hasta nuestra pensión? Creo adivinar de que se trata. Lo sigo con los ojos hasta que se lo traga el hueco de la puerta. Los días de pago la oficina se anima durante la mañana. Es el día de las cobranzas, de los pagos, de las excusas por el retraso, de las colectas para un enfermo, de la lotería chica y de la infaltable rifa. Todos se ingenian en rifar algo que les deje un poco de utilidad para cubrir una deuda o deshacerse de algo superfluo.



Esta mañana ha ocurrido un hecho desagradable. Peña ha reñido con Fuentes y se han dado de puñetazos en la letrina. Este último ha imputado al primero ser el autor de algunos insultos que aparecen en su contra en las murallas de las letrinas. Peña negó, juró y fué el primero en golpear. Fuentes es el niño mimado del señor Zolano. Es un bicho repugnante. Su cara de mico se alumbra con una ancha sonrisa delante de cualquier superior. Tiene alma de esclavo. Moreno, bajo, magro, se arrastra como reptil, espía a sus compañeros e inventa historias para halagar al jefe. Las murallas de las letrinas están plagadas de insultos en su contra. Aislado, sus dos o tres amigos son otros bichos que le siguen sus ma-

los pasos. Todos lo detestan, pero parece también que temen a su lengua envenenada. Peña le dió su merecido. De una bofetada en su nariz chata lo hizo vacilar. Se cambiaron algunos golpes, pero Fuentes llevó la peor parte. Vencido, gruñó algunas amenazas mezcladas con excusas. Peña no lo escuchaba y le cerró el hocico con una última bofetada. Pero la cosa no terminó ahí. Fuentes, sangrando, fué a buscar a "Bolita", lloriqueando como un colegial. Peña ha sido suspendido de su empleo por quince días, después de haber sido ágricamente amonestado por el señor Zolano, que consideró el incidente como una grave falta contra la disciplina. Estaba indignado por la paliza suministrada a su protegido. Antes de irse Peña me agitó la mano.

—¡Le pegué en el hocico! me dijo entusiasmado, sabiendo que eso me agradaba. Ahora me voy a descansar. Ji, ji, ji.

Fuentes, cohibido, se hundió en su sillón sin levantar la cabeza, evitando las miradas burlonas de sus camaradas vengados.



El invierno avanza entumiéndonos las manos. Las estufas a vapor no funcionan. El calor se reparte en el piso bajo y no llega hasta nosotros. Prado tose incesantemente y se frota las manos. Lo miro y me causa lástima. Está verde. Las mejillas hundidas, el cuello largo y delgado, la nariz perfilada, le dan un aspecto de hombre muerto. Está destruido. No soportará mucho tiempo. Temo que revienta a mis espaldas. Apenas habla. Muchos evitan acercarse a él y el jefe le ha prohibido que hable por teléfono para evitar el contagio y hacerle comprender que su presencia le disgusta. Se siente observado y me doy cuenta de su sufrimiento.

—Oye —le digo— parece que te has resfriado.

—Sí— me dice— es el frío. Me hace mal el invierno.

—¿Has visto doctor? indago suavemente.

—Sí. Ayer.

—¿Qué te ha dicho?

—Que me cuide. Me recetó aspirinas y salicilato.

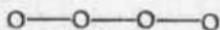
—¿Quién fué ese portento? no puedo dejar de preguntarle con estupor.

—El doctor Aras— me contesta.

—Ah,— digo.— Ese es un matasanos sin conciencia.

Algunos doctores de la Compañía creían un deber hacer trabajar a los empleados hasta el último momento. Me duele ver a este hombre joven muriendo poco a poco a mis espaldas. Lo que le falta es descanso y buena alimentación.

—¿Cómo puede conseguir eso si apenas gana para no morir de hambre con su mujer y dos niños? Esto es doloroso, sí, doloroso, terriblemente doloroso y no tiene remedio. Aquí estoy yo, al lado de este hombre que se muere y no puedo hacer nada por él. Me dan deseos de abrazarlo y llorar junto a su cadáver que aun vive. Me muerdo los labios y permanezco en silencio, sin hallar que hablar, sin encontrar una palabra de consuelo. Prado se lleva el pañuelo a los labios para ahogar un acceso de tos y lo retira teñido de sangre. Lo dobla cuidadosamente para que yo no lo vea. Pero ya es tarde. Y aunque no lo hubiera visto ¡pobre amigo! no necesito ver tus pulmones deshechos para saber que te pudres poco a poco.



Blanca se ha acercado hasta mi escritorio. Lo primero que siento de ella es su perfume, su agradable olor a hembra joven y sana. Se inclina hacia mí pa-

ra hablarme en voz baja. Su faldà me roza la pierna y su brazo me toca ligeramente el hombro izquierdo.

—Alberti— empieza su voz suave— quiero pedirle un favor. Acompañeme esta tarde a la salida. Necesito que me ayude a convencer a Raúl. Quiere que me retire de la Compañía, ¿cómo se le ocurre? Yo necesito trabajar. El cree que esto es egoísmo de mi parte, por eso quiero que usted, que mira las cosas de lejos y no está en el caso de él, me ayude a convencerlo ¿quiere?

La siento tan cerca de mí, veo su boca tan cerca de la mía, que aparto los ojos con miedo. Su respiración se enlaza con la mía y permanezco mudo, envuelto en el enervante olor de su cuerpo sano. Prometo hacer lo que me pide.

—Gracias— murmura— y se retira haciendo cimbrar sus caderas robustas. Su perfume queda conmigo. Lo aspiro con fruición. Ninguna mujer me ha hecho sentir esto. Siento miedo de mí mismo. ¿Me estoy enamorando de esta muchacha? Me desprecio a mí mismo. No. No— me repito. No puede ser. Ella ama a Bruna y Bruna la ama a ella. Yo soy sólo un monigote que se arrastra por el barro pretendiendo atrapar a las estrellas. Hablaré a Bruna y lo convenceré de su error. Cuando Blanca sea su mujer (este pensamiento me entristece), entonces sí que ella podrá abandonar su empleo. Antes no. Sería una locura. La madre de Blanca es pobre, necesita su ayuda. Blanca y Bruna. Se casarán, tendrán hijos. Yo seguiré solo, desastrosamente solo, dolorosamente solo.



Hoy ha llegado un nuevo empleado. Se llama Esteban Morales. Es un muchacho triste, de ojos bovinos, de melena negra y descuidada. Debe ser

poeta. ¿Qué viento lo ha traído hasta este sarcófago de esperanzas muertas? Se ha sentado en silencio frente al escritorio que le designaron y ha cruzado las manos sobre la mesa esperando la repartición del trabajo. Algunos lo miran con curiosidad. Al notarse observado ha enrojecido visiblemente. Es tímido y callado. No cabe duda de que es poeta. Nuestras miradas se cruzan y le sonrío amablemente. ¡Animo! le digo con los ojos y él parece comprenderme.

Cinco minutos después empieza la labor que le succionará lo mejor de sus energías, mientras el tiempo, inexorablemente, le tiña los cabellos de blanco, si llega a la vejez. ¿Llegaremos nosotros a la vejez? Creo que no. Cualquiera día reventaremos de cansancio encorvados sobre los papeles. Tal vez esto sería mejor, antes de ser arrojado a la calle por inútil, como un trasto viejo, con un puñado de billetes en las manos y el porvenir cerrado.

*

* *

Franović, a la salida, me ha cogido de un brazo y en vez de seguir la ruta acostumbrada me ha hecho torcer rumbo hacia el centro de la ciudad.

—¿A dónde me llevas? lo interrogo adivinando la respuesta.

—Vamos— me responde. Variemos el programa.

Nos acomodamos en una mesa del bar "Palermo". Es nuestro refugio para huir de la rutina, para alegrarnos a la fuerza, para olvidar que somos hombres, para soñar con lo que nunca tendremos. Franović pide cerveza. Bebimos lentamente, saboreando el líquido negro y amargo. El bar está casi vacío. Los parroquianos aun no llegan. El piano abierto se ríe mostrando sus gastados dientes de

marfil, y el violín yace en su ataúd como un maravilloso cadáver ahito de melodías.

Permanecemos en silencio, rumiando nuestros pensamientos. Un borracho se nos acerca hipando. Vacila frente a nuestra mesa, tartalea quejumbrosamente y después busca la salida. La mampara rechina. Entran y salen hombres. Se acercan al mesón, beben, fuman, conversan y se van. Empleados, obreros, bebedores empedernidos, muchachos que se sienten hombres, desfilan frente al sucio mesón del "Palermo". El mesonero sonriente llena los vasos, los retira vacíos, los vuelve a llenar y arroja el dinero en el cajón insaciable del mesón. De pronto sentimos un tamborileo en los vidrios de la mampara.

—Está lloviendo — afirma Franović.

La lluvia arrecia. El invierno se nos mete en los huesos, nos enrojece la nariz y nos pone más tristes. Algunos hombres buscan refugio en la cantina. Chorreando agua sacuden el sombrero mojado y se sientan frente a cualquier mesa. Piden un vaso de vino y permanecen en silencio, como si escucharan la lluvia que cae en sus corazones. Franović pide algo de comer. El licor, como siempre, nos ha puesto locuaces. Tocamos todos los temas. Renegamos de todo y nos sentimos con bríos para dar una vuelta al mundo. Nos ponemos de acuerdo. Me extendo largamente, tartajeando necedades. El licor se me ha ido a la cabeza y a través del humo de los cigarrillos veo que Franovic se desdobra y que las botellas se multiplican sobre la mesa. Sé que estoy borracho y trato de serenarme. La orquesta vuelve a tocar la misma música empalagosa. Sin saber el motivo me acuerdo de Blanca y siento vergüenza y deseos de llorar. Tropezando con los parroquianos, buscamos la salida. Antes de abandonar el bar divi-

so a Morales que bebe solo en una mesa. Voy a saludarlo, pero Franović me coge de un brazo.

—Vamos, compañero. No es hora de hacer visitas de cortesía.

Morales me saluda con la mano. ¡Salud, poeta! le grito con todas mis fuerzas. Franović me arrastra hacia la calle. Alto y robusto, no le cuesta mucho trabajo remolcar mi pobre humanidad enflaquecida. Colgado de su brazo penetramos a un prostíbulo. El salón está vacío. Aun es temprano. Me echo sobre un sofá deshilachado mientras Franović canta algo que no entiendo. Debe ser una canción yugoeslava o estoy tan borracho que las palabras se enredan en mi cerebro enfermo. En el hueco de una puerta aparecen dos mujeres jóvenes, groseramente pintadas. Saludan con una ligera inclinación de cabeza y se sientan con gestos recatados, lejos de nosotros. Nos examinan ligeramente, sin curiosidad. Una de las mujeres se levanta y coloca un disco en la victrola. Es una melodía ligera.

—¿No bailan, chiquillos?

Franović acoge la invitación y se enlaza con la mujer que hizo la pregunta. Me levanto más despejado. Se me ha disipado un poco la borrachera. Me siento al lado de la mujer que me espera y la examino con prudencia. Tiene los ojos pardos, la nariz regular, la boca atrayente. Con esto basta. Es una buena hembra. Palpo sus muslos robustos y busco sus senos duros.

—Déjese—me dice enfadada. Aquí no —agrega más complaciente.

Bailamos. Se llama Viola. Se apreta contra mi cuerpo, ondulante, tibia, olorosa. Nunca he tenido una sensación más viva de tener una serpiente entre mis manos que ahora, al apretar a Viola entre mis brazos.

—¿Cómo te llamas? me pregunta acercando su boca a la mía.

—Hugo Alberti.

—Hugo y Viola. Suena bien ¿no?

—Suena bien— apruebo sin saber lo que digo.

Noto que la barriga de Viola se apreta contra mi sexo y siento impulsos de tumbarla sobre un sofá. ¿Por qué seré tan bruto? me pregunto a mí mismo. Yo, que he hablado del triunfo del espíritu sobre la carne. Soy estúpidamente ridículo. Todo es mentira. La carne manda. Basta que una mujer me aprete el sexo con la barriga para que me olvide de mí mismo, para que todo mi ser se encienda y mi carne tiemble de impaciencia. Busco la boca de Viola y la beso furiosamente, como si fuera la primera mujer que beso, como si no conociera el hastío de la carne saciada.

Franović, en un rincón del salón, ha levantado las faldas de su compañera. La mujer se deja acariciar. Mi camarada está desconocido. Su rostro ha tomado una expresión extraña. Ya no es el muchacho de mirar tranquilo. Con la cara descompuesta parece que quisiera asesinar a su compañera, murmurando frases incoherentes y apretándose a su boca. La bestia escondida ha salido a la superficie y ya no somos sino dos machos excitados que hemos venteado el olor de la carne femenina. Todos somos iguales. En una ocasión, desde un cuarto vecino, sin buscarlo, vi a un hombre respetable, serio y campanudo, al lado de una mujer desnuda. Ya no era el mismo. Había perdido su aire de pensador profundo y su cómica gravedad de pavo real. Era solamente un hombre. Ja ja ja. El triunfo del espíritu sobre la carne. Somos solamente hombres. Nada más que hombres.

El muchacho ha traído una nueva docena de cerveza. Bailamos, cantamos y nos apretamos contra el cuerpo elástico de las mujeres. No han venido visitas. Somos los únicos tunantes de esta noche. Cuanto mejor. Viola me entusiasma y ella también parece entusiasmada. Me besa con furia, me morderisquea la barba. Somos la hembra y el macho que se buscan sin recato. Nada más.

—Mira— me dice ¿sabes que me gustas? Te encuentro distinto a los demás... no se... pareces un niño y tienes una gravedad de viejo. ¿Por qué no te ríes?

Yo quisiera reír pero no encuentro motivo. Todo esto es tan serio. La vida es tan triste. Prado se muere de tuberculosis, los hombres sufren hambre, Blanca se va a casar... El vino me pone triste. A otros los alegra y a otros los bestializa. Cojo mi vaso de cerveza y lo vacío en mi estómago. Viola me reprocha.

—No, Hugo. No tomes tanto. Te vas a enfermar.

—¿Vamos a acostarnos mejor? me susurra al oído.

—Vamos— le digo, y salimos cogidos de la mano. El cuarto de Viola es acogedor. Me tiendo de espaldas sobre la cama blanda y quedo inmóvil. Viola enciende un anafe. Después empieza a desnudarse. Me admiro de las pocas prendas que lleva encima

—¿No tienes frío? pregunto extrañado

—No. No tengo frío

*

* * *

—¿Qué sería de "Bolita" el día que perdiera su sinecura? Cualquiera de nosotros puede rehacer su vida, luchar en cualquier cosa, pero este señor orondo y bien comido, acostumbrado a la vida fácil,

ajeno a la realidad de la vida, disfrutando de su buena suerte, se encontraría ante un problema difícil de resolver. Con las manos entrelazadas sobre su barriga ahita, mira hacia el techo con su gesto habitual. Cuando su pobre humanidad deje de funcionar, continuará así, bajo la tierra, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirando el negro cielo de su ataúd.



Prado no ha venido a trabajar. Se ha agravado en este invierno riguroso. Su mujer, una muchacha flaca y tímida, vino a buscar una orden para el doctor. Tengo el presentimiento de que no lo volveremos a ver. El último día que vino a la oficina parecía cadáver. La voz se le había apagado y en sus ojos hundidos brillaba la fiebre que lo consumía. Trabajó todo el día, arregló sus papeles y se marchó en silencio. Hace una semana que lo dejamos de ver. Esta tarde iremos a verlo a su casa.

A las seis, terminada la labor, un pequeño grupo de amigos nos encaminamos hacia la casa del camarada enfermo. Vive en un barrio apartado y nos internamos por callejuelas sucias y malolientes, cubiertas de lodo fresco. Vamos en silencio. Algunos llevan pequeños regalos.

—Aquí es— dice Peña deteniéndose frente a una casa humilde. Da tres golpes en la puerta. Aparece la muchacha flaca y tímida, secándose las manos en su delantal azul.

—Adelante— nos invita.

Nos conduce hasta el cuarto de Prado. Los ojos habituados al sol de la calle, se niegan a ver en la penumbra del cuarto.

—Aquí estoy— nos llama la voz desfalleciente de nuestro camarada.

En la habitación hay dos camas. En una de ellas, Prado apenas levanta la ropa con su cuerpo esquelético. Nos agrupamos en silencio. Nos pregunta por los compañeros de oficina.

—¿Quién está en mi puesto? se interesa.

—Zúñiga— responde alguien.

—Ah. Se mira las manos largas y pálidas. Después agrega.

—Tal vez me levante la próxima semana. Me siento mejor.

—No hay que apurarse— digo por decir algo. Te viene bien un descanso.

—Quería levantarse ayer— interviene su mujer. Me costó trabajo para retenerlo en cama.

—Quiero salir a la calle, al campo — explica Prado con la voz apagada. Aquí me aburro.

— Después... después...— murmura Bruna.

Mis ojos vagan por el cuarto. El papel desgarrado cuelga en un ángulo mostrando el tabique desnudo. Sobre la cabecera del enfermo hay una imagen sagrada. Una vela, pegada sobre la tabla del velador, ha manchado con su cerote el barniz desteñido. La sórdida miseria del cuarto me apreta el corazón. ¡Pobre Prado! La vida es dura. "Bolita" y los demás no saben nada de esto, y si lo saben se esfuerzan en ignorarlo. La panza llena no les deja tiempo para pensar en los demás. La palidez de Prado resalta en la penumbra del cuarto. Estamos frente a un cadáver que habla. Despide olor a muerto. Conversamos de cosas triviales para disipar la pena y el malestar que nos invade. Una chiquitina nos mira con ojos curiosos. Primera ocasión, tal vez, que llegan visitas a su casa. Prado ha sido siempre un hombre retraído. Se disculpa de su pobreza,

—Perdonen— dice— que no haya sillas, Como somos tan pocos en casa, no nos hacen falta, y además...

No termina la frase, pero adivinamos lo que quiere decir. Además no hay plata. Sí. Eso es. No hay plata para comprar sillas porque somos los desheredados de la suerte, los que recogemos las migajas, los que reventaremos cualquier día en un hospital o en el negro cuarto de una cité.

*

* * *

Ayer murió Prado. Hoy lo sepultan. De la oficina nos iremos a su casa para acompañar los restos. "Bolita", al recibir la noticia del óbito, arrugó un fingido gesto de dolor. Adivino que se alegra que no venga más a la oficina un empleado tuberculoso. Los que fuimos amigos de Prado conversamos en voz baja, recordándolo, evocando su silueta flaca y desgarbada, enfundada siempre en su sobretodo raído. La muerte de Prado me hunde en rojas reflexiones. Hago como que trabajo, pero estoy pensando en él. Ya no sentiré más su tos ahogada detrás del pañuelo blanco.

Me levanto y voy hacia el escritorio de Prado. Abro los cajones en busca de los papeles personales de mi camarada para llevárselos a su mujer. Encuentro algunos apuntes, un borrador de carta, un pedazo de pan duro, una novela de Knut Kamsun y algunas tarjetas de liquidación de sus sueldos. Abro una pequeña libreta negra. En una de sus páginas leo mi nombre escrito con letra nerviosa. Más abajo algunos datos: "Le debo veinte pesos a Alberti, diez a Bruna". Arranco la hoja, la rompo y la arrojo al canasto. Pobre amigo. No me debes nada. Yo te debo la suavidad de tu palabra y la amistad sincera. Recuerdo el día que me dijo: —Tú eres distinto a nosotros. Parece que piensas por todos.

¿Por qué no te vas a un diario? Esto no es para tí. Otra vez me sorprendió escribiendo. —¿Qué es lo que escribes tanto? ¿Es algo acerca de nosotros? Su acierto me hizo sonreír.— Sí— le respondí. Es algo acerca de nosotros.— ¿Me tomas en cuenta a mí también? ¿Por qué me dijo “a mí también”? Parece que su humildad y su silencio lo habían hecho creerse un trasto viejo e inservible dentro de la oficina y entre sus compañeros. Pero Prado valía mucho más que otros que hacían gala de saberlo todo y no pasaban de ser mediocres ignorantes.

Recojo los papeles personales y los guardo en mi bolsillo. El escritorio donde se encorvó durante siete años, será ocupado mañana por un nuevo empleado. El engranaje necesita recuperar el tornillo destrozado.



El cortejo es humilde. La carroza de tercera marcha adelante. Algunas coronas de flores artificiales cuelgan de los sostenes, pálidas y descoloridas, adquiridas penosamente después de haber hurgado en nuestros bolsillos escuálidos. El cochero, con gesto de obligatoria seriedad, conduce lentamente. Gruesas nubes negras se arremolinan en el cielo y corren fustigadas hacia el sur mientras un viento frío nos azota las caras.

Nos hemos puesto lo mejor que tenemos. Peña marcha a mi lado. Ha conseguido un terno negro para asistir de luto a la ceremonia fúnebre, pero el traje le da un aspecto lastimoso. El vestón, demasiado corto, apenas le oculta la mitad de las nalgas y el pantalón deja al descubierto la caña de su botín. Parece un colegial crecido. ¿Cómo estoy? me preguntó en la tarde, pidiendo mi opinión sobre su indumentaria.— Estás bien— le contesté por no

hacerlo sufrir. Pero no quedó conforme con mi respuesta.

—Me queda chico— agregó— pero no importa. No podía asistir al entierro con mi terno claro. Además, está roto en los pantalones.

Lo observo de reojo. En silencio, va mirando el pavimento de la calle. Mueve los labios como si rezara. Quizás rece o tal vez blasfeme contra el destino. A mi lado izquierdo, Bruna camina de riguroso luto. Es el único que ha podido hacerlo. Morales sigue más allá. Ha asistido con su traje plomo, el único que tiene (¿quién de nosotros tiene dos ternos?). Marchamos en silencio. Treinta hombres nos hemos reunido para acompañar a Prado a su retiro. Salimos de la ciudad y entramos al camino que nos conduce al cementerio. El barro fresco con las recientes lluvias nos enloda los zapatos y nos pone un gesto de mal humor en los rostros descoloridos. Las filas se separan, se abren, buscando la tierra dura.

—Podíamos haber venido en coche— murmura alguien.

—Pero el coche hay que pagario, compañero— le responde una voz gruesa y destemplada.

Llegamos al cementerio. Las tumbas elegantes— la vanidad humana alcanza a todas partes— se elevan a nuestro lado, luego nos circundan. Un ángel abre sus alas de cemento desde un plinto verde, como si quisiera abandonar la tierra miserable. Los mausoleos blancos, las cruces, forman calle a nuestro paso. Desde lo alto de un madero, el rostro enflaquecido de Cristo inclina la cabeza. Tiene el mismo doloroso aspecto de Prado en sus últimos momentos, con la barba crecida y los ojos cerrados. El cortejo se detiene cerca de la tapia sur del cementerio. Descendemos el cajón. No me extraña la leve-

dad de este cuerpo destrozado por la tisis. La primera paletada de tierra cae sobre la urna y nos golpea el corazón. Siento que los ojos se me humedecen y miro hacia otro lado. Quiero ser fuerte ante la muerte. La muerte es la liberación de los que sufren— pienso para darme valor.

Sorprendo a Morales garabateando en su libreta. ¿Qué haces? le digo. No me contesta. Lo miro a la cara y noto que está llorando. Su sinceridad me contagia y lo apreto entre mis brazos. Ahora yo también lloro.

*

* * *

El hastío me apreta la garganta. Se me hace insoportable esta vida opaca, hosca y sombría de la oficina. Ya no soy el empleado puntual y trabajador de antes. A menudo busco un alivio frente al mesón del "Palermo", en compañía de Franović y Bruna. Me duele la cabeza, tengo el cuerpo laxo y la boca mala. Las trasnochadas y las borracheras me hacen mal. Veo que decaigo visiblemente pero no hago nada por remediarlo. Sé que estoy destinado a fracasar. Los nativos no podemos aspirar a una vida mejor bajo el sistema yanqui. Estamos condenados irremediabilmente a vejetar sobre el mismo escritorio hasta que la vejez nos curve las espaldas. Con los años— pienso —tal vez podría llegar al puesto de "Bolita". ¿Por qué no? Llegaría a ser un burgués satisfecho y orondo como el señor Zolano. Me veo a mí mismo, sentado en el ángulo de la amplia sala, vigilando a mis subalternos como un vulgar espía o mirando con la boca abierta las evoluciones de las moscas. Mr. Duncan me ha llamado esta mañana. Creí que me iba a despedir. Sentado frente a su reluciente escritorio, retrepado en su cómodo sillón giratorio, me acogió con gesto sereno.

—Usted llega atrasado a menudo— me amonestó. Y eso no está bien. Tenemos un horario y hay que ceñirse a él.

—Sí, señor.

—Además, usted descuida su trabajo. Eso es más grave. Su jefe me ha dicho que ya no se preocupa de su labor y que comete errores en las tarjetas del Kardex.

—Tal vez sea cierto. Me siento algo enfermo.

—A propósito. Tengo aquí su carta solicitando aumento de sueldo. Su conducta no es merecedora del aumento que pide. Además— agregó enfáticamente— el cobre ha bajado y tenemos instrucciones de reducir el personal. Well. Eso es todo.

La eterna disculpa. Baja del cobre y reducción del personal. No podemos esperar nada de la Compañía. Mr. Duncan es un gentleman. Alto, severo, de sobrio gusto en el vestir, sus gestos y palabras tienen la naturalidad innata del hombre educado. Pero es un caballero-explotador. Vive lejos de la realidad. Le falta humanidad.



Hoy ha llegado el reemplazante de Prado. Es un hombre de cuarenta años, bajo, calvo. Se llama Julio Hess. Ha vaciado los cajones de su escritorio, los ha soplado por todos lados y ha puesto los papeles en riguroso orden. Demuestra ser un hombre metódico. Su traje nuevo, su cara cuidadosamente rasurada, lo diferencian de nosotros. Habla poco. Me ha hecho algunas preguntas en tono afable y bondadoso. Lo he puesto al corriente de su nuevo trabajo y me ha dado las gracias con largueza. Después se ha enfundado los brazos en unas manguillas de satén negro y se ha puesto a trabajar con cuidado.

El reloj marcha perezosamente. A las cuatro de la tarde debemos encender las luces. El invierno en-

negrece el cielo y hace más de una semana que no vemos el sol. Cae una lluvia fina, silenciosa, vertical, desesperante. Prefiero la lluvia franca y gruesa batida por el viento. Me da la impresión de cosa viva, de fuerza en movimiento, golpeando los vidrios, azotando la cara, mientras el viento loco sopla por las calles levantando las faldas de las mujeres, golpeando las puertas y doblando los árboles desnudos.

Esta lluvia monótona y fría me deprime. Miro hacia la calle desierta a través de los cristales empañados. El agua se escurre desde la acera formando pequeños charcos pardos. Un hombre cruza la calle y se apreta al muro para protegerse de la lluvia implacable. Permanece inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos, el cuello del vestón levantado, apretando entre los dientes un cigarrillo humeante. A través de la cortina de agua que nos separa veo su rostro borroso, marchito. Algún vago— pienso. O un cesante. Pobre hombre. Apretado contra la muralla encalada, bajo el alero protector, erige su miseria proletaria en muda resignación.

*

* * *

La llegada de la primavera nos remoja a todos. Ya no tenemos el gesto agrio, no se escuchan las toses rebeldes y algunos nos hemos despojado de los abrigos y las bufandas. Las mujeres se han vuelto más alegres y han perdido su frialdad. Su sangre vuelve a circular con fuerza subiéndole a las mejillas y abriantándole los ojos. Blanca se ha vuelto más hermosa. Cuando pasa cerca de mí, dejando la estela fragante de su perfume predilecto, se lleva algo de mí mismo. Es una muchacha limpia y atractiva. Hermosa. Creo que todos la queremos, por eso me indigna que "Bolita" ponga sus ojos en ella.

—Viejo cerdo— me ha dicho Bruna, refiriéndose al jefe. Se va a quedar con las ganas. Me caso a fin de mes.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Me caso a fin de mes.

—Ah. Bueno. Te felicito.

No sé por qué la noticia me ha dolido. Si Blanca se casa, no la veremos más en la oficina, y ella es la única que pone una nota alegre entre estos rostros tristes que me rodean, además... Además, yo la amo. Sí, la amo en silencio. Nunca se lo he demostrado. Al contrario, creo que he sido demasiado frío con ella. Sé que pertenece a mi camarada Bruna y no quiero manchar mi vida con una acción innoble. Bruna ha notado algo extraño en mí, porque se ha puesto serio y me ha reprochado.

—Parece que no te alegrara la noticia, Hugo.

—Sí, claro... claro que me alegro —tartajeo nervioso, y para disimular mi turbación me he puesto a revisar unos papeles. Pero Bruna no me abandona.

—Tú serás mi testigo de casamiento— me dice implacablemente.

—Muy bien, hombre. Me alegro que te hayas acordado de mí.

Miro hacia el escritorio de Blanca y la veo con el rostro inclinado, escribiendo. Apenas alcanzo a verle un pedazo de la mejilla. Su melena castaña ha descendido hacia un lado y le oculta la cara. Blanca— la llamo en silencio. Pero ella no me oye ni me oirá nunca.

Peña ha llegado esta mañana con un terno flamantè. Lo desconozco. Todas las miradas se fijan en él con fingida estupefacción. Algunos le dicen chirigotas.

—¡Eh! le grita Bruna. ¿Eres tú?

Peña se ha desprendido por fin, después de cuatro años, de su deshilachado terno azul, parchado en el trasero y remendado en los codos. El muchacho sonríe satisfecho enfundado en su flamante terno negro. Alto, cenceño, su silueta se estiliza con el corte esmerado. Lo examino complacido.

—Eres otro— le digo.

Al mirarle los pies veo con disgusto sus zapatos rotos, que desentonan con el resto. Nota mi gesto y me explica esperanzado.

—Voy a empezar a ahorrar para comprarme zapatos.

Peñita se ha endeudado con el sastre. Desde ahora empezarán sus apuros para pagar las cuotas. Después, cuando no pueda cumplir su compromiso, tendrá que huir, esconderse y evitar los encuentros con su acreedor. Pero es necesario vestirse. El nudismo no puede practicarse en invierno, y además de ser prohibido es vergonzoso.

—¿Por qué elegiste color negro? Lo vas a manchar muy luego.

—Ah— me dice con gesto triunfante, como si hubiera estado esperando mi pregunta. ¿Te acuerdas cuando fuimos a dejar a Prado? No quiero que me pase lo mismo en otra ocasión. ¿Crees que no me dí cuenta que parecía mamarracho con el terno que me prestaron? Ahora no, compañero. Para el entierro de "Bolita"— agregó irónico— iré de riguroso luto. Ji, ji, jí— ríe apretando los dientes.

—Tienes razón— murmuro mientras examino mi terno manchado y viejo. Me indigno de verme con estos harapos y compararme con los otros, los yanquis y su pandilla, que despilfarran el dinero, compran autos y radios y tienen cuenta corriente

en el Banco. La vida está hecha así. ¡Qué diablos!
Toda la vida no andaré igual.

*

* *

Desde hoy, Blanca no vendrá más. Desde ayer es la mujer de Bruna. Ya no la veremos más escurriéndose silenciosa entre los escritorios, sonriendo, iluminando con su presencia nuestras áridas vidas de esclavos. Se han ido a Valparaíso. Acompañé a Bruna en la ceremonia de su casamiento. Blanca, vestida de blanco, realzaba su hermosura coronada de azahares. Nuestros ojos se encontraron varias veces y creo que ha adivinado mi tortura interior. Me sonreía fraternalmente, aunque estaba nerviosa. Bruna, vestido de negro, parecía que iba a un entierro. Serio, aparentaba serenidad dominando su nerviosidad, y me apretaba un brazo cuando me tenía a su alcance. Yo sé que Bruna es ateo y que todo aquello le repugnaba, pero, por una mujer como Blanca hay que someterse a todo. Yo habría hecho lo mismo por ella. No. Me equivoco. Lo mismo no: habría hecho mucho más, sin que esto signifique una hipérbole protegida por un hecho consumado.

Seguí ávidamente los gestos de Blanca durante la ceremonia religiosa. Mudo, alargaba mi cuello sobre el hombro de los que estaban más adelante. Deliberadamente, traté de ocultarme. Mi terno gastado me avergonzaba, y sobre todo no deseaba avergonzar a mi camarada. Quería aparecer como un simple espectador. Peña estaba en primera fila luciendo su flamante terno negro de casimir inglés, pensando tal vez en la benevolencia del sastre. Morales se negó a asistir, pero lo descubrí entre la gente, estirando el cuello como un ganso para ver sin ser visto. ¡Estoy muy pobre de ropa— se excusó, y le encontramos razón. El poeta anda siempre endeudado. Las casas de préstamos lo ven entrar y

salir a menudo. Su escaso sueldo lo dilapida entre los amigos y entre las hembras fáciles. Morales es un muchacho extraño. Algunas veces se sumerge en un marasmo silencioso que dura semanas. Es un noctámbulo empedernido y es asiduo parroquiano del bar "Palermo". No se emborracha. Fuma, bebe café o cerveza entre un grupo de amigos y algunas veces paga por todos. Charla y escucha. Es extraño que un muchacho de su edad sea tan sombrío. Desde el abrazo que le di en el cementerio me mira con profunda simpatía. Nunca le he oído una blasfemia. Muchos se burlan de su temperamento extraño y lo califican de orgulloso y neurasténico. Está chiflado— comentan algunos, pero yo sé que Morales es superior a nosotros. Sufre por todos y se rebela por todos. Por eso le es difícil reír. Está impregnado de dolor, ajeno.

*

* *

Anoche he dormido con Viola. Me recibió con un gesto de disgusto fingido, reprochándome mi ingratitud. ¿Por qué te has perdido tanto tiempo? Por toda contestación la besé en la boca. ¿Qué puede entender esta muchachita de mis torturas interiores, de mis desalientos, de mis miserias morales? Me refugio en sus brazos, me dejo acariciar por sus manos hábiles y por sus labios pintados.

—Eres muy malo. Dejarme sola tanto tiempo. ¿Por qué andas siempre tan triste? Eres muy raro. ¿Estás enamorado?

—No.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿Bebes mucho?

—No.

—¿Qué te pasa entonces?

—No sé.

—Pobre niño— murmura Viola y me alisa el cabello, me besa en la frente y después, frenética, me apreta la cabeza entre sus manos y me besa en la boca hasta hacerme daño. Después, satisfecha, se ha tendido de espaldas a mi lado, con los brazos cruzados por debajo de la cabeza. Bajo sus axilas el bello negro sombrea su carne rosada. Los senos erectos, pequeños, son como dos limones blandos, rosados, apetitosos.

—Viola— murmuro en mi interior. Cuanto bien me hace tu compañía, destructora de mi soledad.

—¿Me quieres? me pregunta Viola intempestivamente, mirándome a los ojos.

—Me gustas— le contesto.

—¡Ah! ¿Nada más que eso, no me quieres un poquito?

—Si, te quiero Viola, porque eres buena.

—No, soy mala, por eso estoy aquí.

—No digas eso.

—¿Por qué no, si es la verdad?

—Porque afuera hay mucha gente mala, mucho más mala que tú.

—¿De veras? me pregunta incrédula.

—De veras. Hay mujeres que engañan a sus maridos y muchachas que se burlan de sus novios. Hay pobredumbre y miseria. Hay mujeres que se venden. Y no es por necesidad.

—¿Entonces yo no soy mala?

—No, porque tú eres lo que eres. Nada más. No engañas a nadie. El que quiere te toma, pero no engañas a nadie.

Al acercar su rostro al mío noto que está llorando.

—¿Qué te pasa, Viola?

—Nada— me dice— y apoya su cabecita sobre mi pecho.

*

* *

Morales me ha invitado a su cuarto. Tiene su pensión en el segundo piso de una casa de huéspedes. Subimos por una escalera oscura, de peldaños gastados, el pasamanos empolvado y el papel descolorido. Todo ofrece aspecto de miseria.

—Hay pocos pensionistas — me advierte Morales.

Abre una puerta y penetramos a su cuarto. Una cama, una mesa, un lavabo y un estante repleto de libros es todo lo que hay. Las paredes se iluminan con tricomías arrancadas a alguna revista de arte.

—Aquí paso solo— me cuenta Morales alargándose sobre su lecho. Leo y escribo. Cuando me aburreo me voy al "Palermo".

Me detengo frente a una imagen de Lenin.

—Admiro a Lenin— me explica. Fué un verdadero genio.

—¿Eres partidario del comunismo?

—Soy comunista— me responde sencillamente.

Lo quedo mirando con un gesto de duda. Duda injustificada y estúpida.

—Soy comunista— repite—, pero no me entusiasmo detrás de un trapo rojo. La doctrina es pura, alta y noble, pero está desprestigiada. Aquí se tilda de comunistas a los que gritan y vociferan en las calles, a los hambrientos que piden pan, a los delincuentes que asaltan o roban con cualquier pretexto, pero que jamás han leído un libro y que ignoran la doctrina. Muchos se llaman comunistas a sí mismos, y sólo son pancistas. El mundo está lleno de oportunistas que aspiran al poder, aunque éste sea la simple dirección de un sindicato, una diputación o una sinecura bien rentada. Por eso mi comunismo es libertario. ¿Has leído algo de Lenin?

—Sí. Muy poco.

—Fué un genio— afirma levantándose. Rusia es Lenin. Llegará a ser una potencia que asombrará al mundo cuando se liberte de sus amos. Ahora está en manos de pancistas autoritarios y continúa buscando su verdadero camino.

—¿Y los crímenes que se han cometido en nombre del comunismo? ¿El asesinato de la familia real y los abusos de las tropas rojas?

—Ah. Toda revolución tiene sus víctimas. En cambio de los nobles que cayeron ¿cuántos campesinos, cuántos soldados, cuántos luchadores, cuántos inocentes cayeron durante la revolución y durante el régimen zarista? Hay víctimas por ambos lados, pero siempre nos situamos mal para apreciar el conjunto.

—No me convences. Soy partidario de la evolución.

—La evolución, compañero— me rebate Morales— es demasiado lenta. No sólo lenta. Se detiene por períodos indefinidos. Los capitalistas se interesan en detener el avance de la evolución. El pueblo necesita cultura, pero no se la dan, para detener su avance. Si hubiera una cultura media general, si el campesino dejara de ser bestia y el obrero dejara de ser máquina sumisa, si el pueblo pensara, alcanzaríamos el poder sin recurrir a la violencia. Por ahora, el poder pertenece a los demagogos, a los zafios y a los ignorantes. Yo no soy peldaño de nadie. Ni de mí mismo.

Morales, siempre tan callado y sombrío, se exalta al hablarme de esto. Los ojos negros le brillan en la palidez mate de su rostro. Está transfigurado. Lo adivino pletórico de energía moral.

Un largo silencio nos hace permanecer inmóviles y abstraídos, con sugerencias de vida interior que se

agita y busca ansiosa la liberación de su destino. Después nos separamos.

*

* *

Bruna ha vuelto de su viaje de novio. Le estrechamos la mano.

—¡Hola! ¿Qué tal? le dice Peña entusiasmado.

Bruna, confuso ante la pregunta que interpreta mal, sonríe sin contestar.

—¿Y Blanca? le pregunto con fingido gesto de indiferencia.

—Ya es dueña de casa. Arrendamos un departamento.

—¿Qué dir  "Bolita" de todo esto? comenta Peña.

—¿Qué va a decir? Nada, hombre.

"Bolita", desde su rincón, nos mira severamente. Nos dispersamos y tomamos colocación frente a nuestras mesas.

Evoco a Blanca. La veo hermosa y radiante, pero ya no me inquieta su pensamiento. Ahora es la mujer de Bruna. Ya no es la muchachita que nos sonreía fraternalmente, mezclándose en nuestras conversaciones con una confianza candorosa y ruboriz ndose cuando lastim bamos inconscientemente su pudor. Las mujeres cuando se casan, se tornan egoístas. Se olvidan de sus amigos, se aislan, llenan su corazón de la imagen del hombre que las ama y al que aman. Tal vez engorde, tenga hijos y dentro de algunos años sea como la generalidad de las mujeres casadas. Habr  perdido la frescura de su juventud, se le agriar  el carácter y descuidar  su persona. ¿Por qué pienso todo esto? Presiento que es por un absurdo despecho. Siempre estoy divagando. Los números me bailan en la cabeza y hago esfuerzos para contraerme en mi labor, Enciendo un ci-

garrillo y aspiro el humo con rabia, hasta que llega al fondo de mis pulmones.

Franović llega silenciosamente a mi lado.

—Préstame cinco pesos— murmura bajito.

Le alargo un billete arrugado. Lo toma, lo estira, lo dobla con cuidado y se marcha. Las horas se arrastran. Las calculadoras me taladran los sesos. Me molesta el ruido para trabajar y tengo que soportarlo todo el día. Peña contesta el teléfono.

—¡Aló! Peña habla. ¡Hasta cuando joroba con sus preguntas!

También está de mal humor.

o—o—o—o

La situación empeora. Hoy, el tren que baja de la mina trajo un nuevo grupo de obreros despedidos. Hacinados, hombres, mujeres y niños llenaron el estrecho andén de la estación. La producción disminuye. El cobre no se vende. El patio y las bodegas están abarrotadas de barras rojas que no tienen salida. Si sigue así saldremos todos a la calle. Todos los comentarios giran sobre el mismo tema mientras circulan noticias alarmantes entre el personal, que se propagan como un reguero de pólvora. Se anuncia una supresión de empleados y se barajan nombres de los empleados que pueden salir. El egoísmo se asoma a todas las pupilas. Algunos exageran su celo en el trabajo ante el temor de ser mal calificados.

—Si me despiden —confía Peña— me voy al norte.

—Las salitreras están paralizadas— le digo.

—Me voy a Chuquicamata, entonces.

—Es lo mismo que aquí, compañero. Peor quizás.

La cesantía nos acecha fatídicamente. Los albergues se abren para recibir la miseria de los obreros

sin pan. Por todos lados se ven ojos implorantes, mujeres que alargan la mano, niños pidiendo alimento o haciendo cola en los cuarteles para recibir su racionamiento. Los robos y los asaltos a mano armada recrudecen como un síntoma de miseria. Los albergues son focos de infección donde los parásitos se ensañan con la carne proletaria. Los demagogos exaltan a las multitudes y el malestar aumenta como una marea densa y amenazadora. Morales se ha vuelto más sombrío. Apenas habla. Encorvado en su escritorio, emborriona carillas con su letra fina y nerviosa, para matar el tiempo. El trabajo ha disminuído considerablemente y ahora nos aburrirnos. mirándonos unos a otros en un mudo gesto de desaliento.

El señor Zolano sigue mirando hacia el techo con las manos cruzadas sobre su barriga llena. Para él no hay inquietudes. La baja del cambio lo ha beneficiado. Su sueldo en dólares se ha duplicado al convertirse en moneda chilena y tal vez se alegre de la bancarrota financiera del país que le ha permitido duplicar su sueldo.

Bruna está alarmado. Teme que "Bolita" lo incluya en caso de reducción de personal. Se vengaría así de Blanca y de él. ¿Qué haré— me ha dicho— si me despiden?

Peña se ha vuelto intratable. Su neurastenia se ha agravado. Vocifera al contestar el teléfono y discute por futilidades con los ojos inyectados de sangre, como si quisiera estrangular a su interlocutor. Fuentes, el mimado de "Bolita", es el único tranquilo. Está seguro. Aunque el país se derrumbe, él permanecerá en pie al lado de "Bolita". Su sonrisa adulatoria no lo abandona cuando está en presencia de su jefe. Al escuchar su nombre, corre al lado de su amo, con el espinazo pronto a curvarse en una ser-

vil reverencia. Desde su sucio pedestal, labrado a fuerza de intrigas y adulaciones, contempla sin inmutarse la tempestad que se cierne sobre nuestras cabezas.

Bruna ha sido el primer desahuciado. Recibió la noticia con estupor. Contempló el papel de "arreglo", apretándolo con sus dedos temblorosos, como si no diera crédito a sus ojos. Creí que se iba a echar a llorar.

—Me cortaron— exclamó con voz quebrada.

¡La venganza de "Bolita"! El viejo sátiro no le perdonó al muchacho que le disputara la hembra. La noticia circuló con rapidez. La primera víctima había caído y se confirmaban con un hecho los rumores tanto tiempo comentados. En otras secciones también habían despedido a otros empleados. El temor asomaba a los rostros. Bruna, pálido y tembloroso, guardó sus papeles y se retiró en silencio. Antes de abandonar la oficina, "Bolita" lo llamó. Conversaron algo. "Bolita" estaba amable. Cincuenta ojos se apuntaron hacia el rincón para captar los detalles con malsana curiosidad. Pienso en Blanca. ¿Qué cara irá a poner al recibir la noticia? Me indigno contra "Bolita" y lo crucifico con una mirada perversa.

Después, la labor se reanuda con furia. Las calculadoras vuelven a rezongar, aunque calculen números inútiles. El objeto es hacer ruido para demostrar que hay trabajo. Cada cual se esmera en su labor y en todos los rostros se nota un barniz de humildad frente al superior. Sólo Morales fuma retrepado sobre su silla. No tiene nada que hacer y no engaña a nadie, ni a sí mismo. Es difícil hacerlo hablar. Cada día está más sombrío.

Ya nadie puede estar seguro de que mañana vuelva a la oficina. En la última semana han salido cuatro empleados más en la Sección Materiales, tres en la oficina de Costo y uno de la oficina de Tiempo. Hago proyectos para el futuro en caso de que me despidan. Pagaré las deudas con mi indemnización y me iré a la Capital, aunque sea para aumentar el número de cesantes que barzonean por las calles. La provincia me aburre. Aquí no hay nada. Siempre los mismos rostros, las calles muertas, los bares tristes, la rutina diaria y el cansancio que me acecha en la esquina de mi inquietud viajera.

Me gustaría abrir las alas, escalar la altura y mirar a los mediocres empequeñecidos, arrastrándose penosamente por la tierra. No ver más la cara de "Bolita" ni oír el rezongo de las calculadoras. Por eso el porvenir no me inquieta. El escaso trabajo, aumenta mi depresión. Peña bosteza frente a su teléfono mudo. Los trenes siguen vomitando en la estación los residuos de la mina, como una carga sucia y maloliente. Los obreros son los más dañados con la reducción de la producción del cobre. En largas caravanas recorren las calles adyacentes a la oficina, buscando donde refugiarse, ostentando sus harapos como banderas de miseria y de injusticia. No saben hacia donde ir. El horizonte está cerrado para ellos. Las salitreras paralizadas nos los necesitan y muchos de ellos no saben hacer otra cosa que blandir el combo y la barreta o empujar carros y encender dinamita dentro de una mina. El hambre y la miseria los acechan por todos los caminos. Carne proletaria, sufrida y machacada por los golpes del destino implacable, irá de tumbo en tumbo hasta doblar su cuerpo en la pocilga de un albergue.

Morales ha salido de su marasmo silencioso. Me habla con vehemencia.

—¿Crees tú— me dice— que esto terminará aquí? Millones de cesantes, hambre por todas partes. El mundo está podrido. Nos hundiremos todos. ¡Nos hundiremos todos! me grita con las manos crispadas.

Temo que Morales esté mal del cerebro. Sus gestos y su violencia repentina me alarman. Con la barba crecida, la melena enmarañada y los ojos brillantes, tiene aspecto de loco. Puede suceder que sea yo el equivocado y que Morales sea el único cuerdo que vislumbre el horror en que se hundirá la Humanidad.



Hoy he sido despedido. La oficina está quedando vacía. Me ha llegado el turno y no sufro sobresaltos por mi actual situación. Soy un hombre más envuelto en la vorágine. El pan se me hace incierto pero me siento libre. Peña, Morales y Franović se acercan hasta mí y me prodigan palabras de aliento. Les estrecho sus manos generosas y salgo a la calle. Una lluvia fría y pegajosa me humedece la cara y me empaña las pupilas. La calzada amplia y desierta se abre ante mis ojos bajo un cielo plomizo. Pienso en Viola. Evoco los rostros desaparecidos, todo lo que he dejado atrás. Prado ya no será más que un montón de gusanos y el señor Zolano seguirá con las manos entrelazadas sobre su barriga satisfecha y los ojos apuntados hacia el techo. El silbato de la maestranza anunciando la hora de entrada y salida ya no sonará más para mí. Ahora puedo escucharlo sin malestar ni alegría. Siento frío. Hundo las manos en los bolsillos y sigo lentamente sobre la acera húmeda. No me ha ocurrido nada.

Esto es la vida.

Primavera de 1945

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION

INDICE

PROLOGO	IX
Zona seca	1
El derrumbe	9
La Lola	18
Liberación	26
Sed	36
Polilla	43
Camaradas	54
Justicia	69
El túnel	76
Tierras nuevas	83
Mister Lewis	90
Bachicha	97
Mister Jara	106
Destino	113
La huelga	121
Cobre	128
Explotados	154